

DOLORES AGENJO

¡SOS!

SECUESTRADOS POR EL NACIONALISMO

*La profesora que dijo **NO** al referéndum de Cataluña
cuenta el abandono en el que viven los catalanes
que quieren ser españoles*



DOLORES AGENJO

¡SOS!

SECUESTRADOS POR EL NACIONALISMO

*La profesora que dijo **NO** al referéndum de Cataluña
cuenta el abandono en el que viven los catalanes
que quieren ser españoles*



ePUB

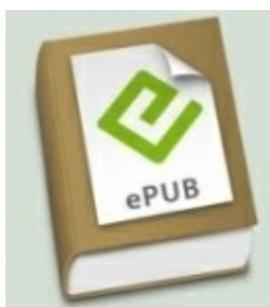


!SOS! SECUESTRADOS POR EL NACIONALISMO

Dolores Ajenjo



Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.
Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
<http://validator.idpf.org/>

A la memoria de mis padres y de todos aquellos que,
como ellos, enriquecieron con su trabajo
la tierra en la que he nacido.

Agradecimientos

Este libro no habría visto la luz de no ser por el apoyo y cariño de tantas personas que, desde toda España, me hicieron saber que no estaba sola. Con sus palabras de aliento y solidaridad me ayudaron a comprender que hay ocasiones en que uno debe sobreponerse a la comodidad, a la seguridad del anonimato y de la complacencia para enfrentarse a los poderosos, alzar la voz y decir «no», porque el «no» tiene un gran valor moral en una sociedad modelada y regida por la intolerancia hacia el disidente.

Fue el apoyo y el cariño de todas esas personas lo que me animó a escribir estas páginas, que no constituyen más que el testimonio personal de cómo una catalana, hija de trabajadores manchegos, ha vivido el progresivo avance del independentismo, desde su infancia, en los años cincuenta, hasta nuestros días. Sé que muchos catalanes sienten, como yo, la necesidad de que España escuche la voz de esos otros catalanes que quieren seguir siendo españoles, la voz de esos otros catalanes que viven con un sentimiento de abandono e indefensión la ofensiva nacionalista en Cataluña. Por ellos y para ellos me animé a escribir este libro y a ellos se lo debo.

Mi agradecimiento también va dirigido a todas aquellas asociaciones y miembros de formaciones políticas que me han acogido y distinguido con su aprecio, brindándome la oportunidad de colaborar con ellos. Especialmente quiero expresar mi gratitud a todos los miembros de la Agrupación de Enseñanza de Sociedad Civil Catalana, cuyo aliento, afecto y magisterio fue para mí una fuente inagotable de motivación e inspiración.

1

NADA POR ESCRITO

«A Andrés le indignó la indiferencia de la gente al saber la noticia. Al menos él había creído que el español, inepto para la ciencia y la civilización, era un patriota exaltado, y se encontraba que no; después del desastre de las dos pequeñas escuadras españolas en Cuba y en Filipinas, todo el mundo iba al teatro y a los toros tan tranquilo; aquellas manifestaciones y gritos habían sido espuma, humo de paja, nada».

PÍO BAROJA,

El árbol de la ciencia

El domingo 9 de noviembre de 2014 amaneció nublado, como recién salido de un mal sueño, amenaza de lluvia en sus ojos, nubarrones negros dibujando en su rostro un rictus de amargura. El domingo 9 de noviembre de 2014 amaneció con la desolación de los amantes abandonados, con el hondo pesar de quien en vano esperó la presencia del amado.

¿Qué extraña fascinación ejercen los 9 de noviembre sobre la historia para

figurar marcados en el calendario por hechos memorables con tanta frecuencia?

El 9 de noviembre de 1923 Hitler quiso imitar la «marcha sobre Roma» de Mussolini y llevó a cabo el fracasado *putsch* de Múnich.

El 9 de noviembre de 1938 Goebbels dio luz verde a la *Kristallnacht* o «noche de los cristales rotos» contra los judíos.

El 9 de noviembre de 1989 rompió la mala racha, abandonó su sombría faz y alumbró un Berlín libre para júbilo de todos los demócratas del mundo.

Ya en nuestro siglo y en nuestro país, el 9 de noviembre de 2015, el Parlamento de Cataluña, despreciando el resultado de las elecciones autonómicas del 27 de septiembre, aprobó una declaración de independencia y el inicio del proceso constituyente para la creación de la República Catalana.

Solo un año antes, el 9 de noviembre de 2014, *el Astuto*, el honorable presidente de la Generalidad de Cataluña, Artur Mas i Gavarró, [\[1\]](#) puso en marcha el proceso que desembocaría en la declaración de independencia, organizando y realizando, sin encontrar obstáculo para ello, un referéndum ilegal.

Ese domingo 9 de noviembre de 2014 salí a la calle y vi gentes ufanas vestidas de amarillo, con estandartes e insignias. Desfilaban felices camino de las urnas de cartón donde depositar su doble sí a favor del estado propio y de la independencia de Cataluña. Ya cumplida su misión, los apologetas de ese doble sí se solazaban tiñendo de amarillo las numerosas terrazas de los bares que jalonan la avenida principal de nuestro pueblo. Reían, comían, departían exultantes ante la mirada indiferente de los transeúntes, que contemplaban impasibles aquel estallido de color amarillo, como si nada de eso fuese con ellos, como si el espectáculo de aquel 9 de noviembre en nada alterara la cotidianidad de un domingo cualquiera, como si fuese lo más natural del mundo contemplar aquella marea amarilla salpicada de banderas esteladas.

El domingo 9 de noviembre de 2014 salí a la calle insomne y con desgana, agotada por una noche en vela, de angustia, a la espera del amparo que nunca llegó. La prensa *online* comentaba que se había pedido a los mozos de escuadra la relación de centros escolares que serían sede electoral y que se barajaba la posibilidad de precintarlos para que la consulta independentista suspendida por el Tribunal Constitucional no pudiera llevarse a término. Durante horas esperé que el Estado hiciese valer la ley y pusiese los medios para impedir el desafío del *Astuto*. Avanzada la noche, la esperanza fue diluyéndose para ser poco a poco reemplazada por la amarga realidad: nada ni

nadie impediría que el Astuto se saliese con la suya y se mofase de toda una nación y de la Constitución que había prometido defender. El Estado no iba a hacer acto de presencia para proteger de ese escarnio a aquellos que, como yo, aún creíamos en la legalidad democrática.

En aquellos momentos, me preguntaba si había valido la pena enfrentarme a mis superiores jerárquicos negándome a entregar las llaves del instituto que dirigía para la celebración de la consulta ilegal. Me imaginaba a mis compañeros directores riéndose de mí, diciéndome que había sido una estúpida por contrariar a la directora de los Servicios Territoriales, que mi actitud quiijotesca no había servido de nada, que nada les iba a pasar a ellos por colaborar con la consulta, a pesar de su suspensión, a pesar de las advertencias de la delegada del Gobierno, a pesar de todo; y que, en cambio, a mí, quién sabe...

Razones no les faltaban. Me llegué a sentir ridícula por haberme expuesto como lo había hecho sin pensar en lo que me convenía, sin pensar en que nadie me iba a secundar. Había sido la única en no ceder las llaves, todos los demás habían acabado, de buen grado o bajo presión, claudicando, y finalmente la consulta se realizó sin obstáculos, sin que las advertencias que contenía la carta de la delegada del Gobierno tuvieran ningún efecto. Llegué a plantearme que si la consulta se había permitido, quizá eso significaba que era yo la que erraba, la que no había hecho lo correcto. ¿Por qué empeñarse en oponer resistencia contra viento y marea a algo que, finalmente, el mismo Estado, con todo su poder, había consentido?

La verdad es que no fui yo la única que se resistió. Hasta el mismo día 6 de noviembre otros dos directores de Hospitalet, como mínimo, no querían entregar las llaves del centro sin una orden por escrito.

Las presiones empezaron el 16 de octubre, en una reunión convocada por la directora de los Servicios Territoriales para hablar de la llamada «Jornada de Participación Ciudadana», eufemismo con el que se evitaba la referencia directa a la consulta. En aquella ocasión se nos dijo que todos los centros seríamos sede electoral, que debíamos reclutar tres voluntarios entre el personal del centro para responsabilizarse de la consulta, que desde aquel día hasta la fecha de la misma iríamos recibiendo información acerca de aspectos relativos a la preparación y coordinación del plebiscito, así como sobre el material necesario que deberíamos custodiar en el centro. Por último, se nos indicó que en caso de que ningún miembro del equipo directivo formase parte de los voluntarios, deberíamos entregar las llaves a uno de estos para que

podiese abrirlo los días 8 y 9 de noviembre. La tensión se palpaba en el ambiente. Muchos ya habíamos asistido a aquella reunión con el miedo en el cuerpo por lo que nos pudieran pedir, conscientes del conflicto que se nos avecinaba. Un director se atrevió a preguntar si nos iban a dar una orden por escrito para entregar las llaves. En otra ocasión, nuestra jefa, una mujer de carácter, hubiera considerado la pregunta como una insolencia y habría respondido agriamente. Sin embargo, aquel día contestó con toda la amabilidad de que era capaz, y sin alterarse lo más mínimo dijo que bastaba con una orden verbal porque los institutos son propiedad de la Generalidad. No conforme, aquel mismo director y algún otro insistieron en la conveniencia de disponer de una orden escrita que salvaguardase nuestra responsabilidad, y la directora, finalmente, accedió a la posibilidad de estudiar esa petición.

Antes de concluir la reunión, me armé de valor y me atreví a preguntarle si el reclutamiento de voluntarios y demás acciones precedentes a la consulta eran de carácter obligatorio. No le dio tiempo a responder, cuando algunos directores, talibanes de la causa, se apresuraron a clamar que cualquier cosa que la directora pidiese en una reunión formalmente convocada era de obligado cumplimiento. No me arredré e insistí en que me interesaba la respuesta de ella, no la interpretación de mis compañeros. Después de una ligera vacilación, nuestra directora contestó que no era obligatorio, aunque sí pertinente, y que, por supuesto, si algún profesor se me presentaba como voluntario debía comunicárselo a ella.

Salí de aquella reunión con la sensación de que se nos estaba usando como escudos humanos, como protección ante cualquier demanda judicial. Sin órdenes escritas, los únicos responsables de la apertura de los centros éramos los directores. Por mucho que la Generalidad fuese la propietaria, los encargados de la custodia de las llaves y del recinto escolar éramos los directores. Cualquier cosa que pasa en un centro educativo, dentro o fuera del horario escolar, en festivos o en vacaciones, es responsabilidad del director del mismo. Si un juez pedía explicaciones por el uso de los centros los días 8 y 9 noviembre, a quien iba a llamar a declarar era a los directores. Sin un acto administrativo, sin una orden por escrito que nos relevase de la responsabilidad del centro durante esos días, todo el peso de la ley podía recaer sobre nosotros.

Desde el 16 de octubre hasta el mismo 7 de noviembre, los directores de Hospitalet intercambiamos numerosos correos electrónicos manifestando nuestro malestar por la situación en que se nos colocaba. Ciertamente, algunos

decidieron colaborar desde un principio sin poner ningún impedimento. Aquella era su causa y no les importaban las consecuencias que pudiera acarrearles su implicación en la consulta. No había que poner palos en las ruedas, decían. Pero otros se sentían incómodos, entre la espada y la pared, y algunos incluso maltratados por la Administración. La idea mayoritaria era la de que convenía exigir una orden escrita para la entrega de las llaves. Pero la promesa de la directora de Servicios Territoriales de estudiar esa posibilidad no cuajó. Lo más que consiguieron fue un recibo en que ni siquiera constaba el nombre de la persona a la que se le hacía la entrega de las llaves. Ante la pertinaz negativa de nuestros superiores a comprometerse por escrito, algunos compañeros decidieron presentar un documento en el registro de los Servicios Territoriales en que hacían constar que entregaban las llaves siguiendo las instrucciones verbales recibidas y que entendían que el responsable de todo lo que ocurriera en el centro que dirigían los días 8 y 9 de noviembre era el Departamento de Enseñanza.

A lo que ciertamente ninguno opuso resistencia fue a colaborar buscando voluntarios entre los miembros del claustro. Nuestra directora había dicho que era voluntario, aunque pertinente, y este adjetivo pesaba mucho ¿Quién se iba a atrever a contrariarla en algo que ella consideraba pertinente? Yo, sin embargo, decidí desentenderme totalmente del asunto, no tanto por el carácter de voluntariedad de la colaboración que ella se había visto obligada a confesar, sino porque veía claramente que lo que se me pedía no tenía nada que ver ni con mi condición de funcionaria pública ni con mi condición de directora de instituto; excedía completamente mis competencias como docente y como funcionaria. Así que ni comuniqué nada a los profesores ni tampoco fui molestada por mis superiores para obligarme a establecer coordinación alguna para la preparación de las votaciones.

Respecto a la entrega de las llaves, mis dudas quedaron totalmente disipadas el día 4 de noviembre, cuando el Tribunal Constitucional emitió sentencia suspendiendo la consulta. Y, por si fuera poco, el día 5 llegó una carta de la delegada del Gobierno dirigida a los funcionarios públicos advirtiéndonos de nuestra obligación de cumplir la ley.

Sin embargo, como quiera que, al no implicarme yo en el reclutamiento de voluntarios y demás actividades preparatorias para la consulta, ningún superior jerárquico se había vuelto a poner en contacto conmigo desde el día 16 de octubre, creí ingenuamente que me dejarían en paz y no tendría que verme en la desagradable circunstancia de decirle que no a la directora de

Servicios Territoriales. Pero el día 6 de noviembre me llamó un funcionario para pedirme las llaves. Le contesté que no lo haría sin una orden por escrito.

Acto seguido, llamé a otros dos directores, cuya firme oposición a entregar las llaves sin más yo conocía. Ellos habían recibido directamente la llamada de la directora de Servicios Territoriales requiriéndoles la entrega de las llaves. Estaban muy angustiados, querían mantener su posición hasta las últimas consecuencias, pero temían su reacción. Aquel fue el último día en que hablé con ellos.

Antes de que concluyera mi jornada laboral, yo también recibí la llamada de nuestra jefa pidiéndome la entrega de las llaves. El acoso y derribo no había hecho más que empezar. Saqué fuerzas de flaqueza y le dije lo que nunca hubiera querido tener que decirle: «Démelo por escrito». Era la segunda vez en el mismo día en que me negaba a colaborar. Imperturbable, probablemente conteniendo su ira, me respondió que lo consultaría con los servicios jurídicos del departamento y que ya me diría algo.

No me volvió a llamar ese día y pensé que todo había concluido, que se había dado por vencida, pero el viernes, 7 de noviembre, volvió a la carga. Llamó antes de las 16.00. Entonces supe que mis compañeros habían terminado por claudicar.

—Eres la última que queda sin entregar las llaves —me dijo.

Quizá ella pensaba que no me gustaría quedarme sola desafiando su autoridad, pero conociéndola, yo sabía que el mal ya estaba hecho, que nada recompondría una relación laboral hecha añicos por mi falta de entusiasmo y adhesión a la causa nacionalista. Y dije que no por tercera vez. No dejó traslucir ningún sentimiento; simplemente, como la vez anterior, dijo que lo consultaría.

Nada más colgar, me puse en contacto con la directora de la Alta Inspección. Temía no encontrarla en el despacho un viernes por la tarde, pero curiosamente allí estaba y me atendió inmediatamente. Me hizo bien hablar con ella, porque necesitaba constatar que no estaba sola en lo que hacía. Me aconsejó que no entregara las llaves sin recibir un acto administrativo en que se me ordenase y que, en caso de recibirlo, que se lo hiciese llegar.

La última llamada

Sobre las 17.00 volvió a llamar la directora de Servicios Territoriales. Me afeó que pusiera obstáculos cuando el centro era propiedad de la Generalidad. Le expliqué la conversación que había mantenido con la Alta Inspección y, contrariada, objetó que yo, como funcionaria, no dependía del ministerio, sino de la Generalidad. Era, entonces sí, patente su disgusto. Para aplacarla intenté hacerle comprender mi situación.

—No es que yo quiera desobedecerla, pero...

—Pues lo parece —me atajó.

Aun así me mantuve en mi postura y finalmente me dijo que me entregaría la orden. Jugándome ya el todo por el todo, le insistí:

—Pero que sea un acto administrativo, que quede claro que actúo obligada.

Contestó que, efectivamente, así sería.

Al cabo de poco, me di cuenta de que no le había preguntado cuándo vendría a buscar las llaves, y la llamé para asegurarme de que el centro aún estaría abierto cuando ella llegara. Entonces, cosas del destino, me preguntó:

—Pero este escrito que te voy a dar, ¿no se lo enseñarás a nadie, verdad?

No daba crédito a la brutal sinceridad con que ella misma, al pedirme que ocultase el escrito, reconocía la ilegalidad del acto que se iba a perpetrar. Pensé que, puesto que mi relación laboral ya había quedado seriamente dañada, ¿qué más podía perder? y decidí espetarle la verdad.

—Inmediatamente le enviaré la orden a la directora de la Alta Inspección y a la delegada del Gobierno.

Podría habérmelo callado, podría haberle dicho que por supuesto, que no se preocupara, que nadie se enteraría; de haber actuado así, mi centro hubiera abierto y todos los centros de Cataluña sin excepción habrían alojado las urnas, pero yo hubiera tenido en mis manos la prueba del delito. Sin embargo, no quise engañarla, sino actuar con nobleza y le dije la verdad, porque además no había en mi actitud nada personal contra aquella mujer, no deseaba implicarla, ni denunciarla, tan solo quería que no se me hiciese cómplice de un delito, siquiera fuese por ocultación.

Ante mi inesperada respuesta, dijo que, en ese caso, las circunstancias cambiaban y debía volver a consultar si me entregaba la orden escrita.

Ya no volvió a llamar ni apareció por allí. Poco después llegó un

empleado que traía las urnas. Yo no sabía si aquella señora volvería a llamarme, aunque intuía que no, pero ni yo había pedido urnas ni nadie me había comunicado que debiera recibirlas. Así que le dije al empleado que se las llevara.

Aquella tarde, 7 de noviembre, fue una de las perores de mi vida. Angustia, desazón, miedo, sensación de lanzarse al vacío, sudor frío... todo eso me acometió. ¿Por qué no cedí? ¿Por qué no me avine como los otros a complacer a mi directora? No podía hacerlo. Un sentimiento de humillación me inundaba con solo pensar en dejarme utilizar como comisaria política, y menos coadyuvar en la comisión de una ilegalidad ¿Por qué debía yo ser cómplice de un acto que, además de ser ilegal, iba contra mis principios y contra mi voluntad? Durante muchos años, demasiados, yo, como muchos otros, había cedido y mirado para otro lado ante la injusticia de la inmersión lingüística obligatoria, ante la exclusión del español de todos los ámbitos institucionales y particularmente de aquel que directamente me competía, la enseñanza; durante muchos años había asistido inerte a la manipulación de la historia y el adoctrinamiento en la animadversión a todo lo español. Y, durante todo ese tiempo, pensé equivocadamente que era el precio que había que pagar para mantener una España unida. Los independentistas catalanes no eran mayoría, pero tenían mucha fuerza y mucho poder. Su voz era la que se oía en los medios, en las instituciones, en la cultura, en la política... No había que soliviantarlos, era mejor consentir sus desmanes, casi dejarse pisar, para evitar males mayores. Pero los males mayores llegaron de todos modos. No hubo guantes de seda suficientes en el mundo para suavizar las veleidades del nacionalismo. Al contrario, cuantas más eran las concesiones, cuanto mayores los halagos, cuanto mayor el sometimiento, más desprecio y más desapego sentían por España. No, ya ni ellos podían tensar más la cuerda ni nosotros ceder más. Pensé en mis padres, pensé en mis amigos de la infancia, hijos de inmigrantes como yo, hijos de trabajadores, como yo, y me sentí despreciada por un gobierno de la Generalidad al que cuando se le llenaba la boca de Cataluña no me incluía ni a mí ni a los que, como yo, no participábamos del fervor patriótico independentista. Me sentí ultrajada por un gobierno de la Generalidad y por unos políticos que cuando gritaban aquello de «España nos roba» no pensaban en los millones de españoles como mis padres que tanto trabajaron para el enriquecimiento y progreso de esta tierra. No, no podía ceder, no podía llegar hasta ese punto de sumisión sin perder la dignidad. Por la memoria de mis padres, por mis hijos, por mí misma, sentí la obligación y

el deseo de decir no. Y sabía que ya nunca más las cosas serían como antes.

Aquella tarde, la directora ya no volvió a llamar ni se presentó. Me fui a mi casa convencida de haber hecho lo correcto. El día 9 de noviembre las dudas me asaltaron al contemplar mi soledad, la soledad en que me habían dejado mis compañeros, la soledad en que me había dejado el Estado, cuyas leyes estaba obligada a defender. Y también al ver la indiferencia generalizada con que los catalanes y los españoles, en general, asistían al espectáculo de aquella provocación, como si no fuese con ellos, como si nada fuese a pasar, dormidos en la inconsciencia, incapaces de alterarse por el desmoronamiento de nuestra democracia, incapaces de oponerse a su destrucción, como paralizados por tantos y tantos años de cultivar el desafecto a España.

Pero el abatimiento duró poco. El 10 de noviembre llegaron los insultos y poco después las felicitaciones de muchas personas que se identificaban con mi actitud. Los insultos me traían sin cuidado. La disidencia siempre tiene su precio. Pero las felicitaciones me llenaron de emoción. Mi gesto no había caído en saco roto. Me quedé sorprendida cuando algunos me llamaban heroína y valiente, hasta Agustina de Aragón. No tenía yo la sensación de ser nada de eso mientras los hechos acontecieron. Todo pasó de forma natural, sin premeditación. Casi no me daba cuenta de lo que hacía cuando lo hacía. Quizá hubo más de cabezonería que de valentía, quizá yo ya había llegado a aquella edad en que el qué dirán, lo que piensen de ti o tu futuro laboral te importan bien poco.

El 12 de enero de 2015 me jubilé. No porque me invitasen a ello ni porque me hiciesen la vida imposible. De hecho, yo ya había solicitado en octubre la jubilación anticipada. Mi padre necesitaba cuidados y vi que debía aprovechar la oportunidad. En diciembre, por suerte, pude encontrar apoyo familiar para el cuidado de mi padre y podría haberme replanteado seguir trabajando. Pero la situación no acompañaba. Tarde o temprano me vería obligada a dimitir como directora. Mis compañeros directores no habían vuelto a escribirme ni un solo correo; las amenazas que recibí se publicaron en la prensa y nadie de Servicios Territoriales me llamó para darme apoyo. Era obvio que mi situación no era la ideal para continuar como directora y, aunque los profesores de mi instituto habían observado conmigo un trato irreprochable, comprendí que era mejor confirmar la solicitud de jubilación y abandonar aquel centro en el que transcurrieron treinta y tres años de mi vida.

Con la jubilación se me abrían nuevos horizontes y particularmente se me presentó la oportunidad de reflexionar serenamente sobre las causas que nos

habían traído hasta el 9 de noviembre de 2014. Un año después, 9 de noviembre de 2015, la burla al Estado de derecho vuelve a repetirse en forma de declaración de independencia en el Parlamento de Cataluña, sin mayoría social, sin respeto a las leyes; de nuevo nuestro presidente, el Astuto, quiere marcar un 9 de noviembre en el calendario como una afrenta a España.

Estas páginas son un intento de reflexión sobre los hechos que nos han traído hasta aquí.

LOS COLONOS

«En los años sesenta [Franco] nos envió mucha gente, cargó trenes con gente para ver si de alguna manera nos diluía».

MONTSERRAT CARULLA

Llegaban en trenes renqueantes, amontonados, sí, agotados tras largas horas de viaje, sí. Llegaban a la estación de Francia con sus ropas campesinas cubiertas de negro hollín, con sus maletas de cartón atadas con cuerdas, con bultos y enseres, incluso con algún colchón enrollado —quién sabía dónde podrían dormir—. Llevaban consigo todo cuanto tenían. Atrás, en el pueblo, quedaban familia y amigos.

Llegaban, sí, amontonados en trenes humeantes, como decía la actriz independentista Montserrat Carulla, pero no los envió Franco para diluir la cultura catalana. Los mandó la miseria. Ni siquiera sabían que en la ciudad a la que se dirigían se hablaba otra lengua. Ni siquiera sabían cómo sería aquello. Venían desde todas partes de España a la rica Barcelona, a una ciudad desconocida, con la única esperanza de sobrevivir.

El tren que los transportaba avanzaba lentamente, tanto que, a la altura de Valencia, dicen, se podía bajar a coger naranjas y daba tiempo a alcanzar el tren y subir de nuevo en marcha. Pero poco antes de llegar a Barcelona a

algunos les invadía la desazón y el temor. Sabían que su sueño podía concluir nada más poner pie en el andén de la estación de Francia. Los que no tenían ningún familiar con domicilio reconocido esperándolos allí eran inmediatamente conducidos al Pabellón de las Misiones de Montjuich y, posteriormente, retornados a su lugar de origen. Por eso, a medida que el quejumbroso tren iba aproximándose a la gran urbe, se apeaban en marcha y hacían el resto del camino andando.

Entre 1950 y 1955 Barcelona deportó a más de 15.000 españoles, en cumplimiento de la orden dictada por el gobernador civil en 1952 y una ordenanza municipal de 1956. Se quería así impedir el hacinamiento de los recién llegados y la proliferación de viviendas no autorizadas, es decir, barracas o chabolas. Franco, el que según Montserrat Carulla cargaba los trenes con gente para diluir la identidad catalana, se ocupaba de proporcionar a la burguesía del Principado mano de obra barata y también de retirar los excedentes que pudieran estorbarle.

Mis padres llegaron a la estación de Francia en 1953. Eran muy jóvenes, rondaban los veinticuatro años y hacía muy poco que se habían casado. Procedían de un pequeño pueblo manchego, Villanueva de Alcardete, en la provincia de Toledo. No conocían otra cosa que su pueblo y el trabajo en el campo. Amaban su tierra y sus costumbres, pero mi padre padecía de la espalda y no podía ya ganarse la vida labrando. Cuando llegaron a Barcelona llevaban consigo sus escasos enseres y los ahorros que les habían dado mis abuelos para que pudiesen subsistir mientras encontraban empleo.

Mis padres fueron de los afortunados que tenían a un familiar esperándolos, la tía Rosa. Ella los sacó del bullicio del andén, de la desorientación y aturdimiento en medio de aquel mar de maletas de cartón, bultos, hombres y mujeres yendo y viniendo apresurados, de gritos, abrazos, niños llorando... y los llevó a su casa.

Rosa era tía carnal de mi padre por parte materna. Vivía en la calle Freser, cerca del barrio del Clot, con su hija Carmen. Tenía otros dos hijos, pero ya no vivían con ella. La única condición que les puso a mis padres para acogerlos fue que no tuvieran niños. Por eso, cuando mi madre se quedó embarazada, el temor a quedarse sin techo la impulsó a abortar. Me enteré de ello mucho más tarde, a los dieciocho años, cierto día que la acompañé al médico y este le preguntó si había tenido algún aborto. Cuando me lo contó, las lágrimas inundaban sus ojos. Recordaba que vio el pequeño feto, ya formado, y que era un niño. Nunca se lo había podido quitar de la memoria.

Así que yo podría haber tenido un hermanito, el hermanito que tanto deseé y que nunca llegó, el que podría haber acompañado mi solitaria infancia de hija única.

A los dos años de llegar a Barcelona, el 12 de enero de 1955, nací yo. Esta vez mi madre no abortó y la tía Rosa no nos echó de su casa. Mis primeros recuerdos son de aquella casa. Era oscura, fría, vieja y triste. Había otros niños en el edificio con los que a veces jugaba, pero sobre todo recuerdo a Carmen, la hija de la tía Rosa. Ella tendría por entonces trece o catorce años. Me gustaba que me sacara a pasear con sus amigas y que me alcanzara el bote de leche condensada que mi madre guardaba en un estante alto de la cocina para sorber de él. Ella fue la culpable de la primera rabieta de la que guardo memoria. Prometió sacarme a la calle, pero aprovechó que mi madre fue a ponerme el abrigo para echar a correr escaleras abajo. Ella y sus amigas eran ya unas adolescentes y les estorbaba una niña pequeña. Por entonces no tendría yo ni tres años.

Mi madre empezó a trabajar en una fábrica de botones. Muchos años después me contó que, entre sus compañeras, había una que se quejaba de que habían llegado los murcianos a Cataluña para quitarles el trabajo a ellos, los catalanes. A mi madre le dolían esos comentarios, pero no tuvo que padecerlos mucho, porque entonces era muy raro que un obrero encontrara como compañero de trabajo a un catalán. Los catalanes, generalmente, eran los jefes o los dueños de la fábrica, pero no los obreros.

Mi padre trabajaba en todo lo que podía. Los domingos vendía helados en los campos de fútbol. Intentó conseguir una plaza como cobrador de autobús, pero no lo aceptaron por su lesión en la espalda. Trabajó varios años en una fábrica textil. Recuerdo que, años después, traía a casa retales sobrantes que le daban en la fábrica y que yo aprovechaba para disfrazarme. También encontró empleo en una empresa de balones de fútbol. Los cosía en casa al regresar del trabajo en la fábrica y los domingos. Se colocaba una tabla alargada entre las piernas, donde sujetaba el cuero; recuerdo las manoplas en sus manos, el hilo gordo y la gran aguja con que los cosía y el olor que desprendía el cuero. Muchas veces subía al terrado del edificio para coser los balones al aire libre mientras departía con otros vecinos. Mi madre le ayudaba.

Con el dinero que ahorraron, intentaron alquilar una vivienda. Dejaron una mensualidad y una señal porque los pisos no estaban aún edificadas, pero el constructor voló con el dinero de los futuros inquilinos y los pisos nunca

llegaron a existir.

Okupas avant la lettre

Era la época de las grandes estafas inmobiliarias y mis padres volvieron a tropezar de nuevo en la misma piedra. Esta vez, mis abuelos paternos les ayudaron a ellos y a mi tía María, que, por entonces, ya se había venido también a Barcelona, a conseguir un nuevo piso de alquiler compartido. Era una nueva estafa, pero esta vez se había llegado a construir un bloque y pudimos ocuparlo. Otros muchos se quedaron en la calle. La única ventaja que la estafa tenía era que, al desaparecer el propietario, no teníamos que pagar alquiler, pero para disponer de agua y electricidad, tuvimos que ponernos de acuerdo con vecinos de otras viviendas colindantes con nuestro bloque. Ellos nos proporcionaban el suministro a cambio de pagarles su propio consumo. Casi puede decirse que éramos okupas *avant la lettre*.

La vivienda estaba ubicada en la calle José Millán González, un poco más arriba de la plaza Sanllehy, muy cerca del parque Güell. La calle está documentada desde 1940 y aún conserva el nombre, quizá porque nuestros actuales gobernantes municipales desconocen quién era el personaje al que alude. Yo lo supe muchos años después, cuando llevada por el deseo de indagar en mi pasado, averigüé que José Millán González era un periodista deportivo, colaborador de la revista *Stadium* y del diario *La Razón*, militante falangista y profesor de educación física en la Escuela del Trabajo. En 1935 fue distinguido por el gobierno francés con la medalla de honor, de plata, de la Educación Física por su labor en favor de la difusión del deporte entre los jóvenes. Solo cuatro años después, en 1939, siendo Lluís Companys presidente de la Generalidad, José Millán González fue uno de los 39 fusilados en el Santuario de Santa María de Collell, en Gerona.

La calle era una cuesta empinadísima que desembocaba justo en las barracas del Carmelo, donde el Pijoaparte de Marsé paseara su frustrada historia de amor con Teresa. Estaba jalonada a ambos lados por pisos baratos, pero también por torres solariegas con hermosos jardines, rodeadas de muros cubiertos por las flores azules del galán de noche. La miseria y la opulencia

casi se daban la mano. Hoy han desaparecido las barracas y también la mayoría de las torres, incluso la misma plaza Sanllehy fue derribada y, más tarde, reconstruida. Ya solo queda la monotonía sin gracia de los bloques de pisos levantados en los años setenta y ochenta, salpicada por algunas torres ajadas y tristonas que han sobrevivido a la demolición.

El piso de la calle José Millán González se ubicaba en un edificio de cuatro plantas. En la última se hallaba el terrado, donde las vecinas tendían las sábanas, que más de una vez fueron robadas. En aquellos tiempos de miseria, cualquier objeto, por humilde que fuera, era valioso. En esa misma planta estaba el piso del boxeador almeriense, emigrado a Barcelona, Bobby Ross. Ya no vivía en el piso, pero a veces aparecía por allí y boxeaba en el terrado con sus amigos delante de las miradas extasiadas de algunos vecinos. Desde el terrado se podía ver el interior de la casa de Bobby. Estaba repleta de muebles amontonados, labrados y ondulados: consolas, mesitas de color caoba, mármoles y ribetes dorados, lámparas, cuadros, jarrones de porcelana... Los niños nos quedábamos alelados contemplando aquella profusión decorativa, que traslucía brillo y esplendor, a pesar del polvo acumulado por el abandono, y que contrastaba con la parquedad de nuestras grises viviendas.

El terrado era lugar de encuentro para los niños del edificio. Allí jugábamos a correr y pillar, a saltar la cuerda, a los cromos... Allí nos peleábamos y nos reconciliábamos. Allí contemplábamos las veladas boxísticas de Bobby Ross, veíamos a mi padre coser balones de fútbol, a nuestras madres tendiendo y remendando ropa. También celebrábamos allí las verbenas. Ponían guirnaldas y farolillos de colores colgados de los alambres en los que habitualmente se tendía la ropa; colocaban mesas con cocas y con bebidas, y todos, mayores y pequeños, bailábamos al son de la música de aquellos tiempos.

En el edificio solo había una familia catalana, los Guitart. En mi mismo rellano, la tercera planta, vivían los Sánchez Pardo, de Burgos. El padre y el hermano de este, que vivía con ellos, eran carteros. Tenían una hija de mi misma edad, María Nieves, que fue la primera compañera de juegos de mi infancia. Muchas tardes yo iba a su casa y veía al padre y al tío contar la calderilla de las propinas que recibían por su trabajo. En la segunda planta vivían la señora Saturnina y su marido, el señor Jorge. Eran ya muy mayores. El señor Jorge hacía unas preciosas cestas de mimbre. Al cabo de dos o tres años de vivir allí, murió. Durante un año o más, las vecinas se estuvieron

reuniendo en su casa para rezar el rosario en su memoria. En la primera planta vivía un matrimonio de sastres, la mujer ayudaba al marido y la llamábamos la sastresa. Tenían un niño de mi edad con el que a veces también jugaba a los indios entre los retales que se esparcían por el comedor de su casa. En la puerta de al lado vivían el señor Pedro y la señora Soledad, con sus dos hijas, ya más que adolescentes. Eran andaluces y llevaban muchos años en Cataluña. ¡Tenían televisión! Por entonces, solo ellos y los Guitart tenían televisión en el edificio. Durante una época, yo iba todas las tardes de domingo a verla a su casa. Me sentaba en una silla y allí permanecía horas sin moverme viendo desde *Bonanza* hasta las marionetas de Herta Frankel.

En la planta baja vivía una peluquera con un niño un poco mayor que yo. Ella fue la que, poco antes de cumplir los diez años, cortó mis trenzas: con ellas se iba casi una etapa de mi infancia.

Los Guitart, como he dicho, eran los únicos catalanes del edificio. Tenían dos niñas, Elenita y Ana María, también de mi edad. Pero con ellas apenas jugaba, porque aquella familia era otro mundo. El padre trabajaba, creo, en una oficina. Siempre iba con traje. Los demás vecinos solo se ponían el traje los domingos para ir a misa o de visita. La casa de los Guitart también era diferente. Era luminosa, todo nuevo, reluciente; todo tenía color. La casa desprendía un peculiar olor cálido y jabonoso muy agradable y diferente al olor a humedad y a lejía que percibía en mi casa y en las de los otros vecinos. El cuarto de las niñas estaba lleno de juguetes coloridos y adornos infantiles. Allí su madre les preparaba una extraña merienda de carne picada muy menudito y pan con tomate. Una vez que yo estaba con ellas, la madre me dijo que podía comer trocitos de pan, pero no de carne. No me incomodó. Solo pensé que era una rareza, una cosa nunca vista por mí, eso de merendar carne picadita.

La fábrica de tejidos en que trabajaba mi padre cerró coincidiendo con la decadencia de la industria textil en Barcelona. Por aquel entonces mis abuelos paternos se habían venido también a Barcelona y vivían en una portería en la avenida Gaudí, muy cerca de la Sagrada Familia y el Hospital de San Pablo. Uno de los inquilinos del edificio tenía una empresa de plásticos que sería el nuevo y definitivo lugar de trabajo de mi padre. Al principio, siguió compatibilizando los balones de fútbol con su nuevo trabajo, pero, al cabo de poco, aquella empresa también cerró y se le acabó el pluriempleo. Lo suplió con horas extra, incluso en festivos, en la fábrica de plásticos. Se levantaba muy temprano, nunca después de las seis, y volvía a casa muy tarde. La playa

se puso de moda y en aquella empresa había mucho trabajo fabricando colchonetas y flotadores.

Domingos inolvidables

El único día semanal de descanso para mi padre era el domingo. Mi madre no tenía prácticamente día de descanso. Por la mañana, mientras ella preparaba la comida y hacía la colada o planchaba, mi padre ponía la radio y escuchaba un programa de discos solicitados. Conchita Piquer, Mari Fe de Triana, Pepe Pinto, Manolo Escobar, Antonio Machín, Connie Francis, Nat King Cole, todo música hispana o en español. Luego, me llevaba a los columpios de la avenida Guinardó o del Paseo San Juan y de vuelta a tomar un aperitivo de berberechos y Coca-Cola en un bar de la avenida Virgen de Montserrat, próximo a la plaza Sanllehy, justo al lado de un colegio de monjas convertido ahora en centro cultural. A veces también me llevaba al Parque Güell o al campo del Europa para ver el partido de fútbol. Eso era lo que menos me gustaba, recuerdo cómo tiraba continuamente de la chaqueta de mi padre y le preguntaba «papá, ¿cuánto falta, cuándo nos vamos?». Para contentarme, solía comprarme un globo. A mi padre le gustaba mucho el fútbol. Las tardes del domingo en que no salíamos escuchaba los partidos por la radio e, incluso, me llevaba al bar bodega de la avenida de Can Baró para ver el partido televisado. Lo que nunca fallaba los domingos era el tebeo semanal que yo elegía en el quiosco de la plaza Sanllehy, a la vuelta de nuestro paseo matinal, y que era mi mayor placer de la semana.

Por las tardes, a veces íbamos a alguno de los cines de barrio. El Iberia o el Versailles. Me encantaba ver cómo se abrían poco a poco, primero las cortinas de terciopelo rojo y luego las de gasa amarilla, para dejar al descubierto la gran pantalla del cine Iberia. Eran cines de sesión continua en que proyectaban dos películas. Entrabas cuando querías y, si todas las butacas estaban ocupadas, esperabas a que se levantara alguien. Una vez acomodado, podías estar allí hasta que cerraban, si querías. No había palomitas, pero los niños llevaban su merienda y su refresco.

Por lo general, los domingos se dedicaban a las relaciones familiares y

sociales. Mis padres siempre se relacionaron con gentes de su mismo pueblo que también habían emigrado o con compañeros de trabajo, a su vez inmigrantes.

Recuerdo las reuniones familiares para comer y pasar la tarde en el Parque Güell o las visitas a la portería de mis abuelos, en la avenida Gaudí. Durante cierto tiempo, íbamos todas las tardes allí. Hacíamos el camino a pie desde nuestra casa. A la vuelta, mi padre me llevaba sobre sus hombros por la empinada cuesta. Éramos tantos reunidos en el exiguo espacio de la portería que aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Los niños jugábamos en la calle mientras los mayores se apiñaban alrededor de la mesa, hablando casi siempre de vivencias pasadas en el pueblo, mientras tomaban una copita de anís o engullían galletas, como si recordando el ayer recuperaran un lugar y un tiempo perdido en la lejanía.

Otras veces el centro de reunión era nuestra propia casa o la de mi tío Gregorio, cerca del Hospital de San Pablo. Había gente en todas las habitaciones, se oía música, risas, un ambiente cálido y protector que me encantaba. Venían otros niños y podía jugar con ellos y comer galletas y caramelos toda la tarde.

Los catalanes, la gente que hablaba en catalán, eran para nosotros prácticamente desconocidos. Los únicos catalanes con los que mi familia tenía algún trato eran sus jefes, los dueños de las empresas en que trabajaban. Obreros catalanes no había, y no es que nosotros no quisiéramos relacionarnos con ellos, es que, por lo menos en aquella época, eran de otra clase social, pertenecían a otro mundo que no era el nuestro. No había catalanes entre los obreros, no había catalanes entre los vecinos, no había casi catalanes en el barrio...

El regreso

La empresa de plásticos en que mi padre entró a trabajar cuando cerró la textil era familiar, No llegaron nunca a ser más de veinte trabajadores. Todos procedentes de otras regiones españolas. Allí los únicos catalanes eran el jefe y su sobrino. Algunos obreros eran del mismo pueblo que mis padres.

Mi padre se ganó la confianza del propietario y pasó a ser encargado de la pequeña fábrica. Esto le permitió colocar allí a paisanos suyos, porque la oleada migratoria se prolongó al menos hasta entrados los ochenta.

Mi padre siempre presumió de haber sacado adelante aquella empresa con su esfuerzo. Él estaba en todo, hacía los pedidos, organizaba el trabajo de cada día y de cada obrero, enseñaba a los nuevos, hablaba con los proveedores, recogía los encargos. Le gustaba su trabajo y se sentía orgulloso de saberlo hacer y de hacerlo bien. El patrón a menudo le decía: «Santiago, si tú te vas, cierro la empresa». Y finalmente cerró, pero no por causa de mi padre, sino por la crisis que se produjo a principios de los noventa. Los clientes no pagaban y la empresa no se podía sostener. Mi padre ya era mayor y pudo jubilarse, lo que le permitió volver al pueblo, el lugar del que nunca hubiera querido marcharse. La ilusión de mis padres siempre había sido esa, regresar al pueblo al concluir su vida laboral. En Cataluña se sintieron en todo momento como en un lugar de tránsito.

Al jubilarse y volver al pueblo era como si recuperasen la juventud perdida, era como si aquellas reuniones familiares en Barcelona no fuesen sino un sucedáneo de las verdaderas, de aquellas que solo podían ser auténticas y genuinas en el lugar en que se gestaron.

Pero quiso el destino que tanto mi madre como mi padre muriesen en Barcelona. Mi madre, en una de las estancias temporales que, ya instalados en el pueblo, realizaban anualmente para verme a mí y a sus nietos. Mi padre le sobrevivió diez años, hasta los ochenta y seis. En el verano de 2014, después de mucho insistir logré traérmelo conmigo a Barcelona porque ya no podía seguir viviendo él solo en el pueblo. Murió en febrero de 2015, poco después del referéndum secesionista. Los dos descansan ya para siempre en su amado pueblo, como sé que ellos querían. Allí nacieron y allí volvieron para quedarse.

Cuando pienso en mis padres y en tantos otros como ellos que vinieron a Cataluña a trabajar hasta la extenuación para enriquecer con su esfuerzo a la burguesía catalana y que son ahora denominados «colonos» por gente que, en su mayoría, ha vivido siempre entre algodones, por algunos que directamente se beneficiaron de su trabajo o que son los hijos o nietos de los que se beneficiaron; cuando pienso en eso, me invaden la rabia y la tristeza por la injusticia tan grande que se les hace, y siento que merecen una reparación. ¿Cuándo se han visto colonos que trabajen para los colonizados y sean explotados por estos? ¿Cuándo se ha visto que los colonos sean pobres y los

colonizados ricos, que los colonos sean recludos en pabellones y deportados a su tierra de origen? ¿Cuándo se ha visto que los colonos sean estafados una y otra vez al intentar conseguir una vivienda? ¿Qué clase de gente puede ser tan soberbia, tan cínica o tan ignorante para ofender de esa manera?

Culpan a los que ellos llaman colonos de haber sido enviados por Franco, como si el dictador hubiera sido el aliado de aquellos pobres campesinos que llegaban hacinados en trenes renegridos en busca de trabajo. Pero, no. Franco era en realidad el aliado de la burguesía catalana, le proporcionaba mano de obra barata para que pudiese enriquecerse y, no contento con ello, retiraba los excedentes para que no molestaran, para que no perturbasen el orden y no incomodasen a la gente de bien con el espectáculo de su miseria, de sus zarrapastrosas barracas.

La historia a veces tiene esas ironías. Siempre aparece un cínico que se permite denigrar a aquellos sobre los cuales ha construido su bienestar. Pero la historia al final hace justicia, justicia poética, y pone a cada uno en su sitio.

UNA, GRANDE Y LIBRE

«Se piensan que tenemos que explicar la historia de España como ellos querrían explicarla. Nosotros la explicamos como la de un Estado plurinacional y no como una sola, grande y libre».

ARTUR MAS, 14 de octubre de 2012

En el piso de la calle José Millán González pasé mi infancia hasta los diez años. Cumplidos los cinco, empecé a ir al colegio. Era un centro de damas apostólicas, situado en mi misma acera, a escasos metros de mi vivienda. Una hermosa torre de tejados puntiagudos rodeada de un extenso jardín. Recuerdo que iba contenta con mi cartera de cartón coloreada con dibujos infantiles y la bolsa de tela bordada por mi madre para el bocadillo. La alegría me duró poco, y el que tenía que ser uno de los días más felices de mi vida se convirtió en una experiencia horrible que nunca olvidaré. En el vestíbulo se amontonaban niños y niñas, todos llorando a lágrima viva. Ninguno quería quedarse allí. Lo que para mí era motivo de alegría para ellos lo era de desesperación.

La señorita Isidora, una mujer morena de pelo corto, gorda y poco cariñosa, nos preguntó si sabíamos leer. Yo era de las pocas que contestó

afirmativamente. Mi madre ya me había enseñado. Me compró un libro precioso que ilustraba cada letra con un dibujo y una pequeña historia. Por ejemplo a la letra pe, le correspondía el dibujo de un tren que hacía piiiini, a la letra eme, el de un ciclista que llegaba agotado a la meta. También me compró unas letras de cartón por cuyo nombre me preguntaba cada día. Así, antes de aquel primer y traumático día de colegio yo ya era capaz de leer las historias del libro, pero, sobre todo, de leer los tebeos y cuentos que durante mucho tiempo constituyeron el mayor tesoro de mi infancia. Mi madre me los leía una y otra vez, yo los memorizaba y luego repasaba sus viñetas contando la historia en voz alta como si los leyera. Cuando, por fin, supe leer experimenté el gran placer de poder desentrañar por mí misma aquellas maravillosas historias de niñas pobres que se convertían en bellas princesas, hijos que encontraban a sus padres, hadas y enanitos bondadosos que protegían a niños indefensos, pastorcillas que se casaban con un príncipe azul.

Aquel mi primer día de colegio tuve dos decepciones imborrables. La primera se produjo a poco de entrar en el aula. Los malos augurios que pronosticaban los llantos desesperados de los niños que se aferraban a sus madres como si los llevaran al matadero no tardaron en confirmarse. Me sentaron en una mesita redonda junto a un niño y una niña. Enseguida empezaron a morderme y a pellizcarme como si yo fuese la culpable de su infortunio. El sufrimiento que me infligieron mis dos pequeños torturadores compañeros de mesa se prolongó durante toda la mañana y lo que yo esperaba con tanta ilusión, mi idealizado primer día de colegio, se convirtió en una horrible pesadilla.

La segunda decepción fue a causa de mi madre. La señorita Isidora nos puso a los que ya sabíamos leer a escribir el número ocho una cantidad infinita de veces. Cuando volví a casa, muy contenta, le enseñé a mi madre la libreta llena de filas de ochos.

—Mira, mamá, ya se escribir números, mira cuántos ochos he hecho —le dije.

—Están torcidos— me respondió.

No le parecieron a mi madre aquellos ochos lo suficientemente presentables y me tuvo toda la tarde haciendo filas y más filas de ochos. Ella estaba haciendo la colada y recuerdo mis lagrimones y el olor a lejía de sus manos cuando venía a revisar mi tarea y cogía mi mano en la suya para guiarme en el trazado correcto del número ocho.

—El lápiz se coge así —decía, y enderezaba mi mano hasta situarla en la

posición correcta.

La libreta se mojó con mis lágrimas, pero mi madre no tuvo piedad. En aquel momento comprendí que se había acabado una etapa de mi vida. Había entrado en ese periodo en que uno empieza a asumir responsabilidades. Las tareas escolares fueron mi primera responsabilidad y mi madre se ocuparía de recordármelo diariamente.

Lo que más me gustaba de aquel colegio era el piano que había en el vestíbulo. Todos los niños intentábamos tocar sus teclas, pero en cuanto nos oían, alguna señorita nos recordaba que el piano no se podía tocar. Solo la señorita Carmen podía hacerlo. En efecto, ella era la pianista que acompañaba las canciones infantiles en las fiestas de final de curso, aquellas en las que nos entregaban los premios a la buena conducta o al aprendizaje. La señorita Carmen no era como las demás. La rodeaba un halo de belleza y de bondad. Nunca nos reñía, siempre sonreía. Era delgada y rubia, lucía una melena ondulada sobre los hombros, llevaba vestidos vaporosos y bonitos y, sobre todo, ¡tocaba el piano!

Mi primera palabra en catalán

Pero la señorita Carmen nunca me dio clase. Mis señoritas nunca sonreían, llevaban una bata blanca y se enfadaban con mucha facilidad y, cuando esto sucedía, mostraban su ira propinando algún que otro pescozón. A mí me propinaron más de un bofetón, pero, sobre todo, recuerdo que me decían cada dos por tres «*què dolenta ets, Maria Dolors!*» («¡qué mala eres, María Dolores!»). Parecía una premonición de lo que algunos me dirían después del 9 de noviembre de 2014.

Las señoritas daban la clase en español, pero entre ellas hablaban en catalán y a veces con los niños también. Especialmente cuando te reñían. *Dolenta* fue la primera palabra que aprendí en catalán.

Estuve en aquel colegio dos cursos, hasta después de hacer la comunión, a los siete años. Por las tardes, venía un cura que nos hacía aprender el catecismo y nos explicaba lo que significaba el sacramento de la comunión. Nadie lo entendía, pero a todos nos hacía mucha ilusión. Sobre todo a las

niñas, porque por fin nos podríamos vestir de princesitas. Pero, para nuestro pesar, las damas apostólicas que regían el colegio nos hicieron ir a todas vestidas de monjitas, con un sencillo hábito y toquilla blancos. A pesar de esta decepción, el de la primera comunión fue un día muy feliz para mí. No he olvidado la emoción en la iglesia y luego la alegría del festejo. La casa llena de familiares y niños, golosinas, música, juegos, estampitas con el Niño Jesús y bellos angelitos. En especial, recuerdo que mis padres pagaron la emisión de dos canciones en un programa de discos solicitados de la radio. Estuvimos pendientes de oír la dedicatoria y los temas: «Su primera comunión» y «Mi niña Lola». Especialmente esa última canción, que les gustaba mucho, y que narra la historia de una niña huérfana, me hacía llorar desconsoladamente entonces, y también ahora, después de la muerte de mis padres. Quizá porque por aquellos años no imaginaba la vida sin ellos y ahora porque ya se han ido.

A los ocho años me llevaron a un colegio que estaba un poco más abajo, en la calle Polonia. Era también un colegio de damas apostólicas, pero no era una torre, sino un edificio alto como un bloque de pisos, sin jardín. Tenía patio interior y capilla. El colegio también se utilizaba como residencia de chicas. Con el tiempo, mucho después, siendo yo madre, pasé por allí y vi que se había transformado en un colegio de formación profesional. En la actualidad está deshabitado.

Un mundo en blanco y negro

Le llamaban «el barato» porque cobraban unas cuotas muy bajas. Entrábamos a las nueve y salíamos a la una y media; por la tarde volvíamos a las tres y acabábamos a las seis y media. Todos los días de la semana, menos los domingos y el jueves por la tarde. Comíamos el bocadillo de la mañana en la misma aula, durante un breve descanso. Solo tenían recreo los que se quedaban a comer, y, precisamente por disfrutar del recreo, le pedí a mi madre que me dejara quedarme a comer durante una semana. La comida era tan mala que no volví a repetir la experiencia. Las damas apostólicas se paseaban entre las mesas y obligaban a los niños que no se la acababan a tragársela. Les tapaban la nariz y les metían la cuchara en la boca a la fuerza

hasta que vomitaban.

En aquel colegio, nos separaban por sexo. Durante mi primer curso allí, me pusieron en una clase muy grande, donde habría más de cuarenta niñas. La señorita nunca explicaba para todas, sino que llamaba en sucesivas tandas a tres o cuatro de las más espabiladas a su mesa y les enseñaba a multiplicar, por ejemplo. Luego estas niñas se convertían en las instructoras de grupos de alumnas a las que explicaban lo que la señorita les había enseñado. Un método que, asombrosamente, parece no tener nada que envidiar a las modernas estrategias didácticas de enseñanza grupal y participativa.

Lo que no tenía nada de moderno eran los castigos. Había toda una diversidad y gradación de penas según la infracción que se quisiera corregir. Desde el cara a la pared, ponerse de rodillas, brazos en cruz, copiar cientos de veces «me portaré bien en clase», hasta el regletazo sobre las palmas o las uñas de las manos. Pero el peor de los castigos para muchas era la vergüenza de tener que ir a pasar la mañana a la clase de los chicos.

Teníamos un único libro, donde se aprendía todo, geometría, aritmética, lengua, historia, ciencias naturales e historia sagrada, la *Enciclopedia Álvarez*. Doy fe de que lo que más nos gustaba era la historia sagrada. Aquellos relatos enigmáticos y asombrosos, plagados de castigos y venganzas, aquellas extrañas alusiones a hechos que no comprendíamos, aquellas medias palabras cuyo significado hubiéramos querido descubrir. ¿Qué pasaba en Sodoma y Gomorra? ¿Qué hicieron las hijas de Lot? ¿Cómo consiguió Dalila cortar la cabellera de Sansón o Judith la cabeza de Holofernes? La señorita nos enseñaba a resolver problemas de aritmética, pero no nos explicaba el contenido de ninguna materia. Simplemente nos decía cada día la parte del libro que debíamos aprendernos de memoria. Al día siguiente formábamos cola hasta su mesa. Ella comprobaba que hubiéramos hecho los deberes de aritmética o la redacción y nos preguntaba la lección. Si algo fallaba, ya podías preparar la mano para recibir el o los palmetazos, a discreción de la señorita.

Un día nos mandó aprender de memoria una pregunta muy larga de historia: el glorioso alzamiento nacional. Ocupaba más de una página de la *Enciclopedia Álvarez*. Ninguna niña se la sabía. La señorita se enfadó mucho, nos pegó a todas con la regla y, no contenta con eso, y poseída de un furor inaudito, nos puso de rodillas alrededor de su tarima con el libro en las manos y la advertencia de que al cabo de un rato nos volvería a preguntar y de que no saldríamos del colegio hasta que no nos lo supiéramos de memoria. El llanto

nos embargaba y no nos dejaba leer y mucho menos memorizar aquellas profusas palabras en que se glosaba y ensalzaba la gesta de nuestro gran caudillo. Nos preguntaba y nos volvía a preguntar, una detrás de otra, y ninguna se lo sabía y todas volvíamos a recibir los consabidos palmetazos y retornábamos a nuestro suplicio, de rodillas y con el libro entre las manos, condenadas a un nuevo intento. Hasta que fueron llegando nuestras madres, inquietas por la tardanza. En aquella época, las niñas, con solo ocho años, ya se iban solas a su casa a la salida del colegio, pero aquel día nos demorábamos tanto en llegar, que algunas madres se preocuparon y decidieron acercarse al centro. Cuando la señorita se enteró de que estaban las madres preguntando a la directora, sor Patrocinio, qué pasaba, por qué sus hijas no salían, decidió dejarnos marchar con la obligación de recitar de memoria la lección al día siguiente.

De aquella experiencia aprendí que nunca debía dejar de saberme de memoria la lección, y, sobre todo, si la lección se refería a nuestra gloriosa cruzada. En casa mis padres no hicieron comentarios del incidente. Ellos no querían meterse en política, pero muchas noches encendían la radio, un armatoste con teclas blancas, que me gustaba porque me recordaba al piano del antiguo colegio, y sintonizaban la Pirenaica. A pesar del ruido con que el gobierno trataba de distorsionar el sonido de la emisora clandestina, solía oírse con claridad la voz de la Pasionaria y otros líderes del Partido Comunista pronunciando encendidos discursos y pronosticando el fin próximo del régimen franquista, un fin que nunca llegaba. Mi madre le decía a mi padre que no sintonizara esa emisora, que a lo mejor nos descubrían y nos encarcelaban, pero él no creía que pudieran llegar a tal sofisticación persecutoria.

Pero más que la exaltación del régimen, en el colegio lo que preocupaba era la religión católica. Todas las tardes la señorita nos leía historias de santas mientras cosíamos; los sábados por la tarde venía un cura que nos hacía cantar himnos religiosos; durante el mes de mayo, cada día una niña estaba encargada de adornar con flores la imagen de la Virgen que se colocaba en el aula. Además todos los domingos íbamos a misa a la capilla del colegio. Teníamos una tarjeta azul que nos perforaban antes de entrar en el pequeño templo y, a final de curso, las que tuvieran más perforaciones en su tarjeta podían ir de colonias al pueblo veraniego de Begues. Las prácticas religiosas, los cánticos, el culto a la Virgen, nos gustaban a las niñas. Era una forma de romper la monotonía de las clases: cuando bajábamos a la capilla para celebrar algún

oficio o cuando venía el cura a cantarnos canciones religiosas nos sentíamos liberadas de las aburridas tareas escolares cotidianas.

Pero a veces éramos conscientes de que la religión no era un juego, sino una pesada losa que caía sobre nosotras y nos impedía respirar. Recuerdo la ocasión en que las damas apostólicas decidieron llevarnos de excursión al Tibidabo. Todas estábamos ilusionadas, podríamos disfrutar de las atracciones todo el día. Para nuestra amargura, nada más llegar, las damas nos metieron en la iglesia y nos tuvieron toda la mañana en los oficios que allí se realizaban. Yo estaba desesperada, miraba y remiraba los iconos religiosos, los relieves, el altar, las molduras del coro y ya no sabía qué hacer. Barajaba, incluso, la idea de escaparme de allí, de correr al aire libre, a las atracciones que tanta ilusión me hacían. Pero no me atreví, sabía que el castigo sería tremendo. El tiempo pasaba y pasaba y de allí no salíamos. Por fin, a la hora de comer nos permitieron abandonar la iglesia. Después ya solo quedó tiempo para dos atracciones. Sentí que las damas habían sido crueles con nosotras, que nos habían engañado diciéndonos que íbamos a pasar un feliz y divertido día en el Tibidabo cuando pretendían otra cosa. Sentí que habían defraudado nuestras ilusiones.

Otras veces, aunque niña, me daba cuenta de la disparatada percepción de la religión que tenían aquellas damas y nuestras señoritas. Un día la misma sor Patrocinio nos contó que no nos podíamos juntar con otras personas que no practicasen nuestra religión porque una manzana podrida corrompe a todas las que hay en el cesto. Las niñas nos miramos asustadas, pensando si quizá hubiera allí, entre nosotras, alguna «manzana podrida» que tirar a la basura. Pero el disparate más grande que les oí decir fue que no debíamos escuchar la radio ni las canciones populares porque eran pecaminosas. En mi inocencia, me lo creí y cuando llegué a casa les dije a mis padres que no podíamos ya escuchar canciones. ¡Con lo que les gustaban! Con muy buen criterio, se rieron y me dijeron que eso era una tontería y que no hiciera ningún caso. Y naturalmente no se lo hice. ¿Cómo se podía vivir pensando que todo era pecado, todo, incluso las únicas cosas que en aquel entonces nos proporcionaban un poco de placer, las únicas que ponían una pincelada de color en un mundo en blanco y negro, como el Nudo?

La ropa, los muebles, las casas, la *Enciclopedia Álvarez*, todo era viejo, triste, desvaído, grisáceo. Solo la radio con sus canciones, sus concursos, sus seriales; los tebeos con sus fantásticas historias de príncipes y princesas, hadas, brujas, magos, fuentes encantadas, y los románticos héroes y heroínas

cinematográficos conseguían transportarme a un mundo diferente, coloreado, donde la alegría, el amor, la belleza y la bondad siempre acababan por triunfar.

Mi otra escuela

La radio y los tebeos fueron, más que el colegio, la base de mi aprendizaje. El lenguaje pulido, la frase ornamental y bien construida que cultivaban los locutores y guionistas radiofónicos o de tebeos de aquella época constituían el principal modelo lingüístico para una niña como yo. Todas las tardes, nada más salir del colegio, mi madre me mandaba a comprar la leche a una granja que estaba cerca. Era leche fresca, recién ordeñada. En casa había que hervirla antes de beberla y degustar la espesa capa de nata que se formaba en el vaso. Después de merendar hacía los deberes, siempre bajo la supervisión de mi madre. Y mientras los hacía, escuchaba los seriales radiofónicos que emitían en la Cadena Ser, tres desde que yo llegaba hasta las ocho y media, aproximadamente. Eran historias interminables que narraban las vicisitudes e infortunios de una chica joven y buena, martirizada por las maldades que su maligna oponente urdía contra ella, y que, indefectiblemente acababan resolviéndose en un final feliz. Pero tan fascinantes como las historias eran las palabras con que se contaban. Antes de poder leerlas en los libros, las descubrí allí, en las voces de aquellos populares actores, Matilde Conesa, Juana Ginzo, Pedro Pablo Ayuso, Matilde Vilariño... El lenguaje de los seriales ejercía sobre mí una poderosa atracción que me permitió poblar mi vocabulario infantil y mi incipiente sintaxis de hermosas palabras y frases bien construidas y no exentas de ornamento.

Entre serial y serial, emitían el consultorio de doña Elena Francis. Ahí el uso del lenguaje llegaba al cenit de su esplendor, encarnado en la dicción perfecta e imponente de la locutora que representaba el papel de la insigne consejera. Doña Elena leía las cartas de las atribuladas mujeres que le escribían, todas de una perfección y calidad literaria exquisita y tan alejada de los programas del corazón con que la televisión nos abruma en la actualidad, que, solo por ello, pensaba que aquellas mujeres merecían tener mejor fortuna

y librarse de las múltiples desgracias que les ocasionaba un marido o un novio ingrato y, más raramente, una suegra o una pérfida rival.

Doña Elena siempre encontraba la solución. Y la solución consistía indefectiblemente en que la mujer debía sacar fuerzas de flaqueza e imponerse sobre un marido díscolo y disoluto, haciéndole entender que, de seguir así, y con todo su pesar, no tendría más remedio que abandonarle. En una época en que no existía el divorcio, doña Elena aconsejaba a sus fieles seguidoras poner firmes a sus maridos o novios y, de no conseguirlo, plantarlos. ¡Casi era una feminista aquella doña Elena!

No todo eran novelas y consultorios sentimentales en la radio, también había concursos, programas de humor, discos solicitados —que tanto le gustaban a mi padre—. Y, ¡oh, milagro!, obras de teatro y vidas de artistas, científicos y escritores. A través de la radio, conocí numerosas obras, de teatro clásico, como *Otelo*, *El mercader de Venecia*, *Inés de Castro*, *Juana la Loca...* y también de teatro contemporáneo, especialmente las astracanadas de Muñoz Seca, o los dramas de Alejandro Casona y, ¡cómo no!, las comedias de Alfonso Paso. Conocí la vida y obra de Marie Curie, de Verdi, de Ramón y Cajal, de Chopin. A veces, me dormía escuchando esas historias y como no había televisión disfrutaba recreando en mi imaginación los escenarios, las caras de los personajes, sus vestidos, sus casas.

Mis lecturas se limitaban a los cuentos infantiles y los tebeos. Desde bien pequeña, mi premio de todos los domingos era que mi padre me comprara un tebeo en el quiosco de la plaza Sanllehy, pero a veces, también entre semana, mi madre me traía uno o dos o me daba dinero para que fuera a la papelería de la avenida de Can Baró a comprarme uno. Los colocaba por orden cronológico de adquisición y pasaba tardes enteras releyéndolos o dibujando historias parecidas. Ya, con más edad, a los tebeos añadí el gusto por los cómics, de modo que devoraba, desde *Mortadelo y Filemón*, *Gordito Relleno*, *Carpanta* y *Doña Urraca*, hasta cómics del oeste o de hazañas bélicas, pasando por *El Capitán Trueno* y *El Jabato*. La radio, los cuentos y los tebeos me hacían soñar e imaginar otro mundo distinto, un mundo en color, un mundo alegre, divertido, un mundo de aventuras, romántico y maravilloso, tan distinto de la realidad del colegio y de mi entorno. A veces, me imaginaba que quizá de mayor esos sueños se harían realidad. Me sentaba en la puerta de la calle y observaba bajar por la empinada cuesta a las chicas que iban a bailar o al cine. Me gustaba ver cómo se arreglaban, los vaporosos vestidos estampados de nailon. Pensaba que yo también me pondría vestidos parecidos cuando

fuese mayor e iría a bailar y tendría novio y trabajaría en una oficina como las heroínas modernas de mis tebeos, y quizá algún príncipe azul también me rescataría a mí.

También soñaba a veces con un mundo donde el colegio no inspirara temor. Muchos años después, la democracia acabó con el modelo educativo del franquismo. Se acabaron aquellos castigos, se acabó aprenderse de memoria la lección, adiós a la *Enciclopedia Álvarez* y las páginas que hablaban del glorioso movimiento nacional. Pero, desde hace tiempo, en Cataluña, esas páginas han sido sustituidas por otro relato: el del martirio secular infligido a Cataluña por la pérfida España. Los niños catalanes no han de aprenderse de memoria. Dice Artur Mas, en réplica al ministro Wert, que «se piensan que tenemos que explicar la historia de España como ellos querrían explicarla. Nosotros la explicamos como la de un Estado plurinacional y no como una sola, grande y libre», pero la verdad es que también el nacionalismo catalán, como todos los nacionalismos, quiere adoctrinar a los escolares en la idea de una nación, indivisible, grande y libre. Una nación que abarca a todos los territorios de lengua catalana, los llamados Países Catalanes, y libre de España. La propaganda del nacionalismo catalán es, eso sí, mucho más eficaz que la del franquismo, porque no se limita a ensalzar el legado de los antiguos próceres, sino que convierte en futuros héroes, en protagonistas de la historia, a esos jóvenes escolares que habrán de romper las supuestas cadenas y construir el nuevo estado.

4

HABLE EN CRISTIANO

«Un estado, una lengua, es, pues, una de las afirmaciones más destructivas de la diversidad humana, una aberración que ataca a la pluralidad, natural e histórica de nuestra especie».

JESÚS TUSÓN,

Patrimoni natural. Elogi i

defensa de la diversitat lingüística

La primera palabra que aprendí en catalán fue, pues, *dolenta*. La señorita Isidora me lo decía continuamente, «*què dolenta que ets, Maria Dolors!*». Aunque nunca supe el motivo, descubrí enseguida lo que significaba. Nuestros libros y cuentos estaban escritos en español, los profesores hablaban por lo general en ese idioma, pero a veces se dirigían a nosotros en catalán, sobre todo cuando nos hablaban personalmente. Algo parecido a lo que ocurre ahora en Cataluña, pero al revés.

En aquella época, el catalán me llegaba prácticamente solo a través de la radio. Nadie en mi entorno lo hablaba, salvo las señoritas del colegio y algún que otro tendero del barrio, y a pesar de ello, cuando oía programas

radiofónicos en catalán lograba descifrar el mensaje sin apenas dificultad. El catalán me resultaba muy fácil. Casi todas las palabras empezaban igual, aunque acabasen de forma distinta, y no era necesario un gran esfuerzo intelectual para comprenderlas. Yo no era en eso una excepción. Nadie de mi familia habló nunca en catalán, sin embargo todos eran capaces de entenderlo.

También la radio fue en esto decisiva para mí. Uno de mis mejores profesores de catalán fue Salvador Escamilla que, en Radio Barcelona, dirigía un programa con actuaciones en directo, música y entrevistas: *Radioescope*. No me gustaba mucho. Al menos, no tanto como las novelas o los concursos, pero me entretenía mientras dibujaba o hacía los deberes. Otro de mis programas preferidos en catalán era el radioteatro. Los miércoles por la noche, Radio Barcelona emitía obras clásicas del teatro catalán en las voces inolvidables de Encarna Sánchez e Isidro Solá, entre otros. Recuerdo especialmente, por la honda emoción que me produjo, *Terra Baixa*, de Ángel Guimerá. En ella, Encarna Sánchez, la gran actriz de Radio Barcelona, interpretaba a la protagonista femenina. En su voz dulce y melódica el catalán se dejaba querer.

Pasamos siete años en el piso del Carmelo. A los diez años volví a cambiar de colegio y de casa. El constructor del piso de la calle José Millán González había salido hacía poco de la cárcel y para rehabilitarse devolvía a los afectados el dinero estafado, pero, como pretendía volver a construir, les proponía descontar lo que les debía del importe de una nueva paga y señal para los futuros pisos. Algunos, ingenuamente, aceptaron y el pájaro voló por segunda vez. Mis padres no cayeron esta vez en la trampa. Con el dinero retornado más los ahorros que durante aquellos siete años habían reunido pagaron una entrada para un piso del Patronato Municipal de la Vivienda en el Besós.

La nueva casa me gustaba porque era soleada, disponíamos de más espacio y teníamos muebles nuevos y modernos. Pero el barrio era horrible. No era más que una cuadrícula poblada de bloques altos, feos, baratos, sin ninguna personalidad. Las calles estaban aún sin asfaltar. No había recovecos, ni cuestas, ni plazoletas. Solo cemento y gentes sencillas vagando entre unos bloques sin historia y sin belleza. Luego el barrio mejoró. Al cabo de algunos años, asfaltaron las calles y se crearon zonas ajardinadas, con columpios para los niños. Pusieron un cine que los domingos se llenaba a rebotar de gente cuya intención no era siempre la de ver la película proyectada. También levantaron una iglesia y una biblioteca. Alguna vez he vuelto a pasar por aquel

barrio donde viví diez años y donde transcurrió mi adolescencia y he sentido mucha pena al comprobar el deterioro tan lastimoso que ha sufrido. El ayuntamiento socialista de Maragall convirtió en zona ajardinada el solar que separaba el barrio de la calle Maresma. Allí donde antiguamente solo había tierra y se instalaban los autos de choque, había luego un paseo jalonado de hermosos árboles y flores. Pero los bloques de pisos parecían agónicos leprosos. Sus paredes mordidas por la aluminosis se caían a trozos. Los antiguos habitantes del barrio, huidos de allí hacía tiempo, fueron sustituidos por nuevos inmigrantes, esta vez provenientes de Asia y África, en su mayoría. De los antiguos jardincillos que otrora se intercalaban entre los edificios ya solo quedaban los restos, los columpios y los toboganes yacían herrumbrosos y abandonados en el suelo; el asfalto parecía estar cubierto de una mugre espesa y renegrida. Ya no había casi tiendas de ropa, ni papelerías, ni zapaterías, y las pocas que quedaban de alimentación eran como cuevas mugrientas en las que no apetecía entrar. ¿Qué había pasado con mi antiguo barrio? Era como si contemplase a un viejo moribundo.

Cuando nosotros llegamos allí, era un barrio feo y desnudo, pero joven, y tenía un porvenir. Mi madre estaba muy contenta. Por fin tenía su casa. La vivienda anterior era provisional y compartida con mi tía y su familia. Por primera vez desde que llegaron a Barcelona teníamos una vivienda para nosotros solos. Mi madre se desvivía por arreglarla y tenerla bonita. Durante varias semanas, antes de instalarnos allí, íbamos al piso y frotaba los restos de cemento de las baldosas hasta conseguir dejarlas brillantes.

Tiempo de mudanza

Con el cambio de casa vino aparejado el cambio de colegio. El nuevo estaba muy cerca del piso, en Maresma, una calle industrial, con fábricas de chimeneas humeantes, alternando con bloques de pisos también feos y casas bajas con pequeños huertos. La verdad es que al principio se me caía el alma a los pies. Comparado con mi anterior barrio, repleto de cuestas y bajadas, torres de cuento, plazoletas entrañables, y el cercano y adorable Parque Güell, aquel nuevo barrio resultaba de lo más inhóspito. La academia

Atlántida, que así se llamaba mi nuevo colegio, hacía casi esquina con la avenida Pedro IV, desde la que se accedía a los barrios del Poble Nou y la Verneda. Mi gran sorpresa fue comprobar que aquel colegio no tenía nada que ver con los dos anteriores por los que había pasado. ¡No había damas apostólicas! El director de la academia era un hombre catalán y catalanista, joven y de ideas progresistas, aunque entonces yo lo único que acertaba a comprender era que allí no nos atosigaban con la religión como hacían las damas apostólicas.

La academia era minúscula. Ocupaba la planta baja de un edificio antiguo de tres pisos. El vestíbulo era lóbrego y desvencijado y al final de un estrecho pasillo, situado a la izquierda de la escalera, se llegaba a la puerta que daba acceso a la academia. Dentro había únicamente dos aulas sin ventanas al exterior; un reducido cuarto, donde estaban instalados una mesa y cuatro máquinas de escribir para que los alumnos pudiéramos practicar mecanografía, un lavabo y un pequeño patio, destinado al recreo y a la educación física.

El señor Belcills era el director y nuestro profesor. Además había una señorita de música y taquigrafía, un profesor de contabilidad y, más adelante, una profesora de francés.

En el aula pequeña estaban los alumnos de menos de diez años y, en la grande, chicos y chicas de diferentes edades. Desde diez años, como yo, hasta algunos de catorce. Sin embargo, prácticamente, todos hacíamos las mismas tareas. Yo llegué a la academia en noviembre, con el curso ya iniciado. Lo primero que me llamó la atención fue que allí no había que aprenderse nada de memoria. Tampoco usábamos la *Enciclopedia Álvarez*. El maestro mandó el primer día que estudiáramos una lección que ocupaba unas cuatro páginas del nuevo libro. Creí morir. ¡Tenía que aprenderme de memoria todo aquello! Me pasé la noche intentando memorizarlo. Al día siguiente, observé atónita que el maestro preguntaba y los alumnos le contestaban únicamente lo que habían entendido sin reproducir las palabras del libro. Tampoco ponía a nadie de rodillas o brazos en cruz. En cambio, compartía con mis antiguas señoritas el gusto por propinar regletazos a los alumnos que se desmandaban, e incluso alguna que otra bofetada.

Fue entonces cuando empecé a recibir versiones de la historia de España distintas de la patriótica exaltación con que la *Enciclopedia Álvarez* narraba nuestro glorioso movimiento. Decía el señor Belcills cosas como que fue una desgracia para España ganar la Guerra de la Independencia, que más nos

hubiera valido ser una colonia francesa. Eso me llamó mucho la atención porque justamente en aquella época estaban emitiendo por la televisión una serie sobre la Guerra de la Independencia, protagonizada por Emilio Gutiérrez Caba, que me gustaba mucho, y en la que se elogiaba el gran valor de los españoles en su lucha contra las tropas napoleónicas. Al año siguiente, llegó al colegio una hija de inmigrantes españoles en Francia, que habían retornado recientemente. La niña trajo una revista francesa en la que se hablaba de la región extremeña de Las Hurdes, como exponente de la miseria e injusticia social que padecía la España de Franco. El maestro habló del artículo en clase y nos lo dejó leer a todos. El mensaje que nos quería transmitir era que España, pero no así Cataluña, era el país más miserable de Europa. Aquel hombre, más tarde me di cuenta, era un precedente de lo que ha venido a ser norma en la escuela catalana actual: el desprestigio sistemático de España y la erradicación de cualquier sentimiento no ya patriótico, sino siquiera afectivo, hacia España.

También se preocupaba el maestro de fomentar nuestro interés por la lengua catalana. Comenzó el hombre por liberarnos de la idea equivocada que más de uno tenía sobre el catalán. No era un dialecto, sino una lengua al mismo nivel que el castellano y convenía que la aprendiéramos. Por supuesto, él daba las clases en español, aunque como mis antiguas señoritas, cuando se nos dirigía personalmente, a veces nos hablaba en catalán. Para que nos familiarizásemos con ese idioma trajo a clase varios ejemplares de la revista juvenil *Cavall fort*, fundada en 1961, y nos la hacía leer en clase e incluso nos permitía llevarla a casa para continuar su lectura. Reconozco que, a pesar de ser un cómic juvenil, me aburría bastante. Quizá porque estaba acostumbrada a otro tipo de tebeos, quizá por el peculiar sentido del humor, quizá por la lengua...

¿Estudias o trabajas? Las dos cosas

Cuatro años, hasta los catorce, estuve en el colegio. Al acabar, obtuve el título de comercio, que habilitaba en aquella época para trabajar como auxiliar administrativo en una oficina. ¡Había conseguido mi sueño infantil!

Pero el que era por entonces nuevo director de la academia, el señor Rodríguez, llamó a mi madre y le dijo: «Esta niña ha de continuar estudiando. Póngala a hacer bachillerato». Mi madre le hizo caso y durante aquel verano me preparé para pasar la prueba de acceso a tercero de bachillerato. En septiembre de 1969 entré en el instituto Infanta Isabel de Aragón, un centro solo para chicas que se ubicaba en el cercano barrio de la Verneda. Al mismo tiempo comencé mi vida laboral en una mutua de accidentes de trabajo, de nombre Barcino Industrial y Comercial.

Hoy en día, trabajar con catorce años es algo insólito, mejor dicho es algo imposible por ilegal. Pero en aquel entonces era lo habitual. Entraba a las ocho y media y salía a las dos y media. Los jueves trabajaba también por la tarde de cuatro a siete. Y los sábados de ocho y media a una y media. Por las tardes iba al instituto. Era un trabajo cómodo y sencillo. Rellenar expedientes de accidentados, archivarlos, anotar los gastos generados por cada expediente, archivar la correspondencia. Sin embargo, los primeros meses fueron traumáticos. Experimenté la sensación de que se había acabado mi vida de niña y de que entraba en la de adulto, con las responsabilidades que ello conlleva. No podía faltar al trabajo, no podía llegar tarde. Tampoco eso me estaba permitido en el colegio, sin embargo, y aunque no sabría explicar exactamente por qué, para mí no era lo mismo.

En la oficina, todos mis compañeros, excepto un chico que hacía los recados y yo, eran catalanes y hablaban catalán entre ellos. El jefe tenía su despacho en otra oficina, situada varias calles más abajo. Cuando venía a inspeccionar nuestro trabajo, todos nos levantábamos para saludarle. El jefe era catalán de varias generaciones. Sin embargo, hablaba con todos sus empleados, por más que estos fuesen también catalanes, en español. El español era la lengua con que la burguesía catalana acostumbraba a dirigirse a los empleados o al servicio.

A pesar de no hablarlo, tuve que ser yo la primera que, por propia iniciativa, escribiera una carta en catalán en aquella oficina. Una empresa nos había dirigido un escrito redactado en catalán y pensé que quizá fuese un detalle contestarles en la misma lengua. Por aquel entonces yo ya tenía bastantes nociones, pues asistía a las clases voluntarias de lengua catalana que se organizaron en el instituto. A mi jefe le pareció bien y, a partir de entonces, siempre que había que redactar alguna carta en catalán recurrían a mí. Hasta me compraron un diccionario para que resolviera las dudas que pudiera tener.

Lo cierto es que en aquella oficina nadie tenía ningún sentimiento de

alienación por el hecho de que el catalán no fuese una lengua normalmente utilizada en la educación, ni en los medios de comunicación ni en la correspondencia administrativa. En cambio en el instituto sí había interés por este tema. Yo asistía a clase en lo que se conocía como horario nocturno. Entraba a las seis y salía a las diez de la noche. Todas las asignaturas se daban en español, a pesar de que los profesores eran en su mayoría hablantes catalanes. Ahora bien, a diferencia de lo que yo había experimentado hasta entonces, entre mis compañeras de clase, al menos la mitad eran catalanohablantes. Esto propiciaba que muchas veces en clase se produjeran diálogos en catalán sin que ello diera lugar al menor contratiempo. Yo jamás oí a nadie pronunciar esa frase tan tópica de «hable usted en cristiano». No digo que no hubiera quien formulase tal imposición, pero en mi círculo semejante atrevimiento era impensable. Los que hablaban en catalán generalmente pertenecían a un estrato social superior, vestían mejor, vivían en barrios mejores, tenían más dinero, eran más educados: ¿quién iba a osar exigirles tal cosa? Además, acostumbraban a ser nuestros jefes y estos no solían dirigirse a sus empleados en catalán. Un día una compañera cuyo nombre no recuerdo, pero sí su apellido, Pruneta, pidió permiso al profesor para leer un manifiesto en el que se abogaba por el derecho de los niños, reconocido por la UNESCO, a la educación en la lengua materna. La chica explicó con convicción el grave perjuicio que ocasionaba a los niños el no poder aprender en la lengua propia y solicitó de nosotras nuestra firma en apoyo de hacer efectivo ese derecho. Naturalmente, todas firmamos convencidas de la justicia de aquella demanda.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero me acuerdo como si fuese hoy mismo. La Pruneta, con su trenza y sus ojos brillantes y saltones, muy pizpireta ella, leyendo el manifiesto y persuadiéndonos de la necesidad ineludible de respetar ese derecho que el malvado Franco —aunque nadie se atrevió a calificarlo así, todas lo pensamos— arrebatava a los indefensos niños de lengua catalana. Creíamos fervientemente en ese derecho y algunos aún creemos, pero otros muchos se han olvidado hace tiempo de lo que un día consideraron justo.

Nunca he conseguido que ningún defensor de la llamada inmersión lingüística me explique cómo es que lo que era bueno, lo que era un derecho para los niños de lengua materna catalana, ha dejado de serlo para los niños de lengua materna castellana. A lo sumo, cuando insistes con ahínco acaban contestándote que si el catalán no es la lengua exclusiva de la enseñanza

acabará por desaparecer. Y yo me pregunto, ¿cómo una lengua que ha sobrevivido a la dictadura de Franco, a pesar de su erradicación de la enseñanza y la Administración durante tantos años; una lengua que hoy en día es vehicular en la enseñanza y predominante en la Administración y los servicios públicos va a desaparecer por el hecho de que se permita estudiar en castellano a los niños cuyos padres lo soliciten? Y, en todo caso, ¿por qué han de prevalecer los supuestos derechos de las lenguas sobre los derechos de las personas? Algunos, más perspicaces, retuercen entonces el concepto de lengua materna hasta transformarlo en otra cosa. Lengua materna deja de ser la lengua que has aprendido de tus padres para ser la propia de la tierra en la que habitas. De este modo tan esperpéntico resuelven y dan por zanjada la contradicción.

Lo que más me duele de todo este asunto, es que yo creí sinceramente —y creo— en este derecho y en su defensa firmé manifiestos y acudí a manifestaciones mientras muchos de los directamente afectados por la prohibición del catalán en la enseñanza se quedaban en casa tranquilamente sin inmutarse lo más mínimo. No imagino a ninguno de mis compañeros de oficina comprometiéndose en aquella época en un acto en defensa de la lengua materna. Quizá ahora —no puedo asegurarlo— sean firmes partidarios de la inmersión lingüística.

Al cabo de estar yo dos años en el instituto, es decir, en 1971, la directora del centro permitió que se impartieran clases optativas de catalán. Para mi sorpresa fuimos muy pocas las que nos apuntamos. La mayoría, además, éramos castellanohablantes. Las compañeras de lengua catalana, a pesar de que desconocían las normas gramaticales y la ortografía del catalán, prefirieron no asistir. A veces, tengo la sensación de que la mayoría de los catalanohablantes de entonces estaban tan alienados y eran tan conformistas como la mayoría de los castellanohablantes catalanes de hoy en día. Simplemente, la gente se deja arrastrar por los que crean opinión. Aquellos idealistas que, como la Pruneta, reivindicaban el derecho a la enseñanza en catalán eran entonces una minoría como lo son ahora los díscolos disidentes que reclaman el mismo derecho para el español.

En aquellos años, la propaganda franquista y, sobre todo, el temor a las represalias neutralizaban cualquier oposición a la política lingüística imperante. Hubo que esperar a la democracia para que la lengua catalana pudiera hacer valer sus derechos.

Jesús Tusón fue profesor mío de historia de la lingüística en la

Universidad de Barcelona. Aún recuerdo como un privilegio haber sido alumna suya. Tiene razón cuando afirma que es una aberración intentar establecer el monolingüismo en un estado, porque como bien dice «en el mundo hay cerca de 6.000 lenguas y 200 estados. Si alguien intenta establecer una ecuación entre unas y otros, tendrían que desaparecer 5.800 lenguas. Algo que sería una auténtica catástrofe natural». Franco lo intentó, relegando a la intimidad el uso del catalán, pero otro tanto pretende ahora hacer la Generalidad de Cataluña al imponer el catalán como exclusiva lengua de la enseñanza y de la Administración y servicios públicos.

La propaganda catalanista difunde de manera obsesiva y continuada la idea de que el catalán ha de ser la lengua de todos, la lengua que crea cohesión social y permite la integración. Casi nadie, salvo la heroica resistencia representada por algunas asociaciones defensoras de los derechos lingüísticos de todos los catalanes, se atreve a discutir ese dogma sagrado. Las represalias son de índole diferente a las que pudieran utilizarse en la época de Franco, pero igual de efectivas, o más. Consisten en el aislamiento y la descalificación social, como si de apestados se tratase, de todos aquellos que se permiten poner en tela de juicio que el catalán haya de ser la única lengua vehicular de la enseñanza en Cataluña.

LA MURCIANITA

«España para los españoles.
Cataluña para los murcianos».

Revista Be Negre, 17 de enero de
1933

Conocí a Joan en la biblioteca del barrio, una tarde de primavera en que estaba yo consultando bibliografía para un trabajo de literatura sobre *Marinero en tierra*, de Rafael Alberti. Era un chico catalán, barbudo y melenudo al estilo *hippie* de los años setenta, que cursaba la carrera de historia en la Universidad de Barcelona. Enseguida trabamos amistad. Él era muy cariñoso y parecía muy erudito. No tardamos en enamorarnos. Al principio, él me hablaba en español, pero pronto pasó a hacerlo exclusivamente en catalán. A mí no me importó. Él hablaba en su lengua y yo en la mía y los dos nos entendíamos sin problema alguno.

Le faltó tiempo para iniciarme en los autores comunistas. Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, Mao, se convirtieron por aquellos años en mis lecturas preferidas. Los domingos íbamos a un antiguo bar que estaba en la calle Montaner, junto a la universidad, provistos de nuestros libros. Pasábamos mucho tiempo por allí mientras leíamos y subrayábamos las obras de nuestros maestros y para que no nos echaran consumíamos un té tras otro. Curiosamente, aproveché aquellas lecturas para hacer un trabajo de religión

sobre el comunismo. El profesor de religión era un cura que quería mostrarse receptivo y moderno frente a unas alumnas cada vez más apartadas de la rigidez dogmática del nacionalcatolicismo. Así que, para mi sorpresa, pues yo pensaba que se disgustaría por el tema elegido, mi trabajo le gustó mucho y hasta lo comentó en clase.

No tardó Joan en llevarme a su casa. Vivía con sus padres y una hermana al final de la calle Verneda, cerca de la Meridiana. La hermana, una chica dulce y encantadora, era muy niña aún, tendría unos trece años. El padre trabajaba de encargado en un taller mecánico de reparación. Era muy serio y de pocas palabras. La madre, una mujer menuda, morena y bastante atractiva, en cambio, era muy dicharachera y mimosa con su hijo. Daba la impresión de ser la típica madre posesiva que no puede permitir que nadie le arrebatase a su cachorro, esa clase de madres para las cuales cualquier mujer que pueda relacionarse con su niño es una competidora a la que hay que derrotar. Naturalmente, yo fui para ella desde el primer momento una enemiga y se empeñó en demostrarle a Joan que yo era muy poquita cosa, especialmente —claro está— comparada con ella, aunque se abstenía de decirlo tal cual. En lugar de comparar mis escasos méritos con los que ella poseía, utilizaba la figura intermedia de la novia anterior de Joan, con la que no hacía mucho este había roto. ¡Aquella sí que era una chica que valía la pena, aquella sí que era lo que su hijo merecía, y no esta de ahora, que ni siquiera habla catalán!

El pobre Joan me lo contaba riéndose y sin darle importancia. Mira lo que dice mi madre —decía—. Él no se daba cuenta de lo que me dolían las gracietas de su mamá. Un día, como si fuese lo más divertido del mundo, me espetó

—¿Sabes cómo te llama mi madre? La murcianita.

Delante de él, apenas dejé traslucir ninguna emoción. Le repliqué solamente que no tenía gracia y que yo no era murciana. Pero la verdad es que nunca debiera habérmelo dicho, pues aquel comentario dañó irremediablemente mi relación con su madre. Por suerte, no llegó a ser mi suegra. «La murcianita» traía a mi memoria aquello que una compañera de trabajo le dijo a mi madre en la fábrica de botones: «Han venido los murcianos a quitarnos el trabajo a los catalanes». Más de una década después, aún había catalanes que manifestaban el mismo sentimiento de rechazo y desprecio hacia los obreros procedentes de otras regiones de España.

Un toque de xenofobia

La madre de Joan no era la única en pensar así. La Pruneta, la misma que nos leía manifiestos a favor de los derechos lingüísticos de los pobres niños que no podían estudiar en su lengua materna catalana, nos contaba que sus padres no aceptarían que se casara con un murciano. «Ellos no tienen nuestras costumbres, hacen comidas raras y no hablan nuestra lengua. No son como nosotros». Más o menos, lo mismo que le dirían unos padres blancos en la Norteamérica de los años cincuenta y sesenta a la hija que pretendiese casarse con un negro, o, quizá, lo mismo que algunos padres españoles le dirían respecto de un inmigrante extranjero a su hija.

Naturalmente, la que nunca llegó a ser mi suegra sabía perfectamente que yo no era murciana, pero los términos *murciano* o *charnego* servía para señalar a todos aquellos que no eran catalanes, a todos aquellos que habían venido de otras regiones de España y no hablaban catalán.

El uso despectivo del gentilicio murciano empezó muchos años antes, en la década de los treinta, cuando oleadas de personas procedentes de Murcia se trasladaban a Cataluña en busca de trabajo. Un autobús que el periodista Carles Sentís bautizó el *Transmiserià*, como contrapunto irónico del lujoso Transiberiano, los trasladaba en un viaje interminable desde Lorca hasta Barcelona. Sentís publicó una serie de artículos en la revista Mirador, bajo el título: «*Múrcia, exportadora d'homes*» (Murcia, exportadora de hombres), que, más tarde, reunió en el libro *Viatge en Transmiserià* (viaje en transmiseriano). Los artículos de Sentís tuvieron un gran impacto en la sociedad catalana del momento y otras revistas catalanistas se hicieron eco, como el *Be Negre*, cuyo número del 17 de enero de 1933 portaba el titular: «España para los españoles. Cataluña para los murcianos». El regusto racista que destilaba ese titular fue sobrepasado con creces en ese mismo número por una escena caricaturesca en que se presentaba a los inmigrantes murcianos como seres hambrientos, enfermos, miserables y deformes y un sarcástico texto, titulado *Aires del sur*, que decía lo siguiente:

No siempre las ideas nuevas nos han de venir del otro lado de los Pirineos. Alguna vez, las innovaciones ideológicas nos tenían que llegar desde abajo, desde la zona de África. Nos referimos, claro está, al inefable comunismo libertario que tan gallardamente enarbola su

procedencia murciano-andaluza. Lo desagradable del caso es, sin embargo, que junto con las ideas nos han llegado sus propios inventores, sus protagonistas, sus implantadores y hasta la masa que les ha de dar calor.

Muchos años después, en la década de los setenta, todos los llegados de fuera éramos *charnegos* o *murcianos*, pero los andaluces eran los murcianos por excelencia.

En un libro, *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña*, publicado en 1958 y reeditado en 1976, el «honorable» Jordi Pujol i Soley, durante tantos años presidente de la Generalidad, grabó para siempre y para su desgracia en frases imborrables ese sentimiento de desprecio hacia la inmigración compartido por catalanes como la madre de Joan, como los padres de la Pruneta y tantos otros: «El hombre andaluz no es un hombre coherente, es un hombre anárquico, es un hombre destruido, es generalmente un hombre poco hecho». Y no solo eso, según nuestro presidente, el andaluz es «un hombre que vive en un estado de ignorancia y de miseria cultural, mental y espiritual».

Al desprecio se añadía en nuestro insigne varón el temor a que esa clase de hombres, indubitablemente inferiores, se impusiera por la fuerza de su número a la superior cultura catalana: «Si por la fuerza del número llegase a dominar, sin haber superado su propia perplejidad, [el andaluz] destruiría Cataluña».

Progres redentores

Sin embargo, y en justicia, no todos los de origen catalán eran como la madre de Joan o los padres de la Pruneta o como nuestro «honorable» presidente. Creo que entre muchos jóvenes de aquella época esa actitud no era compartida. Predominaba el espíritu fraternal y el ansia de borrar las barreras sociales entre las personas. Mi querido Joan, por ejemplo, no era consciente del daño que las palabras de su madre podían infligirme, probablemente porque él no compartía el desprecio que encerraban, y en el instituto tuve amigas catalanas de toda la vida que me profesaban un sincero afecto.

Aun así, también en el subconsciente de aquellos jóvenes idealistas, como Joan o la Pruneta, anidaba la idea de la supremacía catalana, solo que en lugar de mostrar desprecio hacia los *murcianos*, adoptaban frente a ellos una actitud paternalista, como la del que ha sido dotado por la naturaleza de excelsas virtudes y trata de ayudar a mejorar a los menos favorecidos.

En la actualidad, tristemente, vuelven a oírse comentarios como los de la madre de Joan, pero ahora reservados únicamente para aquellos que no quieren renegar de sus orígenes. Los llegados de otras regiones se libran de la marginación y de las despectivas etiquetas de *charnegos* o *murcianos* y, en cambio, son rebautizados como «los otros catalanes», pero solo a condición de abrazar en exclusiva la identidad y la lengua catalana que personas bien pensantes e integradoras, como aquellos jóvenes catalanes de mi generación, generosamente ponen a su alcance. Es el precio que deben pagar para hacerse perdonar su condición charnega.

Joan, a pesar de sus ideales comunistas, a pesar de su fe en la lucha de clases, me reconoció un día que él se sentía más identificado con un burgués catalán que con cualquier obrero andaluz o de cualquier otra parte de España. Para él el componente nacional era la cuestión fundamental por encima del ideal comunista. Prefería una Cataluña independiente y capitalista a una España comunista.

Un día vino a comer a mi casa y conoció a mis padres. No tardó en ponerse a hablar de política con ellos. Para su sorpresa, mi padre estaba prácticamente de acuerdo con cuanto él decía sobre la explotación de los obreros, la lucha de clases y la necesidad de avanzar hacia una nueva sociedad igualitaria, una sociedad comunista.

—Tu padre es un obrero auténtico —me dijo.

—También tu padre es un obrero —comenté yo.

—Sí, pero no es lo mismo, pertenecen a mundos distintos —repuso él.

Yo quise indagar en el significado de esta afirmación y por lo que él me explicó llegué a la conclusión de que Joan pensaba no solo que el obrero catalán estaba más aburguesado que el *murciano*, sino que, además, el componente catalán trazaba una línea divisoria clara entre las personas, entre su familia y la mía, por ejemplo.

Ironías del destino, Joan hizo la mili en Murcia. Un día su madre me llamó y me pidió que fuese a verla. Casi no podía creérmelo. La señora apenas si se dignaba a hablarme. Alguna vez habíamos coincidido en la peluquería y ni tan siquiera me había dirigido la palabra, fingiendo no verme. ¿Qué querría? Con

voz llorosa, no sé si por la pena o por la humillación que le suponía tener que pedirle algo a una murcianita, me dijo que les acompañase a ella y a su marido a Murcia para ver a su hijo, porque si no iba yo él no quería verlos. Imaginé lo degradante que debía de resultar para aquella mujer pedirle a una murcianita que les acompañase, porque esa era la condición que les ponía su hijo. Pensé que de alguna manera tarde o temprano me lo haría pagar, pero de momento me vi en la obligación de aumentar mi deuda con ella al responderle que no me era posible acompañarlos, pues trabajaba. «Pide fiesta», me dijo. Pero eso no me era posible, además no me apetecía lo más mínimo ir con ellos a Murcia. Así que, en aquella ocasión, se quedaron sin ver al hijo arisco.

Desde la mili, me escribía a menudo cartas largas y dulces en catalán. Casi puede decirse que mis primeras lecturas de textos largos en catalán fueron aquellas cartas. Aprendí mucho catalán gracias a ellas. Cuando él acabó la mili yo ya estaba cursando segundo curso de Filología y primero de Historia en Pedralbes. A los pocos días de su regreso, rompimos, pero no fue por su madre, ni por la lengua, sino por las cosas del corazón, como en la mayoría de parejas.

Conservamos la amistad unos cinco años más. Nos veíamos de vez en cuando. Una vez, después de tener yo mi primer hijo, vino a casa con su mujer. Ella era una antigua amiga madrileña, de cuando nosotros éramos novios. Joan consiguió lo que nunca pudo lograr conmigo, que ella abandonara el español y hablara catalán con él, y no solo en la intimidad, sino delante de terceros. Después de aquella visita, nosotros nos vinimos a vivir a Castelldefels, y perdí la pista del que fuera mi primer amor. No he vuelto a saber de él.

6

LIBERTAD, AMNISTÍA Y ESTATUTO DE AUTONOMÍA

«Fruto principal de aquella memoria [histórica] fue el impresionante movimiento por la libertad de los presos políticos y el retorno de los exiliados que creció como la espuma en el primer semestre de 1976».

SANTOS JULIÁ,

El País, 24 de noviembre de 2008

Éramos muy jóvenes, aún conservábamos la mirada infantil del que ve en el futuro una aventura apasionante y festiva; todavía esperábamos mucho de la vida... allí tendidos en el césped de la facultad, dejando que el tibio sol de marzo acariciase nuestros cuerpos juveniles, o jugando, como los niños que casi éramos, a policías y manifestantes. Los policías eran los chicos. Formaban con sus periódicos ficticias porras de papel y corrían tras las chicas, que asumíamos el papel de manifestantes perseguidos y aporreados.

Corría el año 1976, habían transcurrido ya cuatro meses desde la muerte del dictador en noviembre de 1975 y las manifestaciones semanales eran para

nosotros algo parecido a los deportes de riesgo para los jóvenes actuales. Conocíamos el peligro, pero ¿quién podría resistirse a participar activamente en el derrocamiento de la dictadura? ¿Quién podría inhibirse ante la perspectiva de conseguir la anhelada democracia? ¿Quién podría permanecer inmune a la fiebre de la libertad? Nuestros infantiles juegos en el campus eran una forma de restarle dramatismo a lo que estábamos haciendo, una inocente parodia de lo que cada fin de semana de aquellos tiempos heroicos nos tenía reservado, carreras continuas delante de los grises por las calles de Barcelona, con peligro de ser detenidos y golpeados por nuestros perseguidores.

Mi conciencia social había aflorado mucho antes de que pisase la universidad, a poco de llegar a mi nueva casa, en el barrio del Besós. Para ir al colegio debía atravesar cada día un amplio solar sin asfaltar que se extendía entre mi casa y la calle Maresma. Cuando llovía, el terreno se convertía en un inmenso lodazal. Un día, mis pies se hundieron en el barro y caí sobre aquella especie de arenas movedizas. Llegué a casa cubierta de barro de los pies a la cabeza. Me preguntaba por qué teníamos que vivir así, por qué las calles de mi barrio no estaban asfaltadas, y fui encontrando respuestas.

Cuando cumplí catorce años, mis amigos de colegio y yo empezamos a frecuentar un centro social que se había creado en el barrio. Lo dirigían chicos y chicas que no eran de allí, hablaban en catalán y eran unos cuantos años mayores que nosotros. Casi todos estaban ya en la universidad. Ellos fueron para nosotros nuestros profetas; nos anunciaron el nuevo mundo que nos aguardaba, más justo, más libre, más hermoso... Ellos fueron los que nos hicieron conscientes de las injusticias sociales que padecíamos, de quiénes eran los culpables y de la necesidad de combatirlas.

En el centro se organizaban semanalmente guateques y excursiones. Era sobre todo en las excursiones donde nuestros jóvenes profetas difundían la nueva buena. No lo hacían con discursos políticos panfletarios ni con cursillos de adoctrinamiento, sino simplemente a través de las conversaciones amigables que manteníamos en nuestras largas caminatas campestres y, sobre todo, a través de los cantos revolucionarios que aprendimos de ellos y que entonábamos a todas horas: en la estación, mientras esperábamos, en el mismo tren, trepando por las montañas... Muchas de esas canciones eran en catalán; muchas también loaban las figuras del Che o de Fidel Castro. El régimen franquista había aflojado mucho su actividad represora por aquel entonces y nunca nos sucedió nada por las letras subversivas de aquellas canciones.

Recuerdo que, incluso una vez, coincidimos en el tren de regreso a Barcelona con un grupo de excursionistas falangistas con los que competimos en himnos revolucionarios sin que se produjera incidente alguno.

El año que vivimos peligrosamente

A sí, poco a poco se fue forjando entre los chicos del barrio una conciencia social, la idea de que vivíamos en una sociedad injusta y dictatorial y de que había que cambiarla. Cuando conocí a Joan, mi mente estaba ya preparada para recibir y asimilar la propaganda revolucionaria. Él cursaba ya primer curso de Geografía e Historia en la Universidad de Barcelona, militaba en el FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota) y formaba parte de la FUDE (Federación Universitaria de Estudiantes). Yo hacía COU y quedé fascinada por su discurso: lucha de clases, alienación de la clase obrera, abolición de las clases sociales, dictadura del proletariado... De todos los conceptos que él me explicaba, el que menos me gustaba era el de «dictadura del proletariado». La palabra «dictadura» no me gustaba ni siquiera complementada por «del proletariado». Pero él se esforzaba en explicarme que era tan solo un estadio transitorio hasta llegar al paraíso: la sociedad sin clases.

Joan me introdujo al poco de conocernos en el mundo de la lucha clandestina. Hacíamos reuniones en casas de desconocidos, utilizábamos nombres falsos, organizábamos citas y señales secretas. Esos fueron los primeros pasos, enseguida tuve que entrar en acción. Para empezar, me encomendaron lanzar octavillas en estaciones de metro. Primero había que observar bien el lugar, vigilar que no hubiera por allí algún policía camuflado al acecho, comprobar que hubiera modo de escapar con facilidad en caso de que fuese necesario echar a correr. Tras la acción, todos los participantes debíamos reunirnos en un punto de encuentro señalado previamente para confirmar que ninguno había sido detenido. En caso de que alguien faltara, debíamos destruir todo el material que pudiésemos tener en casa, en previsión de un registro policial. Todo aquello, visto desde de la lejanía parece como si unos niños se hubiesen puesto a jugar a la revolución. Pero no. No era un

juego, porque corríamos un riesgo real y porque estábamos verdaderamente abriendo las puertas a un mundo diferente.

Poco antes de la muerte de Franco, la dictadura endureció su represión. Eran los últimos coletazos de un régimen moribundo como su jefe y lo sabían tanto sus defensores como sus detractores. Todos, por lo tanto, extremaron sus posturas. Unos querían asestarle el golpe revolucionario de gracia a la dictadura; otros querían mantenerla contra viento y marea. Un día Joan me dijo que iríamos a una manifestación del FRAP en la Ronda de San Antonio. Era mi primera manifestación y estaba muerta de miedo. La única consigna era gritar «Franco asesino» y correr cuando llegaran los grises. Y los grises no tardaron en llegar. Casi no nos había dado tiempo ni a comenzar cuando ya estaban allí con sus botes de humo y sus pelotas de goma. ¡Y a correr! A correr como locos por las calles adyacentes que desembocaban en las Ramblas. De pronto, algunos de los manifestantes empezaron a lanzar cócteles Molotov contra la policía. No podía creérmelo. Me vi envuelta en fuego, humo, gente que corría despavorida atropelladamente... Era el caos más absoluto.

Le dije a Joan que nunca más iría a una manifestación del FRAP porque eran violentas. Es la lucha revolucionaria, decía él. Pero a mí aquel tipo de lucha no me gustaba. Poco después, el FRAP asesinó a un guardia civil. Seguían el mismo modelo de lucha armada que practicaba ETA. Me horroricé. No podía entender algo que simplemente formaba parte de la ortodoxia comunista: el fin justifica los medios. El guardia civil asesinado, los atentados contra inocentes, eran un medio justificado para conseguir un fin. Rompí todo contacto con el FRAP, aunque no con mi novio.

En 1975, cuando Franco murió Joan marchó a la mili y yo, como he comentado, cursaba ya segundo curso de Filología Hispánica y primero de Geografía e Historia. Fue una larga agonía precedida de las últimas ejecuciones del régimen. El 27 de septiembre de 1975 fueron fusilados, sin atender a las peticiones de clemencia que llegaron desde muchos países, incluido el Vaticano, cinco jóvenes: tres del FRAP y dos de ETA político-militar. Recuerdo a mi madre, que nunca manifestó oposición especial alguna frente al franquismo, sobrecogida por las ejecuciones, por la juventud de los ajusticiados y por la falta de misericordia de Franco; recuerdo que por doquier reinaba el terror mezclado con el presentimiento de que la inminente muerte del dictador iba pronto a cambiarlo todo. Barcelona amaneció un día cubierta de octavillas anunciando la aparición pública del caudillo en la plaza de Oriente el 1 de octubre, para que todos los españoles pudieran mostrar su

adhesión al régimen y desagraviarlo tras la reprobación que las ejecuciones habían concitado en la comunidad internacional. Yo salía de trabajar aquel día y me detuve un momento para intentar leer lo que ponía una que encontré a mi paso. Un hombre, probablemente de la Brigada Político-Social, los conocidos como los «sociales», se me acercó, cogió la octavilla del suelo y me la ofreció para que pudiera leerla mejor. Le dije que no la quería y empezó a gritarme como un loco mientras yo me alejaba apresuradamente. Decía que yo era una roja y que iría a la cárcel como todos los que eran como yo. El régimen estaba nervioso. La situación se le escapaba de las manos y adivinaba su inminente caída, pero antes de que esto se produjera quería disparar contra sus enemigos con los últimos cartuchos que le quedaban, quería morir matando.

Cuando Franco por fin murió, en mi oficina compraron cava para celebrarlo. Aquel día no se trabajó. Todos estábamos pendientes de las noticias de la radio. Me sorprendió y me alegró el entusiasmo de mis compañeros. Hasta entonces, ellos se burlaban de mí por ser comunista e ir a manifestaciones. Pensaban que estaba un tanto chiflada por perder el tiempo en esas tonterías. Parecía como si la dictadura de Franco les importara bien poco. Sin embargo, aquel día daba la impresión de que toda su vida hubiesen sido fervientes antifranquistas. Por la tarde, cuando llegué a la facultad, me encontré con que estaba cerrada y así permanecería varias semanas. El régimen quería evitar las sonadas celebraciones que sin lugar a dudas se hubieran producido. Pero las clases se reanudaron y con ellas las protestas y las manifestaciones. Aquel curso fue académicamente un desastre, pero emocionalmente mágico. Fue el año en que vivimos peligrosamente.

Aunque yo había abandonado mi relación con el FRAP, no por ello había dejado de sentirme comunista. En la universidad había chicos de otros partidos a los que me aproximé. Trotskistas, como los de la LC, Liga Comunista, y la LCR, Liga Comunista Revolucionaria, el PORE, Partido Obrero Revolucionario de España; maoístas, como los del Movimiento Comunista de España, etc. La mayoría de ellos estudiaban Geografía e Historia.

A mí, realmente lo que me gustaba estudiar era Filología. El curso anterior había iniciado la carrera de Filología Hispánica, pero los compañeros de Filología eran muy aburridos. No se interesaban por la política, no militaban en ningún partido, votaban no a las huelgas de estudiantes, no participaban en actos de protesta... Así que, en mi segundo año de universidad, decidí

matricularme también en Geografía e Historia y asistir preferentemente a las clases de esta licenciatura, aunque sin abandonar la Filología. En Geografía e Historia estaban mis mejores amigos, los más revolucionarios, los que no se perdían ninguna movida, los que querían cambiar la sociedad. La mayoría de ellos eran simpáticos burguesitos que no habían tratado en su vida más de cinco minutos seguidos con un obrero, pero que discurseaban sin despeinarse de la lucha de clases, de la explotación de la clase obrera, de la dictadura del proletariado, etc. Desde la distancia resulta un tanto cómico ver y oír hablar de la revolución obrera a aquellos niños de papá. Entre ellos, había una chica catalana a la que llamaban Yoko, porque decían que se parecía a la mujer de John Lennon. Era hija de un médico. Su papá le pasaba una paga mensual para el alquiler del piso que compartía con su pareja. Yoko militaba en la Liga Comunista. Una vez fue detenida en una manifestación y el papá la sacó de la cárcel con la fianza. Yoko y muchos como ella eran los retoños de la burguesía jugando a la revolución, a instaurar una sociedad comunista, donde la propiedad privada quedase erradicada. Nunca supe si se lo creían, si de verdad estaban dispuestos a renunciar a todo lo que la fortuna les había deparado o si pensaban que lo de la eliminación de la propiedad privada era pura retórica o no iba con ellos.

También había otros como yo, cuyos padres eran obreros y ellos mismos compatibilizaban los estudios con el trabajo. Víctor era uno de estos. Militaba en el Movimiento Comunista de España (entonces la mayoría de los partidos llevaban España en sus siglas). Su padre estaba enfermo y no podía trabajar, así que era él quien sostenía con su sueldo de empleado de banco a toda la familia. Víctor, sin lugar a dudas, creía de verdad en lo que hacía, nunca se lo tomó como un juego. Parecía mayor de lo que era. Las facciones de su rostro reflejaban el grado de responsabilidad que asumía tanto respecto a su familia como a la revolución.

Sin embargo, a pesar de nuestra diferente extracción social, de nuestro distinto grado de compromiso, durante aquel curso en que murió Franco, la mayoría contribuimos de una u otra forma al derrocamiento de la dictadura.

Pasábamos la mayor parte del tiempo escribiendo carteles propagandísticos en nuestras mismas aulas, para luego colgarlos en los pasillos de los barracones que, por aquel entonces, albergaban las facultades de Filología y de Historia. En muchas ocasiones, las clases se convertían en asambleas donde representantes de diferentes partidos exponían sus propuestas y estrategias para derribar el franquismo.

Yo no milité en ninguno de estos partidos, pero tenía amigos en todos ellos y no me perdía ni una sola de las manifestaciones que convocaban. Todos los domingos había alguna. Me marchaba de casa sin decirles a mis padres a dónde iba. No quería preocuparles. Hubieran intentado impedirme que fuese y yo no estaba dispuesta a dejar de participar en la demolición del régimen. La primera manifestación importante que recuerdo se convocó en Aragón, esquina Paseo de San Juan. La intención era subir Paseo de San Juan arriba al grito unánime de «libertad, amnistía y estatuto de autonomía». Éramos unas ocho mil personas. Algo inaudito por aquel entonces. Avanzábamos lentamente por el Paseo de San Juan, con la emoción en los ojos y los corazones palpitantes, con el temor de la carga policial que no tardaría en producirse. Algunos vecinos se asomaban a las ventanas de los regios edificios que jalonan el paseo y nos aplaudían. Casi se me escapaban las lágrimas al ver la solidaridad que despertábamos. Era evidente que el régimen estaba próximo a su fin, que estábamos a las puertas de alcanzar la libertad. Entre los manifestantes, algunos enmudecían al llegar a la parte del eslogan en que se gritaba «estatuto de autonomía». Todos los que estábamos allí defendíamos la democracia y la libertad, incluso bastantes el socialismo, pero no todos la autonomía. Había muchos jacobinos convencidos entre nosotros. Cuando lo comentaba entre mis compañeros, algunos me decían que eran partidarios de una democracia centralista, que los nacionalismos son burgueses y que nada tienen que ver con el internacionalismo proletario. Yo sí lo gritaba, pensaba que formaba parte del ideal de libertad que nos unía a todos, que si Cataluña deseaba preservar su especificidad dentro de España este anhelo debía ser respetado, aunque a mí personalmente me fuese indiferente.

No habían pasado ni cinco minutos desde el inicio de la manifestación cuando fue disuelta, a la altura de la calle Provenza, por las fuerzas de orden público. De repente, todos echamos a correr como desesperados, perseguidos por los grises que lanzaban gases lacrimógenos y pelotas de goma a diestro y siniestro. A pesar de ello, las algaradas se repitieron durante toda la mañana, los manifestantes nos volvíamos a reagrupar en lugares diversos al grito de libertad, amnistía y estatuto de autonomía. Llegamos hasta la calle Pelayo. Allí estaban apostados policías montados a caballo que nos dispersaron. Pero nosotros reaparecíamos en pequeños grupos por las esquinas y les increpábamos. Y así toda la mañana.

Llegué a casa exhausta y eufórica. No pude evitar contarles a mis padres dónde había estado. Les disgusté mucho y trataron de convencerme para que

no volviera a correr ese peligro. Sus advertencias fueron en vano. ¿Cómo podía yo, a mi edad, dejar de participar en algo como aquello? Al domingo siguiente volvimos a la carga. Esta vez la convocatoria era en la calle Balmes, junto a la Gran Vía. La policía nos dispersó y nos reagrupamos repetidas veces, como la semana anterior.

Las manifestaciones se fueron sucediendo y, por fin, en una de ellas experimenté la fuerza de la represión, en forma de porra que golpeó con violencia mi espalda. Estábamos en la Ronda de San Antonio; la policía nos perseguía y corríamos despavoridos hacia la plaza Universidad. Se formó un tumulto, gente que, en su huida, se atropellaba y caía. Yo tropecé y al tiempo que caía noté en la espalda el golpe duro de la porra policial. ¡Ay, me han dado!, grité. Pero el policía no se cebó conmigo y por suerte no me detuvo, sino que me dejó para aporrear a otros que también huían Ronda de San Antonio arriba. Lo peor que te podía ocurrir era que te detuvieran. Contaban que te lo hacían pasar muy mal, que a las chicas les apagaban los cigarrillos en los pezones, que te pegaban para que delataras a compañeros... Por eso, debíamos hacer todo lo posible para no dejarnos coger. En ocasiones, ello implicaba esconderse en lugares variopintos. Una vez, otra chica y yo entramos huyendo de la policía en una pastelería. Una cliente se quejó diciendo «ahora nos detendrán a todos» y la dueña, compasiva, nos escondió en la parte de atrás. Entre el olor delicioso de los pasteles esperamos a que la policía se alejase de aquella calle para poder salir. Otra vez, entramos en un hotel situado en la calle Bergara, pero de allí nos echaron sin contemplaciones. Entrábamos en tiendas, en bares, en porterías de viviendas, cuyas puertas encontrábamos abiertas... Al final de la jornada volvíamos a casa como guerrilleros, orgullosos de haber librado una batalla gloriosa contra los ejércitos del mal.

Durante todo aquel curso, se multiplicaron los actos y manifestaciones de protesta y no siempre los ciudadanos manifestaban su apoyo o solidaridad con nosotros. En una ocasión marchábamos por Mayor de Gracia. No he olvidado a los tenderos bajando con cara de pocos amigos las persianas de sus negocios y alguno que decía: «Ya estamos otra vez, como en el 36». A veces pienso que alguno de aquellos que mostraban su disgusto contra las manifestaciones antifranquistas, quizá apoyan en la actualidad, ellos o sus descendientes, las manifestaciones de la ANC por la independencia. Tal vez clamen contra el Estado español, quizá digan que España es una dictadura, quizá... ¿Quién sabe?

El curso acabó y con él las manifestaciones semanales y también se apaciguó la furia de la dictadura defendiéndose como gato panza arriba de sus enemigos. El 11 de septiembre de 1976 tuvo lugar la primera gran manifestación tolerada desde el final de la Guerra Civil. Más de 80.000 personas se congregaron en San Boi de Llobregat para conmemorar la diada, otra vez al grito de «libertad, amnistía, estatuto de autonomía». La manifestación estaba prohibida tan solo cinco días antes, pero finalmente se permitió su celebración sin incidente alguno.

Un año después, el 23 de octubre de 1977, un gentío llenó la plaza de Sant Jaume para recibir a Josep Tarradellas, presidente de la Generalidad. «*Ciutadans de Catalunya, ja soc aquí*», clamó el honorable ante el delirio de la multitud.

No asistí a ninguna de esas manifestaciones. Me parecía que ya no me concernían. En cambio, algunos de mis compañeros de oficina, aquellos que se burlaban de mí por ir a convocatorias antifranquistas, esos sí estuvieron en Sant Boi y, más tarde, en la plaza Sant Jaume. Seguramente también acudieron algunos de los tenderos que bajaban apresuradamente sus persianas al paso de las manifestaciones al tiempo que clamaban contra la anarquía. Otros, como yo, habíamos arriesgado tan solo un año antes nuestro físico y nuestra libertad para que ellos pudieran reivindicar pacíficamente y sin peligro alguno sus instituciones nacionales.

LA BARCELONA OLÍMPICA

«Barcelona ha tenido la virtud de convertir un evento deportivo en un asunto de todos los españoles, y Madrid siempre ha apoyado este proyecto».

JOAQUÍN LEGUINA,

presidente de la Comunidad de Madrid, el 4 de octubre de 1986

El 17 de octubre de 1987 estalló la noticia. Me enteré a la salida del trabajo, en el metro, camino de casa. Barcelona acababa de ser proclamada sede de los Juegos Olímpicos de 1992. Muchas cosas habían ocurrido en España desde la muerte de Franco. La Olimpiada en Barcelona era como un broche magnífico que certificaba el ingreso de España en el progreso y la democracia.

En los nueve años que habían transcurrido desde la aprobación de nuestra Constitución, aquellos jóvenes que protagonizamos las manifestaciones de 1975 y 1976 nos habíamos hecho adultos; casi éramos treintañeros, muchos teníamos hijos y un trabajo fijo. Atrás quedaban las veleidades revolucionarias y el paraíso comunista. Quizá nos habíamos aburguesado, incluso se habían aburguesado los que ya eran burgueses por nacimiento. Atrás

quedaban las jornadas heroicas, las carreras con los grises pisándonos los talones, las reuniones clandestinas, las octavillas, los carteles. También las cenas y los paseos nocturnos por Barcelona. Solíamos ir a cenar a restaurantes baratos, repletos de estudiantes, como El Portalón y el España. La comida era mala, aunque en El Portalón a veces servían unas chuletas de cordero exquisitas. Luego deambulábamos por los recovecos del Barrio Gótico hasta acabar en alguno de sus bares más bohemios, como el Pastis, en la calle de Santa Mónica, o el London, en la calle Nou de la Rambla, donde siempre pedíamos un *whisky on the rocks*. Alguna vez también íbamos al Schillings en la calle Ferran. Añoro aquellas entrañables veladas. Forman parte de mis fotos preferidas en el álbum de los recuerdos. Hablábamos de casi todo, pero el independentismo no formaba parte de nuestras preocupaciones por aquel entonces; reíamos, bromeábamos, el futuro era nuestro, íbamos a cambiar el mundo, íbamos a construir uno mejor, íbamos a ser libres... Y libertad era lo que respirábamos en aquellos momentos. La libertad de sentirnos rebeldes, la libertad de querer ser nosotros mismos.

Yo ya no vivía con mis padres. Me había independizado como muchos otros jóvenes compañeros de universidad. Primero, mis padres marcharon a vivir a Castelldefels y yo me quedé sola en el piso del Besós. Luego alquilé una casa con otros jóvenes cerca de la plaza de España. Más tarde, en mi tercer año de universidad, pasé a vivir en pareja cerca del Parque de la Ciudadela. La democracia me trajo estabilidad afectiva y me devolvió el interés por la Filología. Pasados los heroicos años de la revolución volví a centrarme en lo que a mí realmente me apasionaba: la lingüística, y la historia pasó a ocupar un lugar complementario en mis ocupaciones intelectuales. La Facultad de Filología se instaló en la Universidad Central y la de Geografía e Historia se quedó en Pedralbes. Así que decidí asistir exclusivamente a las clases de Filología y estudiar las asignaturas de Geografía e Historia con apuntes que me prestaban. Acabé Filología Hispánica con veinticuatro años y dos años más tarde Geografía e Historia.

Con la licenciatura recién estrenada encontré trabajo de profesora de lengua española en una academia privada en la plaza Lesseps. Me dio pena despedirme de mis compañeros de oficina. Diez años llevaba allí, en los bajos de aquel bello edificio modernista, la casa de les Punxes, desde los catorce, archivando expedientes, escribiendo cartas, abriendo fichas..., diez años que me permitieron reírme con las ocurrencias del señor Pescara y con los chistes de Carlos; adiós a los almuerzos en el bar La Repanocha, adiós a los vermouths

del mediodía. La verdad es que en aquella oficina se trabajaba poco y se reía mucho. Al cabo de los años, varias veces pasé por allí para visitarlos, hasta que finalmente la oficina cerró. En su lugar, ahora hay una oficina de La Caixa. Otro trozo de mi pasado desaparecido.

En la academia daba clases, veinte horas semanales, como profesora de lengua española y literatura, a alumnos de BUP y COU. Siempre me había atraído la docencia. En el instituto ya les daba clases gratuitas a algunas compañeras para ayudarlas con el latín o con las matemáticas. Pero, a poco de empezar, me di cuenta de que el trabajo de profesor no era fácil. A mis alumnos no les gustaba en absoluto estudiar. Muchos de ellos eran hijos de familias adineradas o de políticos o escritores conocidos, como el senador Senillosa o el poeta Martí Pol, ya fallecidos. Tenía yo la impresión de que sus padres los habían dejado por imposible, apuntándolos en aquella academia, a ver si, gracias a la elevada mensualidad que pagaban, conseguían obtener el título.

Acababa la jornada laboral sudando por la increíble tensión psíquica que me ocasionaba tratar de captar la atención de aquellas criaturas en absoluto interesadas en las hazañas de Mío Cid, las desventuras de Madame Bovary o en la estructura sintáctica del sintagma nominal.

Casi todos los profesores todavía daban sus asignaturas en español, por más que la mayoría de ellos y de sus alumnos eran catalanes. Hubo que esperar al siguiente curso, el de 1980-1981, para que el catalán se incluyera como asignatura obligatoria en el currículo, y no porque, al menos en aquella academia, nadie, ni profesores ni alumnos, lo reclamase, sino por decreto. Pero a todos los profesores nos pareció bien. Pensábamos que el catalán merecía ser estudiado y aprendido por toda la población escolar de Cataluña. ¡Qué lejos estábamos entonces de adivinar que aquel era tan solo el primer paso que conduciría a la obligatoriedad de enseñar en catalán, con exclusión total del español!

Funcionaria del Estado

n la academia Wellthon, que así se llamaba, estuve dos años, hasta que aprobé

En las oposiciones a funcionaria del Estado, en el verano de 1981. Mi intención era presentarme a las oposiciones para profesora de lengua y literatura española de bachillerato, pero llevaban años sin convocarlas y decidí concurrir a las de formación profesional. Las aprobé y obtuve plaza en el instituto Pedraforca de Hospitalet de Llobregat, donde permanecí hasta mi jubilación, treinta y cuatro años después.

Mi primer día en aquel instituto me produjo una honda depresión. Estaba y está situado en una de las calles más pobres y sucias de Hospitalet. La acera en que se encuentra el acceso principal al instituto desprendía un olor nauseabundo. Hube de sortear numerosas heces y orines de las mascotas del vecindario y suerte tuve de no tropezar con alguno de aquellos malolientes obstáculos. Nada que ver con la coqueta plazoleta arbolada en que se hallaba situada la academia Wellthon. Años después, durante el tiempo que ejercí como directora en el Pedraforca, intenté por todos los medios y de forma insistente que las autoridades municipales pusiesen fin a esta lamentable situación. Solo conseguí promesas que nunca llegaron a cumplirse. El hedor malsano y los restos fecales asaltan hoy como ayer a los alumnos, profesores y viandantes que circulan por la acera del Pedraforca.

Los alumnos que acudían al instituto también eran muy distintos de los que conocí en la academia Wellthon. Los chicos que estudiaban formación profesional en aquel barrio de Hospitalet de Llobregat eran de familias humildes, mayoritariamente procedentes de la inmigración, como la mía. En clase casi nunca tuve un alumno de lengua materna catalana. Su nivel era muy bajo, pero no más bajo que el de los alumnos díscolos, hijos de familias burguesas, de la academia Wellthon. Es más, en aquella época, yo me escandalizaba por sus faltas de ortografía y por su cochambrosa sintaxis; ahora aquellos alumnos me parecerían genios, comparados con los actuales. Es como si también en la enseñanza, por lo menos en lo que concierne a ciertos aspectos, se cumpliera aquel famoso dicho de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Lo que más me gustaba de mis alumnos era su empatía. Las clases se desarrollaban con cordialidad. Nos llevábamos bien. Ellos me querían y yo a ellos también. En la academia Wellthon los alumnos adoptaban una actitud distante. El profesor era para ellos algo así como el personal de servicio. Alguien a quien se le pagaba un sueldo para que los aguantara y finalmente los aprobara. El salario incluía soportar sus desplantes y su mala educación. Entre mis alumnos del Pedraforca era raro encontrar actitudes así.

En 1981, ya se impartía el catalán como asignatura, pero el resto de las clases se desarrollaba casi exclusivamente en la lengua materna de los alumnos, el español, y no existía ningún problema lingüístico.

Sin embargo, las cosas estaban empezando a cambiar. La Constitución Española se aprobó en 1978, con un porcentaje de participación altísimo; por el contrario el referendo del Estatuto de Autonomía de Cataluña en 1979 contó con una baja participación, lo cual no fue óbice para que, desde ese mismo momento, los políticos nacionalistas catalanes se aplicaran arduamente a la labor de convertir el catalán en la lengua preferente y predominante en Cataluña. Se trataba de invertir la situación lingüística de Cataluña y, para ello, hacía falta, sin duda, la complicidad de los partidos que representaban a la clase obrera, mayoritariamente castellanohablante. Solo unos pocos se percataron claramente de lo que se avecinaba. El 25 de enero de 1981, algunos intelectuales y profesionales catalanes firmaron el «Manifiesto por la igualdad de derechos lingüísticos en Cataluña», más conocido como «Manifiesto de los 2.300», en el que criticaban la política cultural y lingüística de la Generalidad y, especialmente, el propósito de convertir al catalán en la única lengua oficial de facto en la Administración, la vida pública y las escuelas. La respuesta no se hizo esperar. Entre los firmantes de aquel manifiesto estaba el profesor y periodista Federico Jiménez Losantos. Seis meses después del manifiesto, el 22 de mayo de 1981, Federico fue atacado en Espulgues de Llobregat por unos terroristas de Terra Lliure que le dispararon un tiro en las piernas, con la advertencia de que eso era tan solo un aviso.

Federico era profesor en un instituto de enseñanza media en Santa Coloma, de población casi exclusivamente inmigrante. Pagó muy caro atreverse a denunciar lo que se estaba fraguando y que otros muchos no querían ver o fingían no ver. Habíamos salido de una dictadura, habíamos conquistado la democracia y ahora nos tocaba luchar contra una dictadura lingüística en ciernes, impuesta por los mismos que nos habían acompañado en la lucha antifranquista. No estábamos preparados para digerir ese sinsentido. En cambio, el nacionalismo sí estaba preparado para cambiar la realidad lingüística y cultural y para destruir a quienes se opusieran a ello. A Federico le pegaron un tiro, a otros muchos les aguardaba la marginación más absoluta, cuando no el insulto. Y no un insulto cualquiera, sino el que más le podía doler a un luchador antifranquista: «Facha».

Todo empezó hace tres décadas

Todo se gestó durante aquellos diez años, desde la llegada de Tarradellas en 1987 hasta la proclamación de Barcelona como sede olímpica, contando con la complicidad de unos y la indiferencia de otros. Aina Moll desempeñó desde 1980 a 1988 el cargo de directora general de Política Lingüística de la Generalidad. Ella fue la responsable de la famosa campaña de Norma, aquella simpática jovencita cuya imagen aparecía por todas partes: en periódicos, escaparates, impresos... invitando a hablar en catalán: «*El catalá, cosa de tots*» («el catalán, cosa de todos»), decía, o: «*En catalá, si us plau*» («en catalán, por favor»). Estas campañas propagandísticas me traen a la memoria aquel personaje entrañable, Juan Marés, creado por el escritor catalán Juan Marsé y protagonista de su novela *El amante bilingüe*. El hombre, que se gana la vida como mendigo, hijo ilegítimo de Pau Casals, llama continuamente al Departamento de Normalización Lingüística para poder oír la voz de su exmujer, una atractiva funcionaria de la Generalidad, con el pretexto de preguntar por los nombres en catalán de diversas prendas íntimas femeninas.

En 1983 se aprobó en el Parlamento de Cataluña la Ley de Normalización Lingüística, que consagraba la preeminencia del catalán y la marginación del español. La oposición brilló por su ausencia, solo algunas voces se alzaron, como los firmantes del Manifiesto de los 2.300; solo algunos díscolos pertinaces se dedicaban a añadir a la leyenda «*en catalá, si us plau*», la petición «en español también, gracias». Pero esas voces fueron silenciadas o ignoradas. Nadie las secundó, nadie quiso reflexionar críticamente sobre el modelo lingüístico que nuestros gobernantes habían diseñado para Cataluña, nadie quiso poner freno a aquel desatino. Las campañas propagandísticas a favor del uso del catalán se sucedieron continuamente a lo largo de aquellos años y aún en la actualidad nuestros gobernantes nos sorprenden cada año con un nuevo eslogan para fomentar el uso exclusivo del catalán. No les basta con haberlo impuesto en la Administración, en los servicios públicos, en la escuela, en todo aquello que depende de los impuestos de los catalanes, quieren también que la gente lo hable en la calle, en sus casas, en sus actividades de ocio, con sus padres, con sus hijos, en la intimidad. En fin, se trata de alcanzar el objetivo último: revertir una realidad en la que el español es la lengua familiar de más de la mitad de la población de Cataluña hasta

conseguir que deje de hablarse y sea el catalán la lengua única de todos los catalanes. Ya lo dice uno de sus más famosos eslóganes: «*Una llengua, un país*» («una lengua, un país»).

Aina Moll también expresaba muy claramente este propósito cuando, en 1982, durante su alocución en el ciclo «Las lenguas de los españoles», organizado por la Universidad de Salamanca, ya reconoció que, de no ser por todas estas campañas «se habría llegado a la situación de que, aunque todo el mundo hubiera entendido catalán, no lo habría hablado. Para ello ha habido que decir a la gente cosas impertinentes, y esa ha sido la misión de Norma, la niña que ha personificado la campaña entre la población».

Mi hijo nació en 1982. La Ley de Normalización Lingüística se aprobó en 1983, a él no llegaron a aplicarle la inmersión lingüística en catalán. Pudo escolarizarse en su lengua materna y aprender catalán sin ningún problema. En cambio, a mi hija, que nació en 1987, sí le alcanzó por completo. Se me saltaban las lágrimas al ver que la niña estaba aprendiendo a leer en el colegio en una lengua que no era la que había aprendido de sus padres, la que hablaba con su hermano y con sus abuelos. Alguna vez en las reuniones de padres protestamos, pero débilmente. No nos atrevíamos. Nadie se atrevía. Te exponías a que algún padre talibán te soltase un exabrupto del tipo «eres un facha», «aquí se habla catalán y punto y si no te gusta te vas». Por suerte, la niña era lista y muy sociable, y el español que se le negaba en el colegio lo aprendía en casa.

Las cosas no se hicieron de golpe. Por eso, muchos pensaban que no iban en serio, que no serían tan radicales; otros sí se daban cuenta ya de lo que nos aguardaba, pero decían que debíamos transigir para mantener la unidad de España, para evitar que los nacionalistas catalanes, bajo el pretexto de que se les impedía manifestar su especificidad lingüística, retomasen antiguas reivindicaciones secesionistas. La vulneración de los derechos lingüísticos de más de la mitad de los catalanes era el precio que había que pagar para evitar males mayores.

Pero, de todos modos, no se evitaron. Nos tuvimos que plantar en 1992, el año de los Juegos Olímpicos para comprobarlo. El argumento de que el catalán era una lengua también española (razón por la cual había que evitar llamar al castellano español), una lengua que merecía respeto y amparo no solo en Cataluña, sino en toda España, podía inducir a pensar que los nacionalistas catalanes no renegaban de España; querían simplemente ser españoles, pero con su cultura, su lengua y sus tradiciones propias. Parecía

que propusieran un modelo de España plural en que las distintas nacionalidades pudieran sentirse integradas en su diversidad. Los Juegos del 92 hicieron añicos esta ilusión. No era solo que quisieran preservar y hacer prevalecer sus rasgos diferenciales. No. La cuestión de fondo era que no se sentían españoles, que España era para ellos otro país del que Cataluña formaba parte solo por la fuerza. Los Juegos dieron la oportunidad para que este sentimiento antiespañol se hiciera patente.

La ingratitud

Los Juegos Olímpicos de Barcelona fueron un orgullo para todos. España entera se volcó en ellos. No fue simplemente un asunto de nacionalistas catalanes, sino el fruto de un esfuerzo y de un empeño colectivo. Sin embargo, entre los nacionalistas predominaba la idea de que los Juegos Olímpicos eran patrimonio exclusivo de Cataluña y de que España no tenía nada que ver con la gesta ni le correspondía protagonismo alguno. El conflicto se inició ya con el boicot a Cobi, la mascota de los Juegos, por el hecho de que su creador, Mariscal, había criticado a Jordi Pujol y al nacionalismo. Pero era solo el aperitivo. Para evitar que el himno español fuese silbado se optó en varias ocasiones por hacer sonar en su lugar «Els segadors», cuando los reyes de España entraban en el estadio. Se intentaba de este modo impedir que se infligiese un escarnio a España delante del mundo. Aun así, en más de una ocasión se oyeron pitidos, incluso cuando algún atleta español conseguía el oro olímpico y se izaba la bandera de España.

Lo que desde la televisión se veía en el estadio contrastaba con la entrega entusiasta y la alegría desbordante que despertaban los triunfos de los atletas españoles entre los habitantes del cinturón industrial y los barrios populares de Barcelona. En mi pueblo, Castelldefels, había instalada una pantalla gigante en la plaza de la Estación, desde donde los ciudadanos seguían con entusiasmo todas las tardes las competiciones. Cuando algún atleta o equipo español conseguía una medalla, y no digamos si esta era de oro, la explosión de júbilo que se producía era indescriptible, solo comparable a la que estallaría bastantes años después con la conquista de la copa del mundo por la selección

española de fútbol.

El sentimiento de animadversión hacia España no era compartido, ni mucho menos, por la mayoría de la población. Pero ahí estaba ya, agazapado, incubando el odio con el que finalmente han logrado contaminar a muchos catalanes, aunque, por fortuna, no la mayoría. Ahí muchos pudimos ver ya que el nacionalismo no pretendía solo la supremacía de la lengua y la cultura catalanas en Cataluña, sino que su afán de singularización iba mucho más allá.

La candidatura de Barcelona para la celebración de los Juegos de 1992 contó con el total apoyo de toda España y, muy especialmente, de la ciudad de Madrid. «Barcelona ha tenido la virtud de convertir un evento deportivo en un asunto de todos los españoles, y Madrid siempre ha apoyado este proyecto», dijo el presidente de la Comunidad de Madrid, Joaquín Leguina, el 4 de octubre de 1986. Sin embargo, cuando Madrid presentó su candidatura para 2016, Esquerra Republicana de Cataluña le negó su apoyo por no formar parte esta ciudad de los Países Catalanes, y en julio de 2013, un conjunto de entidades soberanistas (Ara o mai, Catalunya Acció y Fundació President Macià) declararon su boicot a la nueva candidatura de Madrid para los Juegos Olímpicos de 2020, y prometieron hacer cuanto estuviera en sus manos para impedir que prosperase.

Poco después de las Olimpiadas llevé a mis alumnos a visitar las instalaciones olímpicas en Montjuich. Todos, profesores y alumnos, nos sentíamos orgullosos de nuestra ciudad. Barcelona se transformó con las Olimpiadas. Se modernizó. Cambio su faz. Se embelleció. El puerto olímpico, Montjuich, el Fórum, convirtieron a Barcelona en una ciudad turística de referencia, una ciudad de oportunidades, de iniciativas, que recordaba el ambiente emprendedor y transformador de la mágica ciudad de los prodigios, recreada en la novela homónima del gran Eduardo Mendoza. ¿Cómo encajaba aquella Barcelona cosmopolita y moderna, bella y acogedora, con la agria obsesión nacionalista que se incubaba en su seno y que no tardaría en alumbrar un monstruo de odio?

SOMOS UNA NACIÓN

*«Fa tres-cents anys ens van ocupar
Van saquejar, violar i robar
Tot i això sempre hem resistit
Dempeus i alerta contra l'enemic!
Som la revolució!
Socialisme o mort!Som una nació!
Som catalans!».*

Letra de la canción «Som una
nació»,

del grupo musical sabadellense
Desperta Ferro

Empecé a distanciarme del radicalismo izquierdista pasada aquella etapa de efervescencia revolucionaria que fue el curso de 1975-1976. Cuando las manifestaciones empezaron a ser toleradas e incluso legales; cuando ya no se corría peligro alguno por manifestar abiertamente tu oposición al franquismo o tus ideas sociales, cuando ya la épica de la revolución se apaciguó, entonces muchos pudimos recuperar el sosiego para emprender un

análisis crítico de la ideología que hasta entonces había inspirado nuestros anhelos de libertad.

Ya en COU leí un libro que me impresionó, *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler. El protagonista, Rubashov, héroe de la revolución soviética y miembro de la vieja guardia bolchevique, es encarcelado y torturado, acusado de traición al partido, y obligado a confesar crímenes que no ha cometido. El magistral relato de su suplicio no podía dejarme indiferente. Aquellas atrocidades infligidas por el Partido Comunista Soviético a un antiguo luchador en nada se diferenciaban de la cruel represión franquista contra todo aquel que manifestara disidencia. Pero entonces las atribuí a la desviación estalinista del auténtico ideal comunista, en esencia, totalmente ajeno a esas monstruosidades. Busqué entonces amparar mi fidelidad al comunismo en los partidos trotskistas, radicalmente críticos con el estalinismo. De este modo, me apartaba de los malos comunistas sin renunciar al propio comunismo.

Lo que aprendí de Orwell

Ya en los primeros años de universidad leí otros dos libros, estos de George Orwell, que incidían en la crueldad estalinista. El primero de ellos, *Homenaje a Cataluña*, me lo recomendó Joan y me sirvió para reforzar mi creencia en la existencia de un comunismo malo, desviado, estalinista, y un comunismo bueno, noble y fiel a sus ideales primigenios, el trotskismo. George Orwell vivió en primera persona los hechos que relata. Vino a Cataluña en 1936 para combatir a favor de la República, como miembro del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), un partido comunista y antiestalinista. La novela describe de forma impresionante el tenebroso mundo de las checas, las torturas y las ejecuciones, la cruel represión, en suma, desatada en la Barcelona de 1937 por el Partido Comunista no solo contra los fascistas, sino también contra todos aquellos que el partido consideraba elementos contrarrevolucionarios: anarquistas y trotskistas.

Homenaje a Cataluña me animó a leer también *Rebelión en la granja*. Un libro tristísimo, donde la amarga ironía y el humor ácido de Orwell trazan el relato alegórico y cruel de cómo el deseado paraíso comunista deviene en

tiranía, de cómo todo lo que se pretendía conseguir con la revolución acaba por convertirse en su contrario, superando con creces la opresión e injusticia que los trabajadores padecían antes de la revolución. Pero lo que en este libro era nuevo para mí, con respecto a los anteriores, era la ausencia de espíritu crítico en los trabajadores sometidos a la férrea disciplina del partido, incapaces de rebelarse contra sus nuevos tiranos, de comprender cómo estos les habían traicionado pasando a ocupar el lugar de los antiguos amos. El comunismo aparecía así ante mis ojos como una religión, como una secta que mantenía a sus adeptos en un sometimiento total, como una nueva forma de esclavitud, de alienación que sustituía y superaba a aquella que pretendía erradicar. Sin embargo, continuaba pensando que existía un comunismo sin mácula, un comunismo liberador del ser humano y que aquellos relatos simplemente nos advertían de que el modelo, de por sí perfecto, podía ser traicionado por la mala praxis de seres imperfectos.

Mi libro definitivo, el libro que me ayudó a distanciarme por completo de la doctrina comunista fue también de George Orwell, *1984*. Me lo recomendó Jaume.

Jaume solía estar en todas nuestras veladas bohemias. Lo recuerdo en el London, con los ojitos saltones chispeantes y guasones, después de varios *whiskis on the rocks*. Mostraba una calvicie prematura, era bajo y gordito, lucía sin complejos abdomen cervecero y tenía unos llamativos mofletes siempre sonrosados. Era un poco mayor que nosotros. Se convertía rápidamente en el centro de atención de todos por su ácido sentido del humor, del que no se libraba nadie. A menudo la emprendía con los que él llamaba «lecerrones». Los lecerrones eran los de la LCR, Liga Comunista Revolucionaria. Se reía de sus grandilocuentes consignas, de su estereotipado lenguaje revolucionario, que repetían como becerros, decía Jaume, y de lo que él denominaba su incurable infantilismo. En definitiva, se burlaba de la mayoría de nosotros, pues casi todos los que le acompañábamos éramos o miembros o simpatizantes de la LCR.

Jaume no iba nunca a ninguna manifestación. Cuando estaba sobrio, y ya hablando en serio, o casi en serio, decía que él solo se manifestaba por sí mismo, que las manifestaciones como toda reunión en la que hubiera más de dos personas, salvo las del London —claro está— le producían alergia. En realidad, era un avanzado a su época, un visionario que se anticipó al desencanto que a muchos nos embargaría a poco de instaurarse la democracia en nuestro país.

Un día me dijo: «Si quieres enterarte bien de lo que es el comunismo, lee *1984*. Verás que no se diferencia casi en nada del fascismo».

Y Jaume tenía razón. Aquella novela me impresionó como pocas otras han conseguido hacerlo a lo largo de mi vida. El totalitarismo del que hablaba Orwell servía para describir tanto el comunismo como el nazismo o el fascismo. Las ideologías totalitarias no son ni de izquierdas ni de derechas, son, sencillamente, la muerte de la libertad y la anulación del individuo, sacrificado en aras del Estado, omnívoro y aplastante. Para mi desgracia el devenir de los hechos en mi propia Cataluña no tardaría en desvelarme algo de lo que no me percaté por entonces, que aquel mundo totalitario llevado a sus más siniestras consecuencias en la novela de Orwell, estaba también en germen en las ideologías nacionalistas.

El nacionalismo en Cataluña ha existido siempre, con mayor o menor arrogancia, de forma más o menos explícita, pero siempre. Se ha construido sobre la negación de España y la exclusión o estigmatización de lo español y de los españoles. Es cierto que no siempre esta clara línea entre el nosotros (los catalanes) y los otros (los de fuera) ha sido dibujada con los colores del desprecio. No siempre el afán de diferenciación se ha teñido de superioridad, como cuando la madre de Joan se refería a mí despectivamente como «la murcianita», o como cuando nuestro honorable Jordi Pujol llama a las chicas jóvenes procedentes de la inmigración «chonis»; pero de un modo u otro este afán existe y ha existido y siempre se sustenta sobre la negación de España. El primer recuerdo claro y consciente que tengo de ello se retrotrae a mi primer viaje a París.

No había salido nunca antes de España. Tenía dieciocho años y todavía vivía Franco. Fui con un grupo de amigas del instituto en un viaje organizado por la Alianza Francesa. París me pareció maravillosa, una ciudad llena de vida, de luces, de colores, de gente que cantaba y bailaba en la calle, de bulevares palpitantes, de barrios pintorescos. Y, sobre todo, en París se respiraba la libertad que aquí aún no teníamos. Una de las chicas se llamaba Eva. Era una joven de larga melena rubia, alta, un poco gordita, con gafas que velaban unos preciosos ojos azules orlados de espesas pestañas. Bastante seria. Ella casi siempre hablaba en catalán. Una mañana, mientras desayunábamos, unas chicas comentaron que el día anterior, en la excursión a Versalles, habían conocido a unos chicos franceses muy simpáticos. Cuando les dijeron que eran de España, ellos se mostraron entusiasmados porque habían estado de vacaciones en Mallorca y les gustaba mucho. Entonces Eva

dijo muy seria:

—Pues a mí, cuando me preguntan de dónde soy, nunca digo que soy española, digo que soy catalana.

Nos quedamos heladas, más que por lo que dijo, por la contundencia y el tono con que lo dijo. Parecía como si, además de reivindicar una identidad nacional, nos recriminase a las demás nuestra falta de conciencia nacional. Pero no le replicamos ni volvimos a hablar del asunto delante de ella.

Defensores de la causa

Luego, en numerosas ocasiones fui testigo de actitudes similares a las de Eva. Sobre todo en mi trabajo como profesora. El mundo de la docencia es, en Cataluña, especialmente proclive a la adhesión nacionalista. Nada más empezar como profesora en el Pedraforca, recién ganadas las oposiciones, se planteó en un claustro de profesores la conveniencia de abrir el centro e ir a trabajar el día de El Pilar, porque «Cataluña no es España y no tenemos nada que celebrar». Naturalmente, entonces, nadie hizo caso de la consigna, quizá más porque un día de fiesta es un día de fiesta al que nadie está dispuesto a renunciar que por sentimiento patriótico. Corría el año 1981, acabábamos de conquistar una democracia recién estrenada, y ya entonces se elevaban las mismas consignas que, desde 2012, con la reivindicación del derecho a decidir, se repiten machaconamente, con la diferencia de que ahora sí hay institutos que deciden abrir sus puertas los días 12 de octubre y 6 de diciembre, ahora sí hay profesores dispuestos a renunciar a un día de fiesta con tal de demostrar que Cataluña no es España, que Cataluña es una nación.

Entre los profesores no era difícil encontrar a alguno que dijera abiertamente «yo no soy español» o «no me siento español», pero lo que a mí más me llamaba la atención no era la autoafirmación nacionalista por parte de los profesores, sino la intolerancia y rechazo que algunos mostraban hacia aquellos alumnos que no escondían su sentimiento español. Un día me sorprendió el comentario de una profesora, por lo demás una persona encantadora y muy comedida, que calificó a uno de nuestros chicos de facha porque llevaba una insignia con la bandera española. Yo le pregunté:

—¿Pensarías también que es facha si llevase la bandera catalana?

—No es lo mismo —respondió.

—¿Por qué?

—Porque no.

Fin de la discusión. Lo peor de todo era que estos prejuicios se traducían a veces en las evaluaciones negativas de este tipo de alumnos ideológicamente *non gratos*. Recuerdo a un chico que, a pesar de tener un nivel mucho más alto que otros compañeros, no logró obtener el título de la ESO. No puedo dejar de pensar que los prejuicios de los profesores tuvieron mucho que ver en ello. Alex acostumbraba a llevar una banderita de España en su camiseta e incluso llegó a manifestar su deseo de entrar en el Ejército. La animadversión que esto despertaba entre algunos de los miembros del equipo docente era evidente y quedó clara en la junta de evaluación, con constantes alusiones a su supuesta ideología. Casi diría que ni se esforzaban en disimularlo.

Al año siguiente, cuando yo ya era directora del Pedraforca, vino Alex a hablar conmigo para solicitar un examen extraordinario de graduación, porque sin el título de la ESO no podía entrar en el Ejército. Lamentablemente, no fue posible porque ya había pasado el plazo de la convocatoria, y Alex tuvo que apuntarse a una escuela de adultos para conseguir graduarse en junio. Aquel año perdió su oportunidad de ingresar en el Ejército.

Lo curioso y contradictorio es que no hay proyecto educativo en los colegios de Cataluña que no incluya el respeto a la diversidad cultural, religiosa o ideológica de los miembros de la comunidad educativa y la proscripción de cualquier tipo de discriminación. Y es que los símbolos nacionales de España, cualquier cosa que pudiera recordar adhesión o sentimiento de españolidad, están considerados por muchas personas en Cataluña como símbolo de fascismo, incluso por aquellos que no son en absoluto nacionalistas y no sienten aversión alguna por España, como le sucedía a Margarita, una profesora extremeña de lengua española. Una mañana mientras tomábamos un café yo le referí el comentario de la profesora que consideraba facha a un alumno por el simple hecho de portar una insignia con la bandera española. Claro, me dijo, la bandera de España solo la llevan los fachas. Cuando ella me respondió así, comprendí que la batalla estaba perdida, que habían conseguido imponer una interpretación sectaria de los símbolos y hacer partícipe de esa interpretación a toda la sociedad.

«Españolita de mierda»

En aquellos años, tan próximos aún a la aprobación de la Constitución y del Estatuto de Autonomía, se inoculó el odio, y lo peor es que ahora ese odio está emergiendo abiertamente en forma de insultos y acoso incluso a niños de primaria, como le sucedió a una niña de siete años en un colegio de primaria de Sabadell. Su gran pecado fue pensar ingenuamente que si llevaba la bandera catalana en el cuaderno de catalán, también podría llevar la de España en el cuaderno de castellano. Ocurrió en 2012, en el contexto de la exaltación nacionalista que últimamente inunda todos los espacios físicos y morales de nuestra Cataluña. La niña fue marginada, insultada y acosada por sus compañeros de clase durante todo el curso sin que nadie hiciera nada para impedirlo.

—Tú no eres catalana, españolita de mierda, y deja de hablar en castellano o te vamos a tirar por la ventana —le decían sus compañeros de clase.

Las autoridades educativas catalanas pasaron de puntillas sobre el asunto. Nuestro *síndic de greuges*, el equivalente al defensor del pueblo español, no dio señales de vida ante estos hechos. ¿Alguien puede imaginar la reacción que se hubiera producido de ser la niña acosada por llevar la estelada en su libreta?

Por hechos como este y por la dejación que los partidos democráticos y supuestamente de izquierdas hacían de su compromiso con la defensa de la igualdad de derechos y de la libertad de expresión me fui alejando de la política.

No fui a la gran manifestación del 11 de septiembre de 1977, pero sí fui a otras después de esa fecha. La última, en 1979. A la profusión de banderas catalanas se añadían los cánticos contra España. «Cataluña no es España» y «Bote, bote, bote, español el que no bote». Este último eslogan se popularizó tanto que se coreaba en todos los eventos, incluidos los partidos de fútbol. Aquel 11 de septiembre me pregunté qué hacía yo allí, formando parte de una masa enfervorizada más que por la afirmación de lo propio, por la negación de lo que consideraban ajeno e impuesto. Nunca me había sentido especialmente española, ni lo que comúnmente se considera como una patriota, pero aquella muchedumbre exaltada y vociferante que gozaba ultrajando a España despertaba en mí un fuerte sentimiento de rechazo y reforzaba mis lazos de

unión con la que consideraba mi patria.

Vivía yo por aquellas fechas en un piso de alquiler situado en la Ronda Sant Pere, esquina con el Paseo de Sant Joan, justo por donde transcurría la manifestación que iba a desembocar en el Arco del Triunfo. De repente, oí que la gente gritaba enfurecida «facha, facha» y miraba hacia arriba, hacia el balcón de mi vecino, el señor José. Aquel hombre tendría unos ochenta años y no se enteraba de casi nada. Como vio que los vecinos colgaban banderas en sus balcones, decidió él también colgar una que tenía en casa, con la mala suerte de que era una bandera española. Para él no había mucha diferencia entre la española y la catalana. ¡Pobre hombre! No entendía por qué le gritaban. Algunos incluso pretendían subir al piso y obligarle a descolgar la bandera española. Yo, como tenía llaves del edificio, me adelanté y le advertí:

—Señor José, quite usted la bandera que hoy solo se ponen catalanas.

—Ah, ¿por eso gritan? Yo qué sabía. Pensé que daba igual.

Pero lo que allí ocurría no tenía parangón con lo que a poca distancia del Arco de Triunfo acontecía. Tanto aquel año como en otros sucesivos, en el Fossar de les Moreres se concentraban los nacionalistas más exaltados para quemar banderas españolas al tiempo que gritaban: «*Putà Espanya*», «*Mori Espanya*» o «*Visca Terra Lliure*».

Decidí no volver más a una manifestación del 11 de septiembre. Ya solo me quedaban las del Primero de Mayo. Pero, poco a poco, estas manifestaciones dejaron de diferenciarse, por lo menos visualmente, de las concentraciones nacionalistas. Los convocantes y también los asistentes enarbolaban banderas catalanas y gigantescas pancartas con las cuatro barras. Me preguntaba qué tendrían que ver las reivindicaciones de los trabajadores con las nacionalistas. En Madrid no se veía que los sindicatos portasen banderas españolas, tan solo pancartas en favor de la justicia económica y social. La izquierda catalana se transmutó en izquierda nacionalista de forma total y absoluta. Las palabras «izquierda» y «española» parecían ser incompatibles. Ni un solo partido de izquierdas quedó en Cataluña que no abrazase incondicionalmente el nacionalismo, dejando la defensa de España y de la españolidad para la derecha. Los que nos sentíamos españoles y de izquierdas estábamos desubicados, huérfanos de representación política. No nos quedó otra opción que ir alejándonos de los partidos y del debate político. Dejamos primero de ir a las manifestaciones del Primero de Mayo, mucho antes habíamos dejado ya de militar o colaborar con partidos de izquierda. Por último, hasta dejamos de votar.

Llegó un momento en que en Cataluña no se podía hacer nada ni en el terreno político ni en el cultural sin recurrir al ritual obsesivo de impregnarlo absolutamente todo con las señas de identidad catalanas. Cualquier celebración, cualquier acto institucional, municipal y hasta escolar debía ir acompañado de banderas a gogó. En Sant Jordi, no podías comprar una rosa que no viniera engalanada con la banderita, en las actividades escolares del instituto había profesores que se quejaban de que no se adornase el salón de actos con una gran bandera catalana. Por todas partes, a todas horas, por donde pasares la omnipresente cuatribarrada casi ejercía el papel del Gran Hermano en 1984. Allí estaba, observándote, comprobando que tus actos y tus pensamientos se correspondían con los del buen catalán que debías ser.

Cómo muchas personas aceptaron de forma acrítica esa invasión del espíritu nacionalista en todos los ámbitos de la vida ciudadana solo se explica si pensamos en la inmensa contribución que tanto los medios de comunicación nacionalistas como la escuela han hecho a la causa.

A finales de los ochenta, mis alumnos ya me corregían cuando utilizaba la palabra España en el contexto de nuestra historia medieval. Según les habían explicado, España no existió hasta la era moderna. Cuando les dije que los romanos ya hablaban de Hispania, de donde deriva el nombre actual, «España», se quedaban un tanto desconcertados. En cambio, Cataluña tenía un pasado milenario ya como nación independiente, no como condado del reino de Aragón. Los ríos, los montes, las ciudades, toda la geografía se circunscribía a Cataluña. El Ebro era un río que nacía fuera de Cataluña. Los españoles eran otros, gentes de fuera, a menudo enemigos de los catalanes.

También intentaban corregirme cuando denominaba a la lengua común de España como «español».

—Se dice «castellano».

Resultaba penoso tener que aclarar a aquellos alumnos de origen andaluz, extremeño o castellano que la Constitución admitía las dos denominaciones «español» y «castellano» para nuestra lengua; que el castellano era la lengua románica que dio origen al español; que con la palabra español referida al idioma incluíamos todas las variedades geográficas a que había dado lugar el castellano en su expansión; que fuera de España nuestra lengua era conocida mundialmente como «español», no como «castellano» y que en el fondo la denominación oficial de castellano había sido motivada no tanto por el respeto a los orígenes de la lengua como a un intento de contentar a los hablantes de otras lenguas españolas. Alguno me preguntaba:

—Pero si hay otras lenguas españolas, no está bien llamarle «español» a una de ellas.

Tenía que aclararle que una cosa es lengua española en el sentido de lengua que se habla en España, ya sea el catalán, el gallego, el euskera, o el español o castellano, y otra muy distinta lengua española, como denominación de la lengua común a todos los españoles, la lengua con la que todos los españoles podemos entendernos y cuyo origen es el dialecto del latín conocido como castellano.

Esfuerzo inútil, la propaganda nacionalista ha sido tan insistente y apabullante, tan efectiva y asumida, ha calado tan hondo, que incluso los mismos madrileños o andaluces han llegado a creerse que es incorrecto denominar a la lengua que hablan como español. En una ocasión, estaba yo rellenando un formulario en que se me preguntaban los idiomas que hablaba. En la versión española, entre varios idiomas podía colocar una cruz en la casilla correspondiente al castellano o al inglés; en la versión inglesa estas casillas rezaban *spanish* y *english*. Es decir, la denominación inglesa de nuestra lengua no se correspondía con «castellano», sino con «español», simplemente porque «español» es el término aceptado internacionalmente para nuestro idioma, aunque, incomprensiblemente, repudiado por los propios españoles.

Así ha conseguido el nacionalismo difuminar uno de los nexos de unión más poderoso entre los españoles: la lengua común. En su lugar, pretenden instaurar una realidad plurilingüe excluyente, una realidad en que la lengua común deja de tener su función vertebradora para ser reducida a un ámbito regional y pasa a estar excluida en las comunidades que disponen también de otra lengua, aunque esta sea minoritaria.

Hasta un empleado de Hacienda se permitió un día corregirme, como mis alumnos, por entregarle una instancia solicitando la información que Hacienda me enviaba en español. Me tachó «español» y, en su lugar, escribió «castellano».

—¿Qué hace? ¿Por qué me cambia lo que he escrito?

—Porque el español no existe.

Tuve que enfadarme.

—Pero ¿qué me está diciendo usted? ¿Me está diciendo que la Real Academia Española es la academia de una lengua inexistente? ¿Me está diciendo que mi título de funcionaria del Estado acredita que soy profesora de una lengua que no existe?

Se quedó mirándome perplejo y disgustado.

—Haga el favor de darme otra solicitud. La voy a volver a rellenar y no se le ocurra volver a cambiar lo que yo escriba.

De mala gana, accedió. El hombre se apellidaba Pérez, según rezaba el letrero que lo identificaba sobre su mesa, y ni siquiera hablaba catalán. He ahí un ejemplo viviente del triunfo de la propaganda nacionalista.

9

POR UN PAÍS DE TODOS, LA ESCUELA EN CATALÁN

«Un crimen que resulta peor por inhumano: se tortura a nuestros niños durante los primeros años de escuela aprendiendo en una lengua que no es la materna».

JOSEP BENET,

Combat per l'autonomia, 1977

Historia de Dani

Cuando Dani apareció por vez primera en el instituto Pedraforca tenía quince años, a punto casi de cumplir dieciséis. Era el curso 2008-2009. Dani tenía un rostro amable e infantil, parecía tímido y muy educado. Quizá un tanto asustado, como acobardado, ante la nueva realidad con la que se

enfrentaba. Recién acababa de llegar de Ecuador. Sus padres hacía ya dos años que vinieron a Cataluña, pero dejaron allí a sus tres hijos, Dani y dos hermanas más pequeñas, con los abuelos. La madre trabajaba como asistenta de hogar y el padre en la construcción. Hasta entonces compartían piso con otras personas, pero por fin su situación económica les permitió alquilar una vivienda en la misma calle del instituto y traer consigo a sus tres hijos.

Aquel día en que el chico llegó al instituto, le acompañaban su madre y las dos hermanas, de ocho y cinco años. Llamaba la atención el contraste entre la cara de felicidad de la madre, que de nuevo podía abrazar y besar a sus hijos, con la mirada huidiza y el gesto cohibido de los tres niños, especialmente de Dani. ¿Qué le aguardaba en este nuevo país? ¿Cómo sería la gente? ¿Cómo lo recibirían sus nuevos compañeros de clase? Todas esas preguntas pasaban seguramente por su mente.

El Instituto Pedraforca había cambiado mucho desde que en el curso 1996-1997 se generalizó la implantación de la Educación Secundaria Obligatoria (ESO). De ser un instituto exclusivamente de formación profesional, pasó a impartir también ESO y Bachillerato. Los profesores, hasta entonces, tratábamos con alumnos de catorce a dieciocho años o más, pero ahora nos llegaban alumnos con solo doce años. Tuvimos que adaptar nuestra forma de enseñar a estos nuevos alumnos, tan niños, a los que no estábamos acostumbrados.

Sin embargo, el verdadero y decisivo cambio fue otro. En los años noventa comenzaron a llegar a Cataluña, y señaladamente a Hospitalet, alumnos extranjeros. Cuando se implantó la ESO, estos alumnos eran aún una minoría. El curso en que Dani llegó al Pedraforca, todos los alumnos procedían ya de otros países, de China, Marruecos, Paquistán y, sobre todo, de Hispanoamérica. De nuestros antiguos alumnos, hijos de la inmigración procedente de otras regiones españolas, en 2008 ya no quedaba prácticamente ni uno.

Por si todo esto fuera poco, desde 1992 el catalán se había ido imponiendo como la lengua vehicular exclusiva de la enseñanza. Y si bien es cierto que en los primeros años hubo cierta tolerancia, la presión se fue incrementando para que nadie escapase al cumplimiento de las normas lingüísticas de la Generalidad. Cuando Dani llegó al instituto Pedraforca ya no quedaba ni un solo libro de texto en español, excepto, claro está, el de lengua castellana.

Dani no sabía que, a partir de entonces, debería estudiar en otra lengua que no era la suya. Se lo tuvimos que explicar.

—¿Es que no se habla español en Cataluña?

Antes de que yo pudiera contestarle, la madre se anticipó y le aclaró que en Cataluña se hablaba catalán.

—No te preocupes, Dani —corregí yo—, también se habla español. Verás cómo no tienes ninguna dificultad para entenderte con tus compañeros. La mayoría son también hispanoamericanos y, sobre todo, de Ecuador, como tú. Además el catalán es muy parecido al español y enseguida lo aprenderás.

Dani no replicó. Miró a su madre como diciendo «esto no es lo que yo creía», pero no dijo nada. Le pasamos una prueba de matemáticas y lengua castellana y comprobamos que su nivel era bastante bueno, sobre todo en lengua castellana. Al día siguiente, Dani ya pudo incorporarse a su grupo de cuarto de ESO, un grupo especial creado para los alumnos recién llegados de lengua románica, denominado «grupo de aula de acogida», donde se trataba de incidir especialmente en el aprendizaje de la lengua catalana.

Dani estaba triste, no estudiaba. Llegaba tarde casi todas las mañanas. Los profesores decían que no atendía las explicaciones, que no participaba, que parecía melancólico y ensimismado, como en otro mundo, que se pasaba las horas en clase mirando a través de la ventana. Hablé con él. No le gustaba estudiar, me dijo. A él lo que le atraía era el deporte. En educación física sí que era bueno, ahí era el que sacaba mejores notas, pero los libros, estudiar, eso le aburría. Le pregunté si en Ecuador le sucedía lo mismo. No, allí iba bien. No sabía lo que le pasaba. Él antes nunca había sido así. Siempre le había gustado mucho leer y sacaba buenas notas. Ahora cogía un libro y se dormía.

—¿Por qué, Dani, te iba bien allí y aquí tan mal?

—Era distinto. Allí las clases, los libros, no eran tan aburridos.

Me llamó la atención que dijera eso porque yo sabía que nuestros profesores eran partidarios de actividades educativas dinámicas y participativas. Entre ellos pocos había anclados en las antiguas clases magistrales. Se me ocurrió preguntarle si ya entendía el catalán.

—Sí, sí que lo entiendo.

—¿Entonces?

—Pero es que en catalán no es lo mismo.

Dani estaba sufriendo claramente lo que se conoce como el «duelo migratorio». Añoraba su tierra y añoraba la lengua de su tierra. Sé que todo inmigrante se debe enfrentar a eso, que es lo mismo que le puede suceder a cualquier niño español que emigre a Francia o a Alemania, por ejemplo. Pero

Dani pensaba que venía a un país que compartía su lengua y no acababa de entender cómo era que en la calle, en las tiendas, en los bares todo el mundo hablaba español y, en cambio, en el colegio casi ningún profesor lo hacía.

Llegaron las pruebas de competencias básicas. A Dani le pasó lo mismo que a otros muchos niños sudamericanos recién llegados a Cataluña. Una buena nota en lengua española, en el caso de Dani, un ocho, y resultados pésimos en todo lo demás. El nivel lingüístico que traía de Ecuador le permitió superar sin ninguna dificultad la prueba de lengua española. Redactaba bien, tenía cierta riqueza léxica, no cometía errores ortográficos ni sintácticos graves, era capaz de comprender y reflexionar sobre un texto, pero estaba bloqueado ante las demás materias, algo le impedía acercarse a ellas, hacerlas suyas. Dani, cuando se esforzaba en no desconectar de cuanto sucedía en clase, entendía el significado de las palabras que el profesor utilizaba para explicar las matemáticas, las ciencias, o las sociales, pero no interiorizaba el discurso. Era como si no fuese capaz de enlazar las palabras y relacionarlas para componer con ellas el contenido global. Eran simples piezas sueltas que no conseguía articular ni ubicar en su mente.

Un día su padre vino a hablar conmigo.

—No sé qué hacer con él. No aprueba nada. Si en la tercera evaluación sigue igual, lo saco del colegio y lo pongo a trabajar porque ya ha cumplido los dieciséis años.

—No haga eso, dele una oportunidad —le pedí.

Finalmente, Dani no consiguió su título de graduado en ESO. A final de curso, solo aprobó lengua castellana y educación física. Su padre no quiso que repitiera, aunque yo le brindé la oportunidad.

No he vuelto a verle. Un día le pregunté por él a un compañero suyo que estaba en bachillerato. Me dijo que el padre se lo llevó con él a la obra, pero que no aguantó mucho y regresó a Ecuador con los abuelos.

El caso de Dani es uno más entre los muchos de alumnos que fracasan, en buena medida, aunque también hay otras causas, debido al extrañamiento que produce en ellos una lengua de enseñanza que no es la materna. Naturalmente, esto ni les sucede a todos los chicos en una situación similar a la de Dani ni les sucede solo a los alumnos procedentes de la inmigración extranjera. No hace mucho, la cajera de un supermercado en Castelldefels, una chica andaluza, me reconoció:

—Perdona, ¿tú eres la directora que no abrió el centro para el referéndum?

Me dijo que me apoyaba, que ella habría hecho lo mismo y aprovechó para

preguntarme si sabía de algún colegio en Castelldefels donde se educase en español pues a su hijo, de siete años, no le entraba nada porque recibía toda la educación en catalán.

—En Cataluña, toda la educación pública es en catalán exclusivamente, pero puedes pedir que a tu hijo le den las clases en su lengua materna. Tienes derecho.

—Sí, pero mi marido no quiere. Dice que le van a tomar manía al niño.

—¿Y solo le pasa eso a tu hijo?

—¡Qué va! Les pasa a muchos, pero ninguna madre se atreve a decir nada. La única soy yo y ya me tienen mal vista.

—¿Has hablado con la tutora?

—Sí, y me ha dicho que le hable yo al niño en catalán para que se vaya acostumbrando.

—¿Y lo vas a hacer?

—¡Ni muerta! Yo, a mi hijo, le hablaré siempre en mi lengua.

Habríamos seguido hablando, pero la chica tenía que atender al resto de clientes y nos despedimos. Cada vez que voy al supermercado y coincidimos me dice que esto no puede seguir así y a mí se me cae el alma a los pies viendo que los que tendrían que preservar los derechos lingüísticos de todos los catalanes y hacer cumplir la ley están ausentes.

Un derecho que ya no lo es

En 1977, Joseph Benet i Morell escribió estas palabras en su obra, *Combat per l'autonomia* (Combate por la autonomía): «Un crimen que resulta peor por inhumano: se tortura a nuestros niños durante los primeros años de escuela aprendiendo en una lengua que no es la materna».

¿Qué ha sucedido en Cataluña para que de la legítima defensa de la enseñanza en lengua materna, como atestiguan las palabras de Josep Benet, en 1977, se pase a negar este derecho a los niños catalanes?

Josep Benet i Morell fue una persona de intachable trayectoria democrática y aguda conciencia social, senador por la plataforma progresista y de izquierdas Entesa dels Catalans y miembro del PSUC (Partido Socialista

Unificado de Cataluña). Josep Benet i Morell murió en 2008, ya en pleno apogeo de la inmersión lingüística obligatoria, justo cuando Dani llegó a Cataluña. Me pregunto qué pensaría este prohombre de la democracia sobre la obligatoriedad de escolarizar exclusivamente en catalán a los niños de lengua materna castellana. No he oído que se rebelase jamás contra esta imposición. No he oído que clamase indignado contra este atentado a la lengua materna como en cambio sí lo hizo en 1977. Quizá no he sido capaz de interpretar bien las palabras de Josep Benet, quizá no he entendido que el crimen peor que inhumano y la tortura solo podía afectar a los niños de lengua catalana, obligados a estudiar en español. Quizá, Josep Benet me diría ahora que su queja solo se refería a los niños de lengua catalana, que a los castellanohablantes, menos sensibles, no les causa ningún perjuicio el hecho de privarles de su lengua materna. Quizá Josep Benet pensase que hay lenguas maternas y lenguas maternas, que no todas son iguales. O, mejor aún, quizá Josep Benet acabaría por responderme como hacen ahora algunos ideólogos nacionalistas que la lengua materna no es la lengua de tu madre, sino la lengua de la tierra, de la nación. De modo que la única y exclusiva lengua materna de Cataluña es el catalán.

Algunos, ingenuamente, nos creímos entonces al pie de la letra las palabras de Benet. Como mi antigua compañera de instituto, la Pruneta, creímos que la educación en lengua materna era un derecho y cuando nos arriesgábamos a ser detenidos o golpeados en las manifestaciones antifranquistas de finales de los setenta luchábamos también por ese derecho. Qué poco sospechábamos que, tan solo unos años después, ese derecho, avalado por la UNESCO, iba a ser olvidado, borrado de la memoria. Y si alguna vez algún impertinente españolista osaba recordarlo siempre se podría recurrir al retorcimiento cínico de las palabras convirtiendo lengua materna en lengua de la tierra. Joaquim Arenas i Sampere lo deja muy claro en uno de sus ensayos cuando afirma:

Hay, así pues, una dicotomía entre lengua materna y lengua adquirida y una contradicción entre los conceptos lengua materna y lengua de la madre. De tal forma, que se puede afirmar que tanto en la Conferencia sobre Bilingüismo de 1929 como en la UNESCO desde 1951 hasta la actualidad, cuando se menciona el concepto de lengua materna se hace en el sentido de «lengua materna de la tierra», es decir, de lengua territorial, Por eso el Programa de Inmersión no contradice en ninguna

aplicación los postulados de la organización internacional,
sino al contrario...

De tal suerte, que, probablemente, cuando nuestro padre de la patria Josep Benet decía que los niños catalanes (nuestros niños) eran torturados al obligarles a aprender en una lengua que no era la materna, lo que estaba queriendo decir era que sufrían horriblemente porque no se les enseñaba en la lengua de la tierra, de la madre tierra. Aquellos pobres niños no podían soportar que se les escolarizara en una lengua que no era la catalana, no porque esa fuese la lengua de sus padres, la que hablaban en su casa, sino porque era la lengua de la tierra, de Cataluña. De este modo, también los niños cuyos padres hablaban en español estaban siendo sometidos al mismo martirio y sufrían lo indecible a pesar de que la lengua de la escuela coincidiese con la que hablaban en su casa.

He de confesar que casi me quedé pasmada cuando me enteré de que este era el principal argumento con que los nacionalistas trataban de justificar el espíritu democrático y ajustado a las recomendaciones de los organismos internacionales de la inmersión lingüística. ¿Por qué será que ni yo ni ninguno de mis compañeros de colegio, casi todos de lengua materna castellana nos sentimos martirizados al recibir la educación en una lengua que era la que habíamos aprendido de nuestros padres, pero que no se correspondía con la lengua de la tierra? ¿Es posible que fuéramos tan insensibles? ¿O quizá es que no éramos conscientes del terrible mal, del crimen horrible, más que inhumano, como decía Benet, que se nos infligía? Quizá mi incapacidad para comprender las inmensas ventajas y virtudes de la inmersión lingüística tiene su origen en aquel daño irreparable que me causó el hecho de aprender en una lengua que era la de mi madre, pero no la de la tierra. Quizá. Sin embargo, de haber sabido entonces que el derecho a la lengua materna significaba en realidad el derecho a la lengua de la tierra, seguramente, me habría abstenido de prestar mi apoyo a semejante causa.

¿Lengua de la tierra? Siempre pensé que eran las personas las que tenían una lengua y que la lengua de los territorios, de los países, en definitiva, era la que hablaban o las que hablaban sus habitantes. De acuerdo con ese razonamiento, tanto el catalán como el castellano o español son lenguas de Cataluña por el simple hecho de ser las que habla más del 90 por ciento de su población. Pero no. La lógica del nacionalismo no se corresponde con la de las personas normales y corrientes. Para el nacionalismo, la tierra, en este caso la tierra catalana, tiene lengua. Una lengua preexistente a los individuos,

consustancial a la tierra misma, la esencia de la tierra. Y los derechos de esta lengua-espíritu están muy por encima de los derechos que puedan tener los seres accidentales y transitorios que la habitan.

Sin duda alguna, el objetivo de la inmersión lingüística está estrechamente ligado a la meta de construir una nación. El nacionalismo catalán, anclado en el romanticismo alemán, se sustenta sobre la idea de que la lengua es el espíritu (*volkgeist*) de la tierra, de la nación. La lengua es para la tierra como el alma para el cuerpo en el ser humano. No en balde, la lengua es representada en el relato mítico catalán como una llama, «*la flama de Canigó*».

La llama catalana prende cada año en la cima de una montaña de los Pirineos catalanes, el Canigó, y centenares de voluntarios la distribuyen por los denominados Países Catalanes para encender con ella las hogueras de la noche de San Juan. Simboliza la unión de estos territorios en la lengua, erigida en la fuerza espiritual que les confiere su ser.

En la mitología catalanista, una llama simboliza la lengua de forma similar a como es representado el Espíritu Santo en la religión cristiana. ¡La lengua es Dios! ¡La lengua lo es todo! Y así como para construir la identidad nacional catalana, para autoafirmarse como nación, es necesario construir un relato basado en la negación del otro, el enemigo, España; para fortalecer la lengua, el núcleo de la identidad nacional, hay que destruir la otra lengua, convertirla en una lengua ajena, invasora y competidora que hay que marginar y, si es posible, eliminar. Así se entiende lo que me explicó un día Antonio, un compañero de enseñanza primaria. A Antonio se le ocurrió preguntarles a sus alumnos si sabían por qué el español era hablado por tantas personas y en tantos lugares del mundo. La contestación que le dieron lo dejó atónito: «Por Franco». Antonio hizo la prueba en otro grupo y la respuesta fue la misma, «por Franco». Y lo mismo en otro grupo y en otro y otro. Todos los alumnos a los que Antonio daba clase estaban convencidos de que si el español era una de las lenguas más habladas en el mundo era a causa de Franco. Nadie les había explicado a aquellos niños cómo es que Franco poseía semejante poder. El caso es que unir a Franco con la lengua española no parece en absoluto inocente o casual ni, por supuesto, fruto de la ignorancia, sino que obedece a un claro propósito de deslegitimizar su carácter de lengua universal, desprestigiarla y crear desafección hacia ella, incluso entre sus mismos hablantes, a base de ensuciarla con el fascismo.

Que el español sea la lengua habitual de más de la mitad de los catalanes

sería, en buena lógica, un motivo más que suficiente para considerarla como patrimonio irrenunciable y objeto de protección. Sin embargo, el nacionalismo tiene su lógica propia, sus razones que la razón no entiende. Y conforme a ese particular sentido de la lógica en el nacionalismo, el español, a pesar de ser la lengua mayoritaria de la población catalana, no merece más consideración que cualquier otra de las lenguas extranjeras que se hablan en Cataluña. Así lo piensa Jordi Casacuberta, militante del Frente Nacional de Cataluña, quien publicó un artículo en el diario digital e-Notícies, titulado «El catalán idioma único», en el que entre otras cosas afirma:

Si bien es cierto que el número de castellanohablantes es muy grande en Cataluña, a causa de las sucesivas inmigraciones masivas planificadas por el Estado, eso no ha de conferirles derechos por encima de las demás 277 lenguas foráneas que han traído otros ciudadanos extranjeros.

El castellano es una lengua que, precisamente por ser la propia de tantos catalanes, constituye un peligro para la identidad nacional, un peligro que conviene anular cuanto antes, en los primeros años de la escolarización, si es posible. Por eso, un grupo de catorce entidades, entre las que se incluyen la ANC (Asamblea Nacional Catalana) y la AMI (Asociación de Municipios por la Independencia) agrupadas bajo la denominación de El Clauer y lideradas por Omnium Cultural, proponían en 2013 que el castellano dejase de ser lengua cooficial de Cataluña, aunque, eso sí, en el colmo de la generosidad, se le concedería un estatus de reconocimiento especial, si así se decidiera democráticamente. Ciertamente es, no obstante, que algunos políticos independentistas han tratado de tranquilizar a la población catalana de lengua castellana sobre la continuidad de la oficialidad del castellano en una Cataluña independiente. Pero el solo hecho de que surja esta polémica nos pone sobre aviso de lo que podría suceder.

La concepción de la lengua como espíritu y esencia de la nación es, por tanto, la razón de que el nacionalismo catalán haya desplegado de manera obsesiva y sin concesiones su política de inmersión lingüística en las escuelas. El objetivo es provocar cuanto antes una ruptura del vínculo con la lengua materna de los alumnos castellanohablantes y conseguir, así, una reubicación de su identidad. El proceso es sencillo: a través de la lengua a la nación; al niño se le insufla el espíritu de la lengua ya desde la guardería para que pueda ser parte de la tierra, porque el niño que adopte el catalán como su lengua

habitual será un adulto catalán y para que esa identidad catalana no pueda contaminarse con otras foráneas es necesario desconectarlo de su lengua materna. Algunos docentes se convierten gustosamente en los mejores agentes de la nacionalización de los niños castellanohablantes, como es el caso de la aberrante actuación que me contó un testigo directo: una pequeña, especialmente vulnerable, pues padecía leucemia, pidió permiso para ir al lavabo, pero su maestra no quiso concedérselo hasta que se lo dijera en catalán. Este es sin duda un caso extremo, pero es de dominio público que en muchos colegios a los niños castellanohablantes se les corrige para que se expresen en todo momento en catalán.

La imposición de la inmersión lingüística en catalán no fue, sin embargo, algo instantáneo. Se fraguó ya en los albores de nuestra democracia, pero se gestó poco a poco, a fuego lento y con sabia dosificación, en sucesivas etapas, hasta llegar a la situación actual.

En los últimos años del franquismo, ya se permitió el aprendizaje de la lengua catalana de manera voluntaria en los institutos, pero no fue hasta 1980 cuando se estableció la obligatoriedad de la enseñanza de lengua catalana. En 1983, la Ley de Normalización Lingüística dio un paso más para hacer del catalán lengua obligatoria de la enseñanza. Sin embargo, no se prescribía aún la exclusión del español, pues los consejos escolares tenían la potestad de decidir la lengua o lenguas de la enseñanza. Además se reconocía el derecho de los niños a recibir la primera enseñanza en su lengua materna.

La Ley de Normalización Lingüística de 1983 dio lugar ya a las primeras protestas, pues, en la práctica, en todos los institutos se daba por hecho que el catalán debía ser la lengua exclusiva de la enseñanza, a no ser que el consejo escolar decidiera lo contrario, cosa que raramente ocurría.

No fue hasta 1992, el año de los Juegos Olímpicos, cuando el decreto 75/92, en su artículo 3, convirtió en norma algo que ya se venía realizando en la práctica: el catalán se transformaba en la lengua vehicular de la enseñanza. Y ahí es cuando comienza formalmente la inmersión lingüística obligatoria, que se extiende incluso a la enseñanza primaria y a las guarderías. Para salvar lo que la Ley de Normalización Lingüística del 83 estipulaba respecto al derecho a la enseñanza materna en los primeros años, se recurre al subterfugio de la llamada atención individualizada, consistente en repetirle al niño en su lengua materna algo de lo que se ha explicado para toda la clase en catalán. Por descontado, no se consideró ni siquiera la necesidad de otra lengua que no fuera la catalana en los libros de texto destinados a los niños que requirieran

atención individualizada.

Así las cosas, algunos padres recurrieron a los tribunales para solicitar el derecho a la escolarización de sus hijos exclusivamente en español. Pero la sentencia del Tribunal Constitucional de 1994 no les fue favorable. Se les deniega la demanda argumentando que el modelo lingüístico de la Ley de Normalización Lingüística de 1983 contemplaba el bilingüismo, pero no el monolingüismo. No existía libertad de elección respecto a la lengua de escolarización ni, por supuesto, derecho a exigir una enseñanza monolingüe en español. Lo que la ley amparaba era, no obstante, la conjunción lingüística, es decir, que tanto catalán como castellano son lenguas vehiculares de la enseñanza.

A pesar de esta sentencia, contraria a las demandas de los padres, pero muy clarificadora en cuanto a la ilegalidad de la exclusión del castellano de la enseñanza, el nacionalismo catalán continuó avanzando en su ofensiva lingüística.

En 1998, la Ley de Política Lingüística pasa a dar rango de ley al uso exclusivo del catalán como lengua vehicular, hasta entonces solo formulado en un decreto. En su desafío, el gobierno de la Generalidad no tiene empacho alguno en cerrar los únicos dos centros que escolarizaban en español, uno en Lérida y otro en Barcelona. El desafío no encuentra respuesta institucional. Ni el Partido Popular, entonces en el gobierno, ni el defensor del pueblo recurren la ley.

Tendremos que esperar a que el nuevo Estatuto de Autonomía de Cataluña de 2006 consagre el carácter vehicular de la lengua catalana y establezca, en su artículo 35, que todas las personas tienen derecho a recibir educación en catalán, sin mención alguna al castellano, para que tanto el Partido Popular como el defensor del pueblo presenten sendos recursos.

Por fin, en 2009, la Ley de Educación de Cataluña establece por primera vez los llamados programas de inmersión lingüística que regulan el uso exclusivo del catalán en todas las actividades vinculadas al centro educativo: no solo la docencia, sino también las reuniones, relaciones entre el personal del centro, actividades extraescolares, servicios externos, monitores de comedor, transporte escolar, relaciones con los padres... Todo, absolutamente todo, debe realizarse en catalán.

Recuerdo que, por aquella época, yo preparaba oposiciones de cátedra. Cuando el inspector de mi especialidad vino al instituto para calificar mi competencia profesional, me recriminó el hecho de que mis programaciones y

material didáctico estuviesen redactados en español. Según la normativa vigente, toda la documentación pedagógica debía estar expresada en catalán como única lengua vehicular de la enseñanza; solo podía utilizar el español para explicar en clase de lengua española los contenidos de la materia. Es más, la conversación que estábamos manteniendo debería desarrollarse en catalán, por más que tanto él como yo tuviésemos como lengua materna el español.

Las sentencias que el viento se llevó

Legados a este punto, el 28 de junio de 2010 el Tribunal Constitucional tiene en cuenta la doctrina emanada de la sentencia de 1994 sobre el modelo de conjunción lingüística, y dictamina que tanto catalán como castellano son lenguas vehiculares en la enseñanza. En consonancia, el 9 de diciembre de 2010, el Tribunal Supremo emite una sentencia según la cual la atención individualizada en la primera etapa no es la forma correcta de atender a los alumnos, sino que, tal como ya establecía la ley de 1983, estos tienen derecho a recibir educación en su lengua materna. Y en etapas posteriores se debe respetar el modelo de conjunción lingüística, estableciendo un porcentaje que ha de ser fijado por los responsables de la educación en Cataluña. Así las cosas, y ante la renuencia de la Generalidad a determinar porcentaje alguno y, por supuesto, a aplicar la conjunción lingüística, los tribunales, mediante los autos de 23 y 28 de abril de 2015, fijan este porcentaje en un 25 por ciento como mínimo de horas en español.

Por supuesto, la Generalidad obvia estas sentencias y porcentajes y continúa con su política lingüística a la par que clama contra el maltrato que España y sus tribunales infligen a Cataluña atacando y poniendo en peligro la supervivencia del catalán.

El objetivo de la política lingüística de la Generalidad era y es meridianamente claro: convertir al catalán en lengua absolutamente única de la enseñanza. Las actividades docentes, la burocracia del centro, las relaciones externas... todo, absolutamente todo, en catalán y, como consecuencia, el español debía ser relegado a las dos horas de clase en primaria y tres en

secundaria que correspondían a la asignatura. Poco importaban las sentencias del Supremo y la conjunción lingüística. Nada de conjunción lingüística: uso exclusivo y absoluto del catalán.

Aunque parezca extraño por lo que representaba todo esto en una sociedad mayoritariamente bilingüe y en la que el español era la lengua mayoritaria, las normas dictadas por el Departamento de Enseñanza para hacer efectivo su propósito no encontraron prácticamente oposición. En la impunidad más absoluta, año tras año, sin apenas resistencia, más allá de los heroicos testimonios de algunas asociaciones y personas que se atrevían a recurrir a los tribunales de justicia, el nacionalismo logró su objetivo.

Los profesores, especialmente los más jóvenes, ya se habían educado en la inmersión lingüística y muchos de ellos habían interiorizado la idea de que Cataluña, tierra, y catalán, espíritu, eran indisolubles. Ser y sentirse catalán era hablar en catalán como lengua propia. Pero, por si acaso alguno quedaba que no comulgara con la nueva religión, ahí estaba la inspección y sus mecanismos de presión para recordárselo. A partir de 2008, los profesores interinos y los que habían aprobado oposiciones debían superar un periodo de prácticas. Para ello, un tribunal presidido por el inspector del centro revisaba sus programaciones y material didáctico y valoraba presencialmente su actividad docente en el aula. Por supuesto la clase debía impartirse en catalán. Conocí a un inspector que se fijaba siempre en si la pronunciación del profesor le delataba como castellano hablante y, sobre todo, comentaba muy negativamente el que algunos alumnos formularan preguntas al profesor en español, pues, según él, esto delataba que la clase no siempre se desarrollaba en catalán y que era su presencia allí aquel día lo que obligaba a que el profesor empleara el catalán como lengua cuando habitualmente no lo hacía, pues de lo contrario ya todos los alumnos estarían acostumbrados a preguntarle en catalán. De nada valía el que los otros miembros del tribunal le dijésemos que nuestros alumnos eran en su mayoría hispanoamericanos, que hacía poco que estaban aquí y que les costaba expresarse en catalán; estas circunstancias influían negativamente en la percepción que el inspector tenía del profesor examinado, aunque es también cierto que nunca se llegó a suspender a nadie ni por esos motivos ni por ningún otro. La ocasión en que la posibilidad del suspenso estuvo más cercana fue el caso de un joven profesor aragonés. Fernández, que así creo recordar que se apellidaba, impartió como era preceptivo, toda la clase en catalán, hasta que una alumna le planteó una cuestión en español. Entonces el profesor se olvidó de la presencia del

inspector, pensó solo en hacerse comprender lo mejor posible por su alumna, una chica dominicana que llevaba muy poco tiempo en Cataluña, y cambió sin darse cuenta al español. El inspector salió de aquella clase considerablemente irritado. Naturalmente, la excusa para suspenderlo no podía ser la lengua vehicular. Esto le hubiera reportado complicaciones a la inspección si el docente hubiera decidido recurrir su decisión. Finalmente, Fernández consiguió su aprobado, pero a costa de ampliar y presentar nuevamente toda la programación y material docente.

Tres mentiras

Cuando el nacionalismo defiende su proyecto de inmersión lingüística obligatoria, naturalmente no expresa abierta y crudamente que su objetivo es la construcción de una nación y que la lengua es el instrumento imprescindible para ello. Trata de edulcorar su propósito envolviéndolo en amables justificaciones falaces, pero atractivas.

Tres son los principales argumentos que maneja machaconamente el nacionalismo para defender a capa y espada el modelo de inmersión lingüística: que es un modelo de éxito, que garantiza la cohesión social y que sin él sería imposible la supervivencia del catalán. Ninguno de estos argumentos aguanta un análisis crítico serio.

En primer lugar, el que denominan modelo de éxito tiene un elevadísimo nivel de fracaso escolar, focalizado especialmente entre los sectores menos favorecidos de la sociedad catalana y en los que es mayoritario el número de castellanohablantes. Las autoridades educativas catalanas y todos los forofos de la inmersión alegan que el fracaso no se debe al uso del catalán como lengua vehicular de la educación, sino a otros factores relacionados con el nivel socioeconómico de las familias. La única manera de dilucidar si tienen razón sería estableciendo lo que bajo ningún concepto se tolera: una red escolar paralela en español que permitiera comparar resultados. De este modo sabríamos a ciencia cierta si el uso de la lengua materna tiene o no alguna incidencia educativa. Sin embargo, lo que sí sabemos, porque hay estudios que lo acreditan, como el informe realizado por Convivencia Cívica Catalana, es

que a igual nivel socioeconómico, el fracaso escolar es un 16 por ciento superior en los niños de lengua materna española. A no ser que sea pura casualidad o que alguien pretenda que los niños castellanohablantes tienen menos capacidad cognitiva que los niños de lengua catalana, habremos de reconocer que, por lo menos en alguna medida el uso o la exclusión de la lengua materna como lengua de aprendizaje afecta a los resultados.

Por otra parte, cuando hablan de «modelo de éxito» tratan de poner de relieve el hecho de que, según ellos, los niños acaban su educación obligatoria o el bachillerato conociendo adecuadamente las dos lenguas y que el nivel de español de un niño de Lérida, pongamos por caso, es exactamente igual, o incluso mejor, que el de un niño de Extremadura. La realidad es bien diferente. Para empezar, todos sabemos que las pruebas de competencias básicas de cuarto de ESO o las de selectividad para el bachillerato en Cataluña no son las mismas que las de las otras comunidades autónomas y que, concretamente, las de lengua castellana son de un nivel considerablemente inferior que las que realizan los alumnos del resto de España. Solo si las pruebas fuesen iguales en todo el país podríamos dilucidar si efectivamente hay o no una homogeneidad de nivel en cuanto a la lengua española.

Para mayor abundamiento, a pesar de que las pruebas de lengua española son más fáciles en Cataluña que en el resto de España y, por supuesto, más fáciles que las de lengua catalana, cada vez más los resultados globales de Cataluña reflejan un mayor dominio del catalán que del castellano por parte de los alumnos. Así, por ejemplo, la nota media de selectividad de lengua española en Cataluña raramente supera el 5, mientras que la de lengua catalana suele alcanzar el 6.

Otro factor llamativo es el hecho de que centros como el Pedraforca, de nivel socioeconómico muy bajo, obtengan unos resultados de competencias básicas en lengua española a la par o, incluso por encima, en las franjas de calificaciones más altas, de la media global de Cataluña, mientras que en matemáticas y lengua catalana el nivel es considerablemente más bajo. ¿Es posible que nuestros alumnos estén especialmente dotados para la lengua castellana y en cambio tengan muchas dificultades para todo lo demás? ¿No será que, al ser en su mayoría de habla española, conservan lo que aprendieron en sus países y son capaces de reforzarlo aquí, mientras que fracasan en las otras asignaturas porque les son impartidas en una lengua distinta a la materna? ¿Y por qué será que la nota media de Cataluña en lengua castellana, a pesar de incluir a centros situados en la franja socioeconómica

alta, no es casi superior a la de nuestros alumnos y, por descontado, es inferior a la obtenida en lengua catalana? Quizá porque con tres horas de lengua española a la semana no se puede aprender lo mismo que con veinticuatro de catalán.

El hecho constatable es que los alumnos hispanoamericanos que llegan aquí habiendo sido escolarizados en su país de origen conservan, por lo general, un nivel aceptable o bueno de español; en cambio los escolarizados en Cataluña desde la primaria tienen un nivel muy bajo en esta lengua, incluso aun cuando sea esta su lengua materna. Año tras año he podido comprobar cómo los chicos de primero de ESO apenas dominan el vocabulario académico en español; en clase de lengua española utilizan léxico catalán para referirse a determinados conceptos porque desconocen el término correspondiente en español. ¿Quién no ha oído a un niño de doce años, recién llegado al instituto o incluso más tarde, decir *desenvolupar*, en lugar de «desarrollar», *agraïment*, en lugar de «agradecimiento»; *aclarir* por «aclarar», *fetge* por «hígado» y tantas y tantas palabras más? ¿Quién no le ha visto escribir en español con grafías propias del catalán como la ele geminada (l·l) o el *guionet* («dar-les»)? O peor aún, ¿qué profesor de lengua española no se ha visto obligado a corregir errores sintácticos tan graves como, por ejemplo, «va comprar un libro», en lugar de «compró un libro»? No es de extrañar que nuestros alumnos tengan estas dificultades, cuando incluso jóvenes profesores, ya moldeados por la inmersión lingüística, cometen fallos similares. No es ninguna exageración. No hace falta más que oír hablar a algunos de nuestros políticos independentistas más famosos. ¡Qué mal trago representa para ellos hablar en español! ¡Con cuánta dificultad construyen su discurso cuando se ven obligados a hacerse entender en la que llaman lengua de los invasores! A poco de empezar como directora, asistí a unas jornadas nacionales sobre educación, que tuvieron lugar en un famoso hotel barcelonés, con la presencia del entonces ministro de Educación, Ángel Gabilondo. A las jornadas acudieron docentes de toda España y los ponentes catalanes tuvieron por ello la deferencia de hablar en español. Fue penoso ver cómo se quedaban sin palabras, cómo les costaba avanzar en su discurso, cómo sus palabras se encallaban continuamente como los pies en un terreno pedregoso. El público lo pasaba tan mal al ver sus grandes esfuerzos que hubo quienes alzaron la voz para pedirles que se expresaran en catalán, pues así (aunque no lo dijeron) sería más fácil entenderles que en aquel zarrapastroso español.

Pero concedamos que, efectivamente, el modelo de la inmersión

lingüística es un modelo de éxito porque garantiza plenamente el dominio de las dos lenguas oficiales. Si esto fuese así, podemos suponer que entonces la inmersión lingüística en español también garantizaría el dominio de ambas lenguas. Sin embargo, los nacionalistas alegan que la inmersión en catalán es necesaria porque, de lo contrario, no se conseguiría el dominio del catalán. ¿Quiere esto decir que un niño de Vic, pongamos por caso, está capacitado para dominar el español con solo tres horas de clase y a pesar de que su entorno es totalmente catalanohablante, mientras que un niño de habla española únicamente puede aprender catalán si recibe absolutamente toda su educación en esa lengua? ¿Son más hábiles los niños de lengua materna catalana que los de lengua materna española? ¿Es muy fácil el español y, en cambio, muy difícil el catalán? Creo que estas preguntas se responden por sí mismas.

El segundo gran argumento que manejan es el de que la inmersión lingüística garantiza la cohesión social y la igualdad de oportunidades. Por el contrario, la existencia de dos líneas escolares, una en catalán y otra en castellano, separaría a los niños en razón de lengua y crearía dos comunidades diferenciadas. Si esto fuese cierto, habría que reconocer al franquismo el gran mérito de haber promovido la cohesión social en Cataluña a través de la uniformidad lingüística. Nada más falso. Sostengo que la escuela monolingüe no solo no fomenta la cohesión social, sino que la socava. Los niños catalanes de escasos recursos suelen hablar en castellano; sus escuelas y sus barrios son otros distintos a aquellos en que se educan y viven los vástagos de la burguesía catalana, mayoritariamente catalanohablante. Por lo tanto, el hecho de que la enseñanza sea en catalán exclusivamente no favorece la cohesión social, sino que por el contrario, se superpone a una división social preexistente, creando dos tipos distintos de alumnos: los de clase social acomodada que tienen el privilegio de estudiar en su lengua materna y aquellos de clase social baja a los cuales se les niega tal derecho. Por mucho que se quiera reconvertir lo que siempre hemos entendido como lengua materna en lengua materna de la tierra, lo cierto es que, para unos niños su lengua materna coincide con la «lengua materna de la tierra», mientras que para otros no. Es evidente que son estos últimos los que parten con desventaja en el proceso educativo, pues deben enfrentarse a una dificultad que los otros no tienen. Deben conceptualizar la realidad a partir de un lenguaje que no es el suyo, el que han aprendido en su casa, el que hablan con sus familiares y amigos. En lugar de utilizar el lenguaje como una herramienta que de forma

directa modela la realidad que les envuelve, se ven obligados a descifrar primero el código de la herramienta que se les ofrece y que es distinta de aquella a la que estaban acostumbrados. Y aún más, deben enfrentarse al hecho de que su lengua, la que hablan en casa con sus padres y hermanos, con sus vecinos y amigos, no es la correcta, no es la adecuada, no es la lengua del estudio, de los libros y de la cultura. Es una lengua equivocada, que ellos han de corregir o, mejor aún cambiar, para parecerse más a sus conciudadanos de lengua materna catalana, la correcta, la adecuada, la lengua de la tierra.

Lo cierto, así pues, es que la marginación de la lengua materna en la enseñanza afecta mayoritariamente en la actualidad a niños que, además de ser castellanohablantes pertenecen a familias de escasos recursos y la incidencia que pueda tener esa marginación total y absoluta de la lengua materna en el fracaso escolar, en el abandono de los estudios, no se ha cuantificado en Cataluña por la sencilla razón de que no existe una enseñanza pública alternativa que respete el uso de la lengua materna para poder comparar.

Se me dirá que no hay que dramatizar, que la dificultad no es insalvable, y que la prueba está en que los niños catalanes que, durante el franquismo, padecieron la enseñanza en español no se han visto por ello afectados en sus resultados educativos y son en la actualidad personas competentes que han desarrollado estudios posteriores y profesiones de éxito. Probablemente, esto es cierto al menos para la mayoría de los individuos con capacidades cognoscitivas normales y en un entorno sociofamiliar no problemático, pero hay que tener en cuenta, que, a diferencia de lo que ocurre con muchos de los niños castellanohablantes en la actualidad, aquellos niños de lengua materna catalana eran hijos de la clase media, de la burguesía catalana, con más recursos culturales y económicos para paliar las dificultades educativas que la exclusión de la lengua materna en el colegio les pudiera suponer. Por otra parte, aun admitiendo que el resultado final sea el deseable, ¿qué pasa con el proceso educativo? ¿Resulta igual de gratificante y motivador para el niño que estudia en su propia lengua que para el niño que se ve obligado a estudiar exclusivamente en una que no es la suya? Mi experiencia como docente me dice que no.

Si la respuesta fuese que no hay diferencia sustancial, entonces deberíamos admitir también que nuestro gran Josep Benet estaba equivocado cuando afirmaba que los niños eran martirizados al recibir educación en una lengua que no era la suya materna. Naturalmente, habrá individuos que superarán el obstáculo de la lengua con una gran facilidad y sin que ello les suponga trauma

alguno, pero cuando me acuerdo de Dani, no puedo dejar de pensar en todos aquellos que son sacrificados en el sacrosanto altar de la lengua de la tierra sin misericordia alguna. En cualquier caso, lo que mi experiencia profesional me ha enseñado es que sí hay diferencia.

Durante nueve años aproximadamente, me encargué de dirigir en mi instituto un proyecto de teatro escolar. A lo largo de ese periodo, llegamos a representar relatos adaptados, como *Doctor Jeckyll y mister Hyde*, *La isla del tesoro*, *Drácula* y *Cuento de Navidad*; comedias musicales como *Mamma mía* y *Grease*; teatro clásico y contemporáneo como *Romeo y Julieta*, *Antonio y Cleopatra*, *Golfus de Roma*, *La dama boba* y *Tres sombreros de copa*; e incluso nos atrevimos con *La flauta mágica*. A pesar de que algunos profesores consideraban la actividad como una pérdida de tiempo en menoscabo de otros aprendizajes más académicos, yo la valoraba mucho porque a través de ella los alumnos adquirirían múltiples habilidades, como el trabajo en equipo, la valoración de la importancia de la obra bien hecha, la responsabilidad, la expresión artística... A ellos, por otra parte, les entusiasmaba, ya que aparte de interpretar a los personajes, montaban el escenario, hacían su ropa, creaban la coreografía y, sobre todo, perdían su timidez y mejoraban su autoestima. Pues bien, como no era propiamente una actividad vinculada a mi asignatura, sino transversal, las tres primeras obras las representamos en catalán, pero los alumnos, casi todos hispanoamericanos, se quejaban, no se sentían motivados, y me pidieron hacerlas en español. Accedí. La primera obra que representamos en español fue *Mamma mía*, y el cambio fue espectacular. Los alumnos estaban mucho más interesados, actuaban con mayor naturalidad y la obra superó con creces en calidad a las tres anteriores. A partir de entonces decidí que utilizaríamos siempre el español.

El problema de la segregación en razón de lengua, suponiendo que existiera y no fuese meramente el resultado de una división social anterior, si de verdad se quisiera evitar, si no fuera un mero y burdo pretexto tendría muy fácil solución. Bastaría con aplicar el bilingüismo real de la sociedad catalana a las escuelas, con impartir la docencia en catalán y en español, de acuerdo con porcentajes equilibrados.

Parece, además, que para algunas señaladas personalidades de la sociedad catalana esta segregación no supone ningún perjuicio. Dicen que toda la educación ha de ser en catalán para no crear diferencias, sin embargo los hijos de nuestro presidente José Montilla han sido escolarizados en alemán, y los

hijos de Artur Mas en una escuela trilingüe. ¿Cómo es posible que lo que tantos beneficios les genera a ellos, lo que es tan adecuado para sus hijos pueda ser malo para los hijos de los menos afortunados económicamente? Y, en definitiva, y por si todo esto no fuera suficiente para desmontar su argumentación, ¿es que no debe existir en una sociedad democrática el derecho a la discrepancia, el derecho a ser diferente, el derecho a autoexcluirse? ¿Quién está legitimado para impedir que unos padres elijan para sus hijos un modelo lingüístico en la educación diferente al que supuestamente desea la mayoría?

Pero, dejando aparte los posibles perjuicios que la marginación de la lengua materna pueda producirle al niño, la posibilidad de estudiar en la lengua oficial del Estado al cual pertenece debiera de ser un derecho insoslayable en cualquier lugar de España, ¿Cómo es posible que un español o un extranjero no pueda estudiar en España en la lengua oficial del Estado, la lengua común de todos los españoles? ¿Cómo es posible escolarizar a un niño en inglés, alemán, francés o italiano en Cataluña y que no haya modo de hacerlo en español, que es la lengua mayoritaria de Cataluña?

Lo que ocurre en Cataluña, no solo divide a los catalanes entre aquellos a los que se les respeta el derecho a estudiar en su lengua materna y aquellos a los que se les priva de ello, sino que además crea dos grupos de españoles, los que pueden estudiar en la lengua oficial del Estado y los que no.

Es revelador el caso de un amigo madrileño, que trabajaba en una empresa internacional. Por razones diversas, fue destinado a Cataluña durante dos años con la misión de captar clientes y expandir el negocio. Ignacio, que así se llamaba, llegó a Barcelona, en 2010, con sus dos hijos, Carlos y Mónica, de siete y cinco años respectivamente. Para desesperación suya no encontró ni un solo colegio público ni concertado donde escolarizar a sus dos hijos en español.

—¿Cómo es posible? Si me tuviera que quedar aquí muchos años, lo entendería. Mis hijos deberían hacer el esfuerzo. ¡Pero solo voy a estar dos años como mucho! ¿Por qué han de aprender en catalán? ¿Por qué no puedo encontrar ningún colegio en español?

Los hijos de Ignacio eran chicos muy tímidos. Al cambio de casa, barrio y escuela, se añadía el cambio de lengua. No se adaptaron. El niño, especialmente, no dormía ni comía bien, no quería ir al colegio. Al final, Ignacio no tuvo más remedio que separarse de sus hijos y enviarlos de vuelta a Madrid con los abuelos.

También recuerdo en mi instituto a una chica de Polonia, matriculada en la rama sanitaria de formación profesional. Había llegado hacía muy poco a Cataluña con la ilusión de conseguir su titulación. Ella había aprendido español en su país. Cuando llegó a Cataluña se dio cuenta de que, para sus estudios, no le servía absolutamente de nada.

—Yo quiero protestar —vino a decirme a mi despacho—. ¿Dónde puedo encontrar un centro en que pueda estudiar en español?

—Lo siento, pero en Cataluña no lo vas a encontrar. Te entiendo, pero yo no puedo hacer nada. Si quieres presenta un escrito de queja en el Departamento de Enseñanza.

La chica lo hizo, pero no le sirvió de nada.

A veces, también hablaban conmigo padres de alumnos marroquíes que protestaban por la misma razón.

—Yo quiero que mi hijo estudie en español. Si nos vamos de Cataluña, el catalán no le va a servir de nada.

Lo que sí parece no servir de nada en Cataluña es protestar. El muro de la inmersión lingüística es infranqueable y no hay piedad para quienes se quejan. Le llaman inmersión lingüística, pero en realidad, no es tal cosa. La inmersión normalmente es una estrategia adecuada para aprender una lengua extranjera que se aplica durante el tiempo suficiente para ello. Sin embargo, lo que aquí denominan así es el uso exclusivo y excluyente del catalán en la docencia, en todas las actividades escolares, en las relaciones con todos los actores que intervienen, desde el inicio al fin de todas las etapas educativas. Es, en realidad, monolingüismo, pero no les gusta denominarlo así porque no casa muy bien con la idea de pluralidad y diversidad que quieren imprimir a la educación.

Y este monolingüismo se asienta sobre la base de una discriminación, de una injusticia muy poco concordante con la idea de cohesión social pretendida. Es como si en una familia, a un hijo le gustasen los macarrones y a otro el arroz y la madre decidiese que para una mayor armonía familiar en aquella casa los dos hermanos comerían siempre única y exclusivamente macarrones y, pobre del hermano que prefiere el arroz, porque si se le ocurriese protestar sería acusado por la madre de atacar al otro hermano.

Esta es la situación lingüística de la enseñanza en Cataluña. No puede existir cohesión social asentada en la discriminación, en la flagrante injusticia que supone marginar los derechos de unos en beneficio exclusivo de los derechos de los otros.

El tercer argumento es el de la supervivencia del catalán. La inmersión lingüística es necesaria porque sin ella, sin que los niños castellanohablantes sean obligados a estudiar veinticuatro horas de las treinta del horario lectivo en catalán (todas menos las tres de lengua castellana y las tres de lengua inglesa), la lengua catalana correría peligro de desaparecer. El español es un gigante de tal potencia que no necesita protección alguna, en cambio el catalán, una lengua europea minoritaria, pero milenaria, necesita toda la protección del mundo. Nada es suficiente para preservar, promocionar y extender el uso del catalán.

Yo no entiendo cómo una lengua que ha sobrevivido a la feroz dictadura franquista, a su exclusión de las escuelas durante tantos años, una lengua que es cooficial en Cataluña, que es lengua preferente en la Administración puede desaparecer. Dicen los defensores de la inmersión que mientras en la calle se oiga hablar más español que catalán, no se puede hacer ni la más mínima concesión que resquebraje la pétreo solidez de la política lingüística de Cataluña. El argumento que utilizan no hace sino delatar su auténtica pretensión: revertir la realidad sociolingüística de Cataluña. El español es la lengua materna de más de la mitad de la población de Cataluña y, en lugar de respetar esta realidad y reflejarla en la educación y en las instituciones, quieren transformarla de modo que el catalán sustituya al castellano como lengua habitual de la mayoría de los catalanes. Para ello, la escuela es fundamental. En dos generaciones piensan poder conseguirlo. Los niños que ahora son escolarizados desde su tierna infancia en catalán, romperán el vínculo con la lengua materna —de eso se trata— y acabarán por hablarles también a sus futuros hijos en catalán. El proceso puede incluso acelerarse con la colaboración de aquellos padres que aún son castellanohablantes pero que asumen la misión de abandonar su propia lengua para hablarles a sus hijos en la lengua de la tierra. No les importa lo más mínimo que esta política lingüística se contradiga con algunos de los pilares de la pedagogía moderna: la escuela como reflejo de la realidad externa, del entorno, y la escuela inclusiva.

Efectivamente, siempre nos han advertido nuestros doctos pedagogos de que la escuela debe ser el reflejo del entorno en que se encuentra enclavada, de todo lo que hay en ese entorno, menos de la lengua y tradiciones culturales de las personas que lo habitan, siempre que no coincidan con la lengua y tradiciones culturales catalanas. Quizá entienden que esa lengua y ese entorno no catalanes son algo anómalo, algo que hay que corregir o, incluso, erradicar,

extirpar como un tumor que puede extenderse por todo el organismo y acabar con la vida del catalán.

El otro gran mito de la escuela catalana es la inclusividad. Todos los alumnos deben ser atendidos según sus necesidades. No es el alumno el que se ha de integrar o adaptar a la escuela, sino que es la escuela la que se ha de adaptar a las necesidades del alumno, incluyéndolo, no integrándolo. ¡Qué hermoso ideal si se cumpliera también por lo que concierne a la lengua! Pero no, la lengua española es excluida totalmente y, con ella, también lo son las necesidades lingüísticas, el instrumento de comunicación básico y afectivo de muchos de los alumnos.

El argumento de la amenaza de desaparición que se cierne sobre el catalán queda también desmentido por la inclusión de otras lenguas extranjeras en el currículo escolar. En efecto, el nacionalismo no tiene reparos en adoptar el inglés o el francés como lenguas vehiculares. Actualmente, incluso, el Departamento de Enseñanza, liderado por la consejera Irene Rigau, incentiva el bachillerato francés en determinadas zonas de Cataluña. Cuando esto ocurre, por lo visto, la lengua catalana no sufre amenaza alguna, pero si se piden, aunque solo sea tres horas más de enseñanza en lengua española, entonces sí, el edificio puede resquebrajarse, hundirse irremediablemente, y bajo ningún concepto puede permitirse tal cosa.

Nuestra directora de Servicios Territoriales nos lo dejó meridianamente claro cierto día en que nos convocó a una reunión para tratar del tema lingüístico. El Tribunal Supremo había fallado a favor de algunos padres que habían solicitado enseñanza bilingüe para sus hijos. La esclarecida señora nos recomendó encarecidamente que, en ningún caso, accediéramos a peticiones similares que pudiesen producirse, que tratásemos de convencer a los padres de las virtudes de la inmersión, de que esa era la única manera de aprender catalán y de que el catalán iba a ser imprescindible para que sus hijos pudiesen disfrutar de igualdad de oportunidades para estudiar y encontrar trabajo. O sea, dicho crudamente, que si no aprendían bien el catalán, sus niños iban a ser unos inadaptados y fracasados sociales, sin oficio ni beneficio, prácticamente unos desechos humanos y, para evitar tales desgracias, la única forma efectiva era someterse a la inmersión lingüística. ¿Qué padres serían tan desalmados que ante semejante amenaza no eligieran lo mejor para sus hijos, qué padres desnaturalizados iban a privarles a sus hijos de esa varita mágica del éxito que es el catalán?

Cuando al temor le llaman normalidad

Por último, y por si estos tres argumentos manejados por el nacionalismo no convencieran al no creyente, te estampan una apelación al consenso generalizado que la sacrosanta inmersión provoca en la sociedad catalana. No hay voces disidentes, hay unanimidad. Unanimidad puede que la hubiera cuando en 1983 se aprobó la Ley de Normalización Lingüística. Pero lo cierto es que esa ley ha ido cambiando hasta convertirse en otra cosa: ya ni siquiera se respeta la escolarización primera en lengua materna, ya no se respeta el español ni siquiera excepcionalmente. Además, la composición de nuestro Parlamento ha ido cambiando para acoger a fuerzas políticas contrarias a esa política lingüística.

Añaden también como argumento que son muy pocos los padres que piden escolarizar a sus hijos en español. ¿Cómo no van a ser pocos, con los obstáculos que han de superar y con la presión y acoso a que son sometidos los que se atreven? Pero es que además este no debería ser nunca un argumento para denegar un derecho: el grado de calidad de una democracia se mide por su capacidad para satisfacer también las demandas de las minorías. Una minoría que además en este caso está en entredicho porque aún hoy en día la Generalidad no permite a los padres señalar su opción lingüística en los impresos de matriculación. Pero, supongamos que efectivamente son pocos, ¿qué problema supone para el futuro del catalán dar satisfacción a las demandas de unas pocas familias? Quizá es que en realidad temen que sean muchos, quizá el temor es que, si ceden, otros se decidan también a reclamar y el número de solicitudes de enseñanza en español crezca y crezca. Puede que sea eso lo que quieren evitar a toda costa. Peor todavía, de ser así, porque, en este caso, no estarían simplemente vulnerando los derechos lingüísticos de una exigua minoría, sino de muchas personas.

En realidad, la verdadera amenaza al catalán no viene de la presencia del español en Cataluña, no viene del hecho de que en las escuelas catalanas los niños puedan estudiar en las dos lenguas maternas mayoritarias de su población; viene del mismo nacionalismo; de la misma obsesión por la inmersión lingüística destinada a excluir al español. Nunca se puede construir la adhesión a una lengua a través de la imposición; a la larga el desprecio y el maltrato al que el español está siendo sometido en las escuelas catalanas revertirá en desafecto hacia el catalán. Es poco aconsejable tratar de

conseguir que las personas amen una lengua por la vía de intentar arrebatárles su lengua materna. No funcionó con el franquismo y no funcionará tampoco ahora.

En definitiva, los ideólogos de la mal llamada inmersión lingüística, que no es otra cosa que monolingüismo obligatorio, tratan de maquillar con amables pero endebles argumentos lo que no es más que la instrumentalización de la lengua y de la escuela en beneficio de unos objetivos políticos. Con la lengua se construye la nación, porque la lengua es, en el imaginario del nacionalismo, el espíritu de la nación. Y la lengua-espíritu nacional se insufla en la escuela. Pero, como muchos niños llegan al colegio contaminados por una lengua materna ajena, la de los colonos, la de los invasores, hay que romper cuanto antes ese vínculo contaminante, vaciar el alma de los niños de esa lengua extranjera que socava la unidad lingüística de la nación, e insuflarles por todos los medios en sus mentes infantiles la llama de El Canigó. El nacionalismo trata de envolver la inmersión lingüística en el bello papel de celofán de sus argumentos, pero no pueden evitar que sus verdaderas intenciones se trasluzcan en eslóganes como el de «*som escola*» («somos escuela»). La organización independentista adalid de la inmersión ha empapelado muchos centros educativos con su eslogan «*per un país de tots, l'escola en català!*» («¡por un país de todos, la escuela en catalán!»), sin avergonzarse por la evidente contradicción que se encierra en él. ¿Cómo se puede construir un país de todos, anulando a la mitad del país? ¿Cómo se puede construir un país de todos excluyendo de la escuela la lengua que habla más de la mitad de la población en ese país? Cualquier persona libre de prejuicios considerará que un país de todos ha de incluir a todos sus ciudadanos en su diversidad. Pero el nacionalismo no quiere reflejar ni aceptar la realidad, sino transformarla, revivir un pasado mítico, anclado en los lejanos tiempos en que en Cataluña solo se hablaba en catalán, o inventársela.

EL CHARNEGO AGRADECIDO Y LA SEÑORITA NORMA

«Manolo Vázquez Montalbán dice que a los catalanes no hay nada que los haga más felices que un *charnego* agradecido: se les cae literalmente la baba.

Por simetría, lo que más les debe cabrear es un *charnego* que se plante, que no trague, que no pase por el aro».

JESÚS ROYO ARPÓN,

La Voz Libre, 15 de junio de 2009

C*harnego*, también *murciano*, es la expresión despectiva con la que se denominaba en Cataluña a aquellos inmigrantes procedentes de otras regiones de España que no hablaban catalán. Hoy en día el término está considerado políticamente incorrecto por el tufillo racista que desprende y casi ha caído en desuso con esta acepción. Ahora el desprecio que encerraba aquella palabra se ha transformado o bien en paternalismo benefactor hacia los buenos charnegos, los otros catalanes, como los bautizó Paco Candel, o

bien en animadversión iracunda hacia los refractarios. Últimamente, sin embargo, la palabra ha vuelto a ponerse de moda y ha adquirido nuevas y múltiples connotaciones. Por una parte se autodenomina *charnego* aquel que quiere reivindicar el orgullo de sentirse español en Cataluña sin renunciar a sus orígenes, pero también aquel otro que está orgulloso de sentirse catalán a pesar de sus orígenes foráneos. Por otra parte, algunos se refieren irónicamente a este último tipo de personas con la expresión entre irónica y despectiva «*charnego* agradecido».

¿Quién es realmente el «*charnego* agradecido»? ¿Por qué, en qué momento un *charnego* decide convertirse y entregarse en cuerpo y alma a la causa del nacionalismo? Siempre me ha llamado la atención que algunas personas renieguen de sus orígenes y de sus señas de identidad para pasar a adoptar las de otros. En la Cataluña actual resulta ya casi un tópico afirmar que el buen *charnego*, el *charnego* agradecido abraza el nacionalismo con más fervor aún que el catalán de toda la vida. Nada nuevo, en realidad, es la fiebre del converso. Así como los nuevos cristianos debieron acumular méritos para borrar sus orígenes y demostrar la autenticidad de su conversión, el *charnego* agradecido ha de superar en fervor patriótico al catalán de más acendrado linaje: ha de ser el más independentista, el más furibundo enemigo de España y el más apasionado defensor de la lengua catalana. Jesús Royo Arpón lo explica muy bien en un artículo publicado en *La Voz Libre*:

La gratitud equivale, para el *charnego*, a una naturalización, a una «limpieza de sangre». Piensa: «Ya que no soy catalán, para compensar, me haré catalanista». La gratitud del *charnego* se basa en el autoodio: no ser catalán —no hablar catalán— es un defecto de fábrica, una condición impresentable y que hay que superar. Si consigue ser admitido en el círculo del poder, el *charnego* tratará de olvidar/borrar/disimular su lacra original. Se reirá del flamenco, abominará de la fiesta de los toros. Su lengua materna, el castellano, para él será sinónimo de barbarie, privaciones y fracaso.

Quizá el prototipo del «*charnego* agradecido» sea el famoso Pepe Rubianes, actor gallego afincado en Cataluña y fallecido recientemente. Para ser un auténtico catalán, al converso no le basta con hablar catalán y demostrar amor por la cultura y tradiciones catalanas; ha de demostrar no solo que renuncia a sus orígenes, sino que abomina de ellos. Pepe Rubianes fue capaz

de superar este reto como nadie. En un programa de la televisión pública catalana expresó vehementemente su odio y desprecio a España a través de una serie de insultos escatológicos sin que ni el presentador ni el público del programa se escandalizaran lo más mínimo; al contrario, sus exabruptos merecieron los aplausos enfervorecidos del público asistente y la complicidad poco disimulada del presentador, que le rio la gracia. Pepe Rubianes se ganó aquel día como nunca el título de catalán que otros tienen desde la cuna. Rubianes pasó a ser merecidamente «uno de los nuestros».

¿Pero qué es lo que puede inducir a un *charnego* a actuar así? Todos sabemos que el converso actuaba movido por el afán de supervivencia, presionado por un entorno amenazante que lo convertía en motivo continuo de sospecha. Por el contrario, nada impele irremediamente al charnego a someterse de tal modo, a renunciar hasta tal punto a sus raíces. Su vida y su hacienda no corren peligro. Vivimos en una sociedad democrática muy distinta de aquella época medieval en que la indiferencia o la oposición al absolutismo teocrático podían costar la vida.

El *charnego*, ese ser proveniente de otras regiones españolas, afincado en Cataluña, despreciado por Jordi Pujol y por muchos otros catalanes como la que por suerte no llegó a ser mi suegra, o como los padres de la Pruneta, es hoy en día obligado objeto de deseo por parte del nacionalismo catalán. Los independentistas, en minoría por razones demográficas, saben que solo serán capaces de conseguir sus anhelos si suman a su causa a esa gran masa de personas de lengua materna española. Ya avisó Jordi Pujol de que si algún día, por su peso demográfico, los de fuera lograban imponerse, la identidad catalana correría serio peligro. Perdida la batalla demográfica, al nacionalismo no le quedó más opción que atraerlos a su causa, hacerlos de los suyos: si no puedes con tu enemigo, hazte su amigo. Y así es como el nacionalismo fue modelando la figura del *charnego*. Y por suerte para Jordi Pujol, ese peligro ha sido conjurado: «El gran éxito de Cataluña es que ahora mismo haya inmigrantes que se apellidan Fernández o que son chonis y hacen proclamas soberanistas», según dijo en un debate sobre la inmigración en San Adrián del Besós, el 4 de abril de 2014. ¿Cómo no va a caérsele la baba a la burguesía catalana —como decía Vázquez Montalbán— ante un *charnego* agradecido si de eso depende la supervivencia de la catalanidad tal como el nacionalismo la entiende?

Aunque es en estos momentos cuando más prolifera, la especie del *charnego* agradecido siempre ha existido. Yo he conocido personalmente a

más de uno a lo largo de mi vida. Ya nada más recién estrenada la democracia, en 1981, aproximadamente, conocí al primero.

Un adelantado

Esteban apareció un sábado de marzo por la tarde en casa de Julio Oñate. Yo había acabado ya Filología y trabajaba como profesora en la academia Wellthon, pero aún conservaba a bastantes amigos de la universidad, todavía éramos muy jóvenes y vivíamos libres, sin las ataduras de la familia y sin hijos. Habíamos constituido una especie de grupo literario y solíamos reunirnos los fines de semana en casa de uno u otro para comentar nuestras poesías. Aquel sábado tocaba en casa de Julio.

Julio vivía en el barrio de San Andrés, compartía un piso de alquiler con otros dos chicos que aquella tarde no estaban. El piso era desangelado y frío, paredes grisáceas, muebles escasos y oscuros, suelo de terrazo gastado, sin cortinas en las ventanas, sin cuadros, ni adornos de ningún tipo, olor a humedad. Era lo que Julio se podía pagar con su escaso sueldo de camarero, pues aún no había conseguido encontrar trabajo como profesor, que era lo que por aquel entonces él creía que le gustaba. Luego resultó que no, que lo de servir copas era una bendición comparado con aguantar a la chiquillería insurrecta con la que le tocaría lidiar unos años después. Empezamos hablando de poesía como siempre, de los versos barrocos de Chema; de la escuálida y austera prosa de Maite... luego pasamos a debatir sobre los grandes autores del momento: Marsé, Mendoza, Vázquez Montalbán. El humo del tabaco nos envolvía en una nube cálida y sofocante que compensaba la fría humedad de la habitación. Cuando quisimos darnos cuenta habíamos desembocado como siempre en la política. Ninguno de nosotros participaba ya en ella, todos nos habíamos desvinculado de los grupúsculos radicales de nuestra época universitaria, pero aún nos quedaba el gusanillo. Nuestro pasado izquierdista nos había conducido al sendero bien señalizado y sin desniveles del Partido Socialista. Aquella tarde, nuestro tema era el recién abortado golpe de Estado de Tejero. Discutíamos sobre quiénes se ocultaban detrás de Tejero, cuando, no sé a cuento de qué, Julio nos dijo que había

invitado a un amigo de Esquerra Republicana que no tardaría en llegar. Nos sorprendió, porque entre nosotros no había nadie próximo a ese partido. Tampoco en la universidad habíamos conocido a militante alguno de esa formación, que, sin embargo, ahora, con la democracia parecía recuperar la fuerza que tuvo en la Segunda República. ¿Cómo era que él tenía contactos con gente de Esquerra?

—Es un colega del trabajo. Camarero, como yo.

—Será de Vic, por lo menos, ¿no? —preguntó alguien, con sorna.

—¡Qué va, es de Almería como yo!

No salíamos de nuestro asombro. Hoy no nos sorprendería mucho, pero entonces, que un camarero andaluz militase en Esquerra Republicana resultaba alucinante. Estábamos deseando conocer a aquel raro espécimen.

Esteban Pradillo Ojuela resultó ser una persona de lo más normal. Bajito y delgado, con una negra y ondulada melena, ojos rasgados, oscuros y muy bonitos y marcado acento andaluz. Él no había estudiado en la universidad como nosotros y no aspiraba a ser profesor como Julio. En cambio, parecía que podría hacer carrera política, pues, según nos contaba, ya daba mítines en los barrios del cinturón industrial de Barcelona para convencer a los obreros de las bondades del nacionalismo. Estábamos impresionados. Esteban no sabía decir ni una palabra en catalán. No pude evitar preguntarle:

—¿Cómo es que tú das mítines de Esquerra si no hablas catalán?

—Eso es igual. A ellos no les importa. Lo importante no es la lengua, es sentirse catalán.

—¿Y tú te sientes catalán?

—Claro. Vivo aquí y trabajo aquí. Esta tierra me da de comer. Lo menos que puedo hacer es agradecérselo sintiéndome catalán.

—¡Pero es más que sentirse catalán, es abominar de España!

—A mí España qué me importa. A mí España no me da de comer. Yo soy andaluz y republicano, no español.

La actitud de aquella premonición de Rufián mereció diversas interpretaciones por parte de los miembros de nuestro grupo. Unos decían que era un tío raro, una especie de friki, del que se aprovechaban los de ERC para captar votos en los barrios de obreros; otros opinaban que Esteban no era tan tonto, que debía recibir alguna compensación económica por dejarse utilizar como cebo para los *charnegos*. Nunca llegamos a descubrir la verdad.

Lo vi pocas veces más y no sé qué fue de él. Si volvió para Almería, si encontró acomodo en el partido o si desempeña alguna labor actualmente en

Súmate, la organización que integra a los castellanohablantes partidarios de la independencia. Lo que sí sé es que posturas como las de Esteban ahora no son tan extrañas, ni mucho menos.

El nacionalismo ha conseguido seducir desde entonces a muchos castellanohablantes. La labor empezó como siempre a través de la lengua, a través de la llamada política de normalización lingüística. Los ideólogos de la normalización crearon un personaje, la simpática señorita Norma, que con aire informal y amplia sonrisa te invitaba a hablar en catalán: «*En catalá, si us plau*» («en catalán, por favor»); «*El catalá, cosa de tots*» («el catalán, cosa de todos»). Conscientes de la potencia que ostentaba el español en Cataluña, como lengua de más de la mitad de la población, idearon una estrategia que incitara a todos los catalanes, fuese cual fuese su lengua materna, a utilizar el catalán, a convertirla en la lengua de todos, en nuestro nexo de unión y nuestra seña de diferenciación respecto al resto de España. No tardó en producirse un bonito romance entre nuestra señorita Norma y nuestro «*charnego agradecido*». Juan Marsé, ya se ha dicho, describe magistralmente, en clave irónica, esta conmovedora historia de amor en *El amante bilingüe*.

Pero la seducción personificada en la simpática Norma se apoyaba también en otros incentivos. El más simple de estos, aunque no el menos efectivo, era el caramelo del ascenso social y el progreso económico. Si no eres, si no te sientes catalán no progresarás en tu empresa, en tu trabajo, en tus relaciones sociales, no saldrás de la miseria. La mayoría de los padres aceptan sin rechistar la inmersión lingüística porque les convencen de dos cosas: que sus hijos no serán nadie en Cataluña si no dominan el catalán y que la única manera de conseguir este dominio es recibiendo la enseñanza exclusivamente en catalán. Para aprender español, con dos o tres horitas a la semana es suficiente, ya lo hablan en su casa o en la calle. Lo que no les explican es por qué no puede dominarse el catalán suficientemente con un modelo de enseñanza bilingüe. Tampoco les explican que el nivel culto de una lengua no se adquiere normalmente por el mero hecho de hablarla en la familia y, menos aún, en la calle. Otro misterio del que no les hablan es cómo los niños catalanohablantes de la Cataluña profunda consiguen milagrosamente aprender español, dicen, con solo dos o tres horas de clase mientras que sus hijos castellanohablantes necesitan veinticuatro horas para hacer lo propio con el catalán ¿Son menos inteligentes? ¿Es que no es necesario en Cataluña un buen nivel de español para progresar y encontrar trabajo?

Sea como sea, los padres observan su realidad circundante y captan el

mensaje. Ven que la gente que tiene mejores casas, mejores trabajos, más educación y que vive en barrios selectos, normalmente habla catalán. De ahí deducen que para ser como ellos, para tener las mismas cosas que ellos poseen, hace falta hablar como ellos.

Historia de Isabel

Esó fue lo que seguramente debió de pensar Isabel, la madre de una compañera de clase de mi hija en un colegio de Castelldefels. Corría el año 1992. Asistíamos a una reunión de padres convocada por los tutores para hablar del primer trimestre del curso. Los niños recibían ya toda la enseñanza en catalán. Estaban aprendiendo a leer exclusivamente en esta lengua. Ni una palabra en español, ni una canción, ni un cuento. A mí, se me ocurrió pedir que también se les enseñase en español, que era, además, la lengua materna de la mayoría de los niños de aquel colegio. Se hizo un silencio sepulcral. Las tutoras no sabían qué responder. Quizá ellas estaban de acuerdo conmigo, pero se veían obligadas a lo que hacían. Quizá la subvención que el colegio recibía dependía de que aplicasen la inmersión lingüística. Entonces habló Isabel visiblemente ofendida. Dijo que le parecía increíble que se plantease esta cuestión. Que lo mejor para los niños era que se les enseñase en catalán porque era la lengua de Cataluña y que pedir enseñanza en español era sembrar división y atacar a nuestra lengua. De nuevo se hizo el silencio. Nadie replicó. Yo me quedé muda, sorprendida ante aquella contundente reacción y perpleja por la expresión que Isabel había usado, «nuestra lengua».

—Cuando dices «nuestra lengua», ¿a qué lengua te refieres? —le pregunté.

—Al catalán, naturalmente.

—¿El catalán es tu lengua?

—El catalán es la lengua de los catalanes y yo soy catalana.

Yo sabía que Isabel no hablaba en catalán. Jamás la había oído decir ni a ella ni a su niña una sola palabra en esta lengua. No sabía si reír o echarme a llorar. Le pregunté de nuevo:

—Entonces, ¿la lengua en la que estás hablando no es tu lengua?

Dudó un momento, pero enseguida contestó con desparpajo:

—Ya te he contestado que nuestra lengua es el catalán.

No quise insistir más y lo dejé correr. Isabel no tenía como propia la única lengua en que sabía hablar, en la que le hablaba a su hija, a su marido, a sus padres... La construcción nacional de Isabel se había quedado inconclusa. Había renunciado a su identidad, pero había sido incapaz de adquirir plenamente la nueva identidad, pues le faltaba el sello, la marca que solo la lengua podía imprimir. Era algo así como un ser inacabado, a medio hacer; era como alguien que se hubiera desprendido de sus antiguos ropajes para empezar a ponerse otros nuevos, pero se quedó a medio vestir porque el nuevo traje no le entraba. Así iba ella por el mundo, semidesnuda, exhibiendo sus interiores nacionalistas, pero incapaz de cubrirse con el decoro que solo el traje de la lengua puede dar. Me dio pena.

Isabel tendría por entonces unos treinta y cinco años, como yo. Por conversaciones anteriores que habíamos mantenido, sé que era muy de izquierdas. Llegó a Barcelona desde Andalucía con una hermana mayor por los años setenta. Empezó a trabajar pronto en un supermercado como reponedora y no tardó en afiliarse a Comisiones Obreras. Para ella izquierda y nacionalismo catalán eran sinónimos opuestos a otro par de sinónimos, derecha y españolismo. No era la única que pensaba así. Algo tuvo que ver en ello la propaganda política de nuestra izquierda. Al poco de establecerse en Castelldefells se casó con un chico de Zaragoza que puso una papelería en el pueblo. Luego se separaron e Isabel se trajo a su hermana a vivir con ella.

La hermana, Marina, era distinta. Yo la conocía porque a veces iba a buscar a su sobrina al colegio. Una tarde que coincidimos al recoger a las niñas, hicimos el camino juntas hasta el centro del pueblo. Quedaba poco para la fiesta de Navidad en el colegio y me comentó que su sobrina estaba muy preocupada porque le tocaba recitar una poesía en catalán y le daba mucha vergüenza.

—Es una pena que no hagan algo también en español —le dije yo.

—Sí, yo también lo creo. Pero a Isabel le encanta que lo hagan todo en catalán.

—Sí, ya me di cuenta en la reunión.

—Se ha vuelto una fanática. Yo no lo entiendo. Fíjate que cuando vamos al pueblo de vacaciones se pone a hablar en catalán con la niña delante de toda la familia, y les dice que ella ya no es andaluza.

—¿En catalán? Pero si nunca la he oído hablarlo.

—Porque aquí le da mucha vergüenza porque lo habla muy mal. Pero allí,

como no saben si lo habla bien o mal...

Isabel presumía en su pueblo de ser catalana y de tener una nueva lengua que aquí no se atrevía a hablar. Isabel pensaba que expresándose en catalán delante de sus paisanos se convertía en alguien superior a aquellos pobres pueblerinos, en alguien que había ascendido socialmente.

Que Isabel solo fuera capaz de utilizar el catalán en su pueblo andaluz no importaba demasiado. El nacionalismo es indulgente con los que como ella no llegan a la meta pero se esfuerzan en sentirse catalanes; en cambio, no perdona a los que, aun expresándose correctamente en catalán, se obstinan en no renunciar a España. Para ser catalán no basta con hablar catalán: hay que someterse al proceso de nacionalización. Aquellos que hablan la lengua sin haberla hecho suya, sin tenerla por su lengua propia, son falsos catalanes y el nacionalismo los detecta enseguida y los expulsa de su seno. El catalán no puede aprenderse como una lengua extranjera, como una lengua más, sino como la Lengua con mayúsculas, la única, la del pueblo, la de la tierra, la propia. Leí una vez en las redes sociales el comentario de un nacionalista que, en el fragor de un debate, afirmaba rotundamente no soportar a los españolistas que escribían en catalán. Su comentario resultaba esclarecedor: la nación niega a los que llaman españolistas o colonos el derecho a expresarse en catalán porque, a su juicio, no se lo han ganado. El catalán, la sagrada llama de la lengua no puede anidar en un espíritu impuro y les molesta sobremanera que alguien lo use sin que el contenido de su discurso refleje la asunción de los ideales y mitos nacionalistas, porque ello pone en evidencia algo inadmisibles, que se puede ser catalán y español a la vez.

Si tuviera que explicar en qué consiste el proceso de nacionalización, creo que nada podría describirlo mejor que la experiencia mística. La nacionalización es un camino de perfección que conduce a la unión del *charnego* con la nación, de la misma manera que las vías de la mística, en la poesía de san Juan de la Cruz, conducen a la unión del alma con Dios.

El buen catalán de orígenes foráneos, el *charnego* agradecido, debe, como condición imprescindible para ser acogido en el seno de la nación, renunciar a sus orígenes, incluso olvidarlos. Ese es el peaje que tiene que pagar y la única forma de demostrar a Cataluña su inmenso agradecimiento; pues, así como la vida es un don de Dios, todo cuanto el *charnego* posee es el fruto de la generosidad de Cataluña y en modo alguno el producto de su trabajo. Así que el *charnego* debe estar eternamente en deuda con esta tierra, como el ser humano con su creador. Por ello, ¡qué menos que renunciar a la propia

identidad!, a una identidad que lo liga a una tierra ingrata y desalmada como el pecado original, el pecado que ha heredado de sus ancestros invasores; una tierra que, al contrario que la generosa Cataluña, lo mataba de hambre y lo expulsó de su seno. Romper con las raíces, liberarse de los orígenes, es el primer tramo, la vía purgativa, de este camino de perfección que conduce a la fusión con la tierra, a la unión mística con Cataluña.

Al atravesar la vía purgativa, el *charnego* rompe los lazos con su pasado impuro, deja de ser español, pero la travesía solo culmina cuando es capaz de dar el salto que hay entre la afirmación «me siento más catalán que español» a «me siento solo catalán». En ese momento, el *charnego* purificado está preparado para iniciar la vía iluminativa, aquella en que guiado por la divina llama de la lengua alcanzará por fin la unión mística con la patria catalana.

Desprenderse primero de los orígenes identitarios y luego de la lengua materna para adoptar como propia la lengua de la tierra, este es el proceso, aunque, en los niños, el orden de las etapas se invierte. Como ellos no son conscientes aún totalmente de sus vínculos identitarios, no es casi necesaria la vía purgativa y se empieza directamente por la iluminativa, insuflando en ellos la lengua de la tierra sin que casi dé tiempo a que la materna oponga resistencia.

Pero, a veces, hay individuos que, a pesar de que emprenden con entusiasmo su camino de perfección hacia la identidad catalana, no acaban de llegar nunca a la meta, se quedan a medio camino cual extraños híbridos que, habiendo perdido ya en gran medida o totalmente su antigua identidad, no han conseguido rellenar con la nueva los huecos que aquella ha dejado. Es lo que le pasaba a Isabel. Es lo que les pasa también a ciertos profesores que conozco.

En la enseñanza, ya desde hace tiempo, es normal encontrarse con un profesor de Cuenca, o de Aragón, o de Murcia, o de Andalucía que decide hablar en catalán con todos sus compañeros, incluso con los que comparten su misma lengua materna, y no solamente en el centro educativo, sino también camino del metro, en un encuentro fortuito, en la cafetería... Resulta esperpéntico y penoso presenciar esas conversaciones, oír hablar en catalán a dos que comparten otra lengua en la que podrían expresarse y entenderse con mucha mayor facilidad ¿Por qué? ¿Qué méritos creen que pueden hacer ante uno que como él no es de lengua catalana? ¿Lo hacen por convicción, por temor o por oportunismo, porque piensan que así serán más populares o que se harán perdonar sus orígenes foráneos? ¿Por qué se empeñan en hablar siempre

en catalán, no solo en clase, con los padres de los alumnos, con los otros profesores, sino incluso fuera del centro? No importa que su catalán sea hilarante, no importa que sea un calvario escucharlos hablar en una lengua que se les resiste; ellos persisten, inasequibles al desaliento, sin sentido del ridículo y sin propósito de la enmienda, sin pararse a pensar en lo patético que resulta dirigirse a personas de su misma lengua materna en otra que ni es la suya ni la de ellos y que ni siquiera dominan.

Solo puedo pensar que estas personas han interiorizado por completo el mensaje de la obligada catalanización. Están en pleno tránsito de la vía purgativa y se someten voluntariamente y de buen grado al suplicio del desprendimiento, a la renuncia de la identidad propia esperando fundirse con la nación catalana, anhelando que la llama de El Canigó ilumine sus almas purificadas, desatadas ya de los pecaminosos vínculos que les unían al mundo tenebroso del Maligno. Lamentablemente, algunos no alcanzan nunca la plenitud y permanecen para siempre en la penumbra.

Y es que el idilio del *charnego* agradecido con la señorita Norma no siempre da los frutos apetecidos. A menudo engendra extrañas criaturas sin lengua, como Isabel, o criaturas híbridas de lengua deforme, que se expresan en un idioma que ya no es español ni tampoco catalán, criaturas que quieren y no pueden llegar a la cima de El Canigó, pero que hacen como si efectivamente hubieran llegado, mientras que los auténticos amos de la llama, los que, de forma natural y sin sacrificio alguno, están poseídos del espíritu de la nación fingen creérselo también para no desanimarlos, no sea que a estas pobres criaturas a medio hacer se les ocurra desandar el camino y volver a sus oscuros orígenes, a la sima donde habita el enemigo.

En la sociedad estratificada del nacionalismo, los charnegos agradecidos, híbridos o no, ocupan un puesto intermedio entre los auténticos catalanes, los que nacen limpios de culpa, con un espíritu puro, iluminado por la llama de la lengua catalana, los que no necesitan emprender ningún camino de perfección, y los colonos o invasores, también llamados *charnegos* a secas, o murcianos, aquellos seres refractarios al nacionalismo, que se empeñan en permanecer en la sima de la oscuridad.

¿Pero cómo consigue el nacionalismo empujar al *charnego* para emprender el penoso camino que conduce a la cima de El Canigó? Para tal empresa no basta con los incentivos materiales. Hacen falta otros recursos. En la sociedad teocrática, el poder contaba con medios de coerción expeditivos para obligar al hereje a convertirse; en una sociedad democrática como la

nuestra la coerción es más sutil, suele valerse del adoctrinamiento en tres ideas fundamentales, la singularidad o diferencia entre ellos (España) y nosotros (Cataluña), el victimismo (ellos son los malos y nosotros los buenos) y la superioridad (nosotros somos mejores que ellos), propagadas a través de la escuela, los medios de comunicación y los partidos políticos.

Precisamente, el llamado desencanto que ya en los años ochenta fue apoderándose de muchos antiguos militantes y simpatizantes de la izquierda en Cataluña tiene mucho que ver con la defensa del nacionalismo que enarbolaron todos los partidos de izquierda catalana.

¿Qué hacía yo votando a los señoritos catalanistas?

Muchos de mis antiguos compañeros de universidad, y yo misma, nos habíamos desvinculado de la participación activa, pero no así del interés por la política y nuestros corazones seguían latiendo al ritmo de la izquierda. En las primeras elecciones democráticas después de la muerte de Franco, las del 15 de junio de 1977, yo voté al Partido Comunista de España y animé a mis padres a que también lo hicieran. A pesar de su pasado estalinista, pensé que el comunismo era la opción mejor para la España posfranquista, pero ya en 1982 mi voto emigró al Partido Socialista Obrero Español (PSOE). En Cataluña el representante del PSOE era el PSC, un partido socialista, pero también catalanista. Sus dirigentes, Raimon Obiols, Pasqual Maragall, Joan Raventós, eran miembros de la alta y adinerada burguesía catalana. No tardé en tener que preguntarme qué pesaba más en ellos, si los ideales socialistas o los nacionalistas. Compartían al cien por el cien el discurso nacionalista, sobre todo por lo que hacía a la lengua y la cultura catalana. Votaron a favor de la ley de inmersión lingüística y la siguen defendiendo a capa y espada, contra viento y marea, hasta el día de hoy. No parece que se acuerden mucho de las palabras que su candidato al senado Josep Benet pronunció en 1977 sobre el inhumano suplicio que se infligía a los niños obligándolos a estudiar en una lengua que no era su lengua materna. La nación catalana, su

singularidad, sus derechos históricos constituían las señas de identidad del socialismo catalán más que la defensa de los derechos de los trabajadores. Su discurso henchido de fervor patriótico, la apabullante exhibición de banderas catalanas, pero nunca española, en sus mítines y celebraciones, todo ello acabó por distanciarme de ese partido y finalmente en 1989 pasé a formar parte del nutrido grupo de los abstencionistas. Muchos como yo quedamos huérfanos de representación política. Nos sentíamos de izquierdas, pero no había un solo partido de izquierda no nacionalista, ni un solo partido en el espectro de la izquierda catalana que defendiera el derecho de los niños a estudiar en su lengua materna, aquel derecho que en los años setenta consideraban sagrado aquellos mismos que ahora lo ignoraban.

Mientras los dirigentes del PSC provenían de familias de la gran burguesía catalana y actuaban movidos por sus ideales nacionalistas, los votantes cuyos intereses decían representar eran principalmente obreros del cinturón industrial de Barcelona, procedentes de la inmigración. Cuando pienso en esa paradoja, me viene a la memoria lo que una vez me dijo Joan, mi primer novio. Él reconocía, casi a su pesar, que, aunque era comunista, se sentía más identificado con un burgués catalán, por el hecho de ser catalán, que con un obrero español. Para él, como para los dirigentes del PSC, el componente nacional se imponía sobre cualquier otro ideal. Si esto le sucedía a Joan, que, a fin de cuentas era el hijo de un obrero, ¿cómo no iban a identificarse más con lo catalán que con lo obrero aquellos señoritos catalanes que quizá solo conocían a los trabajadores como empleados suyos o como masa anónima a la que lanzar discursos en los mítines? ¿Qué era para estos grandes burgueses ilustrados un obrero, sino un ser literario o un ente abstracto de la lucha de clases? Conscientes de lo que los separaba de sus bases, pretendieron llenar este vacío nacionalizando a la clase obrera castellanohablante. Debían ganar para la causa de Cataluña a los obreros de la inmigración, y así fue como el Partido Socialista se convirtió en el aliado imprescindible del nacionalismo. La división social en Cataluña coincidía con una fractura nacional: el grueso de la clase alta y media era de orígenes catalanes y el grueso de la clase obrera era de origen foráneo y hablaba español. Para corregir una división que podía dar lugar a dos Cataluña e imposibilitar la construcción nacional, había que catalanizar a la clase obrera. La sociedad continuaría dividida en clases sociales, pero estaría unida por el vínculo del espíritu nacional. Esta inmensa labor solo podía realizarla con éxito la izquierda, porque solo a la izquierda escucharían los obreros. Así fue como el PSC les vendió a los obreros la

píldora del nacionalismo catalán envuelta, como un caramelo, en el atractivo celofán de las reivindicaciones sociales. Así fue como el sentimiento nacional lo inundó todo de banderas catalanas, de la lengua catalana, de sardanas, castellers... Todos los signos de identidad de la nación debían estar presentes en todos los eventos, y en todas las instituciones.

Para mejor persuadir a los obreros de su necesaria conversión al catalanismo, se fraguó la identificación entre españolismo y fascismo. Si continuabas sintiéndote español, si no abrazabas los ideales del nacionalismo catalán, no era solamente que no fueses un buen catalán y un desagradecido irredento, sino que además, es que eras un fascista. Así es como se fue asimilando simbología nacional española, bandera, escudo, himno, incluso Real Madrid, con fascismo. Lo sorprendente es que esta asimilación prendió también en el Partido Socialista Obrero Español y, en general, en la izquierda española. ¿Alguien ha visto alguna vez una bandera de España en las manifestaciones de los sindicatos españoles, en las manifestaciones del Primero de Mayo, en los actos electorales de los partidos de izquierda? Últimamente algo ha cambiado, es cierto. Hace poco, el líder del PSOE, Pedro Sánchez, nos sorprendió a todos exhibiendo una gran bandera española en un mitin de la campaña electoral catalana. Tuvo que arremeter el nacionalismo contra España con toda su fuerza, amenazando con la secesión, para que esto ocurriera.

Así es que llegó un momento en que me pregunté, ¿qué hago yo votando a este partido? Recuerdo perfectamente cuál fue la gota que colmó el vaso: las declaraciones de uno de los dirigentes del PSC, Jaume Sobrequés, en un programa de la Cadena Ser. El hombre iba en las listas del PSC y era comentarista deportivo en un programa de esta emisora. Gran hinchada del Barça, sus opiniones destilaban odio contra el Real Madrid, el equipo cuyos partidos escuchaba mi padre con devoción en aquel viejo armatoste de grandes teclas blancas como un piano cuando yo era niña, y, aunque a mí me aburría el fútbol, solo por eso, el Real Madrid era el equipo de mis amores y Jaume Sobrequés no podía caerme bien. Pero, bueno, el fútbol al fin y al cabo no era más que fútbol. Un día, sin embargo, no recuerdo a cuento de qué, aquel hombre dijo algo en el programa contra España, algo así como que a él España no le importaba lo más mínimo, además lo expresó con un desprecio indisimulado e insultante en su tono de voz. Me pregunté, ¿qué hago yo votando a este hombre, que va en las listas del PSC?, ¿qué hago yo contribuyendo con mi voto, despreciable para él, porque yo soy española, a

que obtenga un escaño en el parlamento de Cataluña? Si hubiera podido dejar de votar al PSC y continuar votando al PSOE, lo hubiera hecho. Pero esto no era posible porque en Cataluña iban coaligados. No quería votar a la derecha, pero tampoco podía votar a la izquierda. Y así me quedé como muchos sin nadie a quien votar.

Durante mucho tiempo, fue digno de comentario cómo muchas personas, especialmente ancianos de clase obrera, acudían a votar pidiendo la papeleta de Felipe González. Los pobres no sabían que la papeleta que les daban incluía a personas como Jaume Sobrequés, personas que no se sentían en absoluto españolas, que despreciaban a España, que querían excluir la lengua española de las instituciones y de la enseñanza en Cataluña, y, si fuera posible, también de las calles y de las familias.

Por aquellos años, se había constituido en Castelldefels el grupo literario Alga, con el apoyo del ayuntamiento de esta población, que llegó incluso a publicarle una revista homónima. Sus miembros se reunían los fines de semana, casi todos los sábados, en casa de algún miembro del grupo o en algún bar del pueblo, para leer y comentar sus poesías. Yo no llegué a formar parte del grupo, pero asistí a algunas reuniones que se celebraron en mi casa, pues mi marido y antiguos amigos eran miembros del grupo. Como sucedía antaño en aquellas reuniones también poéticas en que conocí a Esteban, el andaluz de Esquerra Republicana, inevitablemente la poesía acababa dando paso a la política, y entonces todos acababan por quejarse de la conversión del Partido Socialista en organización nacionalista. Sobre todo lamentábamos su adhesión inquebrantable a la inmersión lingüística, su obsesiva oposición al derecho de los niños a estudiar en su lengua materna. Criticábamos también la actitud hipócrita de un partido que solo utilizaba el español en periodo electoral para captar los votos de los obreros. Todos estábamos de acuerdo en que el Partido Socialista estaba traicionando a sus electores al abdicar de la defensa de sus derechos lingüísticos y al supeditar sus intereses de clase a los objetivos del nacionalismo. Todos estábamos de acuerdo en que no teníamos a quien votar.

Eso no debió de pasarnos a nosotros solos, porque la abstención en las elecciones autonómicas fue creciendo y creciendo y los partidos de izquierda perdiendo cada vez más y más votantes en favor de la derecha nacionalista. Sorprendentemente, el análisis que hacía el PSC en cada contienda electoral era que, para mejorar los resultados, debía ser más y más nacionalista. Así fue como finalmente no llegó a diferenciarse casi en nada de los nacionalistas

oficiales. Nunca se les ocurrió pensar que quizá era precisamente su identificación con el nacionalismo lo que les alejaba de su electorado natural y les hacía perder votos que iban a la abstención. Llegó un momento en que en el Parlamento de Cataluña, las diferencias respecto a las cuestiones sociales y económicas eran minucias en comparación con la férrea unidad que suscitaban las cuestiones identitarias y la defensa de la lengua. Cataluña parecía gobernada siempre, ganara quien ganara, por el mismo partido, un partido que bien podría haberse llamado algo así como Partido Único Catalán (PUC).

Pero el PSOE era también responsable. Por conveniencia o por convicción, no lo sé a ciencia cierta, aceptaba lo que estaba haciendo su partido hermano en Cataluña. Hasta que ya no le fue posible consentir más, hasta que el nacionalismo planteó el reto definitivo. Aun así, el socialismo catalán, amparado por las siglas del PSOE, si bien no acepta el llamado derecho a decidir y mucho menos la secesión, continúa defendiendo férreamente la inmersión lingüística, como un dogma de fe intocable, y el ideal de la construcción nacional.

El Partido Socialista de Cataluña alcanzó su mayor éxito en la empresa de ganar para la causa nacionalista a los obreros castellanohablantes cuando consiguió que un representante de la inmigración, un cordobés llamado José Montilla, fuese elegido presidente de la Generalidad de Cataluña. José Montilla encarnaba el triunfo del *charnego* agradecido, la prueba irrefutable de que si un inmigrante se sentía totalmente catalán podía llegar hasta lo más alto en Cataluña, hasta presidir el gobierno de la Generalidad. Él constituía el ejemplo máximo de cómo un *charnego* que pone empeño logra desprenderse de sus orígenes e impregnarse de la nación catalana, fundiéndose con ella, llega a erigirse en su máximo representante. A José Montilla ya ni se le notaba que fuese andaluz, ni por el acento, ni por la gracia o salero que se les supone a los andaluces. Soso y poco hablador (quizá por el hecho de que al tener que expresarse en catalán se cohibía, no sé), nadie que no lo supiera diría que Montilla era andaluz.

Sin embargo, una ilustre dama vino a echar un jarro de agua fría sobre las ilusiones que el caso de Montilla podía despertar en algunos *charnegos*. En marzo de 2008, en la revista *Lo Nuestro. La Radio Escrita*, el presidente del grupo Teletaxi, Justo Molinero, entrevistaba a doña Marta Ferrusola, la honorable esposa del honorable expresidente Jordi Pujol i Soley. Preguntada por Justo Molinero sobre si le molestaba que el presidente de la Generalidad fuese andaluz, doña Marta contestó:

—Un andaluz que tiene el nombre en castellano, sí, mucho. Y además pienso que el presidente de la Generalidad debe hablar bien el catalán.

Ser catalán, auténtico catalán, no está al alcance de cualquiera. Se necesitan apellidos, probablemente más de ocho, orígenes enraizados en la tierra, se necesita ser verdaderamente catalán y se necesita la lengua. Y la lengua no es cualquier cosa. No basta con conocer la palabra exacta, la expresión adecuada, la sintaxis correcta, siempre te delatará tu acento o tu falta de acento, tu fonética, la manera de pronunciar las consonantes fricativas o las palatales, tu entonación. De esta manera, doña Marta echaba por tierra las esperanzas de quien pudiera llegar a creer que esforzándose, que realizando el camino de perfección, mostrando agradecimiento y adhesión incondicional a la Cataluña que dice que le da de comer, desprendiéndose diligentemente de los orígenes pecaminosos, de la lengua equivocada con que nació, uno podía llegar a hacerse perdonar su pecado original. Pero no. Doña Marta Ferrusola lo dejó bien claro. Muchos son los *charnegos* y sin su concurso es imposible construir la nación; se necesita su colaboración para la causa; ellos son los peones de la gran obra, pero los elegidos solo pueden ser auténticos catalanes; la cúspide de la nación solo puede ser ocupada por un catalán de toda la vida. Ahí es cuando la señorita Norma le da calabazas al enamorado y agradecido *charnego* que la pretende.

ESPAÑA NOS ROBA

«Los catalanes quieren leyes justas,
a excepción de la ley de aduana,
que debe ser hecha a su medida.
Quieren que cada español que
necesite algodón pague cuatro
francos la vara, por el hecho de que
Cataluña está en el mundo.

El español de Granada, de Málaga o
de La Coruña, no puede comprar
paños de algodón ingleses, que son
excelentes, y que cuestan un franco
la vara».

STENDHAL,

Mémoires d'un touriste, tomo III,
1839

Una pareja crédula

Conocí a Emilio y a Pilar en un parque de Castelldefels al que solía llevar a mi padre durante su último año de vida. Ellos venían casi todas las tardes y solían sentarse en nuestro mismo banco o en uno próximo. Así fue como trabamos conversación con ellos y nos enteramos de que eran también manchegos como mis padres. Emilio tenía entonces setenta y cinco años y llegó a Barcelona con veinte. Su tío, que era cocinero en un bar de la Barceloneta, lo acogió en su casa y consiguió colocarlo de camarero en el mismo bar. Allí conoció a Pilar, la chica que se encargaba de limpiar el local. Ella tenía entonces solo quince años. Al año se casaron y desde entonces estaban juntos. Se notaba que se querían mucho. El hombre estaba bastante mal de salud y apenas podía caminar. Ella, que a sus setenta años se conservaba muy bien, era su báculo y su consuelo. Vivían en un humilde piso de su propiedad por allí cerca, con su hija Juani, su yerno, Isidro, y sus dos nietos. Juani e Isidro rondaban los cincuenta años y hacía poco más de un año que estaban sin trabajo. El nieto mayor, de veinte años, conseguía de vez en cuando algún contrato temporal como reponedor de supermercado y la pequeña aún estaba en el instituto. Las pensiones del matrimonio eran prácticamente el único sustento de toda la familia. Así que en un modesto piso de sesenta metros vivían seis personas que vestían y se alimentaban con las exiguas pensiones de los abuelos.

Emilio contaba que había estado hacía poco en su pueblo, en la provincia de Toledo, como el de mis padres, y que allí nadie trabajaba y todo el mundo vivía de subvenciones; que en Alcázar habían construido un hospital de lujo mientras que el Hospital de San Lorenzo, el que correspondía a los vecinos de Castelldefels, era viejo y estaba saturado.

—Y todo eso se lo pagan con los impuestos de los catalanes. Mientras tanto aquí no tenemos donde caernos muertos. ¡Ya podrán, con lo que nos roban a los catalanes!

A Emilio y a su mujer no había manera de convencerles de que las cosas no eran tan simples como ellos creían. Y es que, desde hace ya años, se ha ido imponiendo en Cataluña la idea de que los catalanes pagamos muchos impuestos y de que esos impuestos en lugar de revertir en nuestras infraestructuras y nuestro bienestar se van a otras zonas de España que se aprovechan de la riqueza que aquí generamos para vivir a nuestra costa e incluso mejor que nosotros.

—Yo no soy independentista —decía el hombre—, pero que nos dejen nuestros impuestos.

Si aquel matrimonio, que provenía de La Mancha, que mantenía aún intactos los lazos afectivos con su pueblo de origen, pensaba así, ¿qué se podría esperar de otros?

Hay que reconocer que la propaganda nacionalista sabe fabricar eslóganes y, sin duda, uno de los que más éxito le ha reportado es el famoso «España nos roba». Es corto, sintético y de una gran plasticidad; logra transmitir su mensaje sin necesidad de que el receptor haya seguido un curso de economía. El truco de su efectividad está en la hábil utilización de dos figuras literarias, la personificación y la sinécdoque, que son las que permiten al nacionalismo proceder a la anulación del individuo y transferir sus atributos a la nación, la totalidad que los subsume. En este caso, España aparece representada como una persona, un ladrón, que roba a un nosotros, los catalanes. Pero además, al mecanismo de la personificación se añade el de la sinécdoque: cada español, cada parte del todo que es España, se subsume en esa totalidad personificada en España. Así las iras de la población catalana que se siente expoliada se dirigen no a un partido político o un gobierno, sino a todos los españoles.

No cabe duda de que esta forma de construir el eslogan adultera en buena medida la verdad que pudiera encerrar, si fuera el caso. Pero lo cierto es que, dejando de lado la manipulación de la realidad que ya de por sí implica el uso de recursos literarios, los datos históricos no solo es que no avalan la idea de que España robe a Cataluña, sino que, si algo vienen a demostrar, es justamente lo contrario.

La historia ocultada

Hubiera podido explicarles a Emilio y Pilar quién había robado a quién a lo largo de los siglos. El tema de las relaciones económicas entre Cataluña y España siempre me interesó mucho. Ya en la facultad descubrí cómo la riqueza de Cataluña se había edificado en buena medida sobre la base del proteccionismo a su industria textil desde el siglo XVIII, y no hace mucho, navegando por la red, descubrí una página:

<https://mirdig.wordpress.com/2014/12/25/asi-ha-expoliado-cataluna-al->

resto-de-espana-durante-300-anos/

en que se recogían numerosos datos fielmente documentados que avalaban esta teoría y que paso a comentar a continuación.

Ya en 1839 Stendhal criticaba en el Tomo III de sus *Memoires d'un touriste* las leyes proteccionistas españolas que favorecían a la industria textil catalana a costa del perjuicio ocasionado al conjunto de los españoles, obligados a comprar más caro a los catalanes lo que los ingleses podían venderles más barato y de mejor calidad:

Los catalanes quieren leyes justas, a excepción de la ley de aduana, que debe ser hecha a su medida. Quieren que cada español que necesite algodón pague cuatro francos la vara, por el hecho de que Cataluña está en el mundo. El español de Granada, de Málaga o de La Coruña, no puede comprar paños de algodón ingleses, que son excelentes, y que cuestan un franco la vara.

Pero las medidas proteccionistas y la concesión de privilegios y exclusivas comerciales a Cataluña empezaron mucho antes, en el siglo XVIII, con los Borbones, a quienes tanto detestan los independentistas catalanes, y se suceden a lo largo de aquel siglo y el siguiente prácticamente de forma ininterrumpida.

Casi recién acabada la Guerra de Sucesión, Felipe V prohibió, en 1718, la importación de tejidos y de algodón y suprimió las aduanas internas entre Castilla y Aragón, pero no las de Barcelona, que conservó sus derechos de puertas. Además, Carlos III concedió a la Real Compañía Barcelonesa de Comercio, en 1765, privilegios que le permitieron monopolizar el comercio con las Antillas, y en 1771 y 1778 reafirmó la prohibición de importar productos que podían competir con la industria textil catalana.

La política proteccionista continúa con Carlos IV y Fernando VI, durante cuyo reinado aparece, el 5 de noviembre de 1816, en *La Gaceta de Madrid* la orden de continuar con la prohibición de importar «lienzos blancos, pintados o estampados de algodón, y los que tengan mezcla de lino, seda y lana, muselinas, gorros, guantes, medias, fajas, chalecos hechos a la aguja o el telar, flecos, galones, cintas, felpillas, borlas, alamares, delantales, sobrecamas, franelas de algodón y lana y otros cualesquiera géneros semejantes», es decir, todos cuantos productos pudieran competir con los de la industria textil catalana.

En 1820, los proteccionistas fundan la Comisión de Fábricas de Hilados, Tejidos y Estampados de Algodón de Cataluña para defenderse de las medidas librecambistas que querían imponer los exiliados liberales retornados a España durante el trienio liberal. *El Diario de Sesiones de las Cortes* refleja que estas medidas generaron enconados debates entre librecambistas y proteccionistas (catalanes en su mayoría), a partir de la vuelta a España de los exiliados liberales durante el trienio liberal y a lo largo de todo el siglo XIX y primeras décadas del XX. Los liberales, como Martínez de la Rosa, acusaban a los proteccionistas de enriquecer a Cataluña a costa del empobrecimiento de España, mediante unas leyes prohibitivas tiránicas que obligaban a los consumidores a comprar lo peor y lo más caro; los proteccionistas sistemáticamente se defendían diciendo que aranceles y medidas prohibitivas eran por el bien de España, hacían florecer la industria catalana y que lo que convenía a Cataluña convenía también a todos los españoles.

Acostumbrados como estamos a la separación tajante que los nacionalistas trazan entre Cataluña y España, llama la atención que la burguesía catalana del XIX justificase el proteccionismo de su industria en el bien de España. El Fomento del Trabajo Nacional, con sede en Barcelona, asociación fundada en 1771 a la par que la Real Compañía de Hilados y Tejidos de Algodón, se erigió en defensor del proteccionismo alegando que los aranceles y prohibiciones no eran más que sacrificios pasajeros que propiciarían el desarrollo industrial de España. También Juan Güell, padre del que encargó a Gaudí el Parque Güell, contribuyó con fervor a la defensa del proteccionismo, diciendo que este sistema económico constituía la base fundamental de nuestra riqueza y prosperidad. Pero los sacrificios pasajeros que España debía hacer a favor de la industria catalana duraban ya mucho tiempo, desde el reinado de Felipe V, y los liberales clamaban por su fin.

En 1868 la revolución conocida como La Gloriosa abre un periodo que propicia la aprobación de reducciones arancelarias, pero enseguida, en 1869, los proteccionistas contraatacan con la creación de la Liga Proteccionista Española. Frente a ellos, algunos liberales, como Godínez de Paz, establecían incluso una causalidad directa entre el proteccionismo a la industria catalana y el estado de postración económica en que se encontraba España.

Pero, curiosamente, los proteccionistas catalanes apelaban a su españolidad y al bien de España cuando se defendían de las críticas de los liberales. Prueba de ello es la acusación que le lanzó Josep Puig i Llagostera, en 1869, al liberal, también catalán y padre de la peseta, Laureano Figuerola,

cuando este pretendió reducir la presión arancelaria. Josep Puig i Llagostera llamó a Laureano Figuerola traidor a la patria, pero no a la patria catalana, no, sino a España. No menos significativo fue lo que gritaron los proteccionistas catalanes y vascos años después, el 9 de diciembre de 1893, en una famosa reunión celebrada en el Teatro Arriaga de Bilbao para pedir más medidas proteccionistas: «España para los españoles». Naturalmente, los españoles eran ellos.

La reforma arancelaria de Figuerola en 1869 supuso el punto culminante de las medidas librecambistas, pues con la Restauración, en 1875, el proteccionismo volvió a imponer su ley.

Durante este periodo, los proteccionistas catalanes consiguen la aprobación de la ley de 6 de julio de 1882 de Relaciones Comerciales con las Antillas, que les otorgaba la exclusividad del comercio textil con las colonias españolas en América, sin ningún tipo de competencia exterior. Quizá haya que buscar en esta ley proteccionista el origen del malestar de nuestras últimas colonias y de su independencia dieciséis años más tarde. El Círculo de Hacendados de Cuba protestó vehementemente, reclamando la derogación de la ley y la autonomía administrativa para la isla. Resulta irónico que los que de forma más radical manifestaron su oposición a la descentralización de Cuba fuesen los industriales catalanes. ¡Cómo iban a permitir algo que ponía en peligro su monopolio del comercio en la isla! «No es justo, ni lógico, ni patriótico divorciar la madre patria de su provincia ultramarina predilecta». Así se expresaba en 1890, el Fomento del Trabajo, en su respuesta a los cubanos, publicada en *El Economista Español*, con el título «La cuestión cubana».

En julio de 1895 la isla se levantó en armas y en noviembre de 1897 Sagasta ofreció cartas de autonomía a Cuba y Puerto Rico. Pero estas cartas se firmaron por la reina María Cristina sin contar con la aprobación del Parlamento y en contra de la Constitución de 1876. La protesta de los industriales catalanes a través del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona no se hizo esperar. Enviaron una circular a todas las corporaciones proteccionistas de España. Y aunque parezca asombroso para un español de hoy en día, criticaban el decreto apelando a la soberanía de la nación española y al Parlamento nacional.

¡Quién iba a decir que los antepasados de nuestros políticos nacionalistas defenderían la Constitución y a España contra amenazas separatistas como las que ahora sus descendientes perpetran! Claro que ya sabemos que era

principalmente el interés económico lo que alentaba su aparente patriotismo. Y quién sabe si no serán también otros intereses los que se ocultan bajo el fervor por la patria catalana en nuestros independentistas catalanes actuales.

El fin de esta historia es por todos conocida. En 1898 España perdió Cuba, Puerto Rico y Filipinas y, con ellas, la industria catalana perdió también el monopolio de su comercio con las Antillas. La reacción de la burguesía catalana fue culpar a España por su incapacidad para mantener el imperio colonial que tantos beneficios económicos reportaba a su industria, sin reconocer en ningún momento la parte de responsabilidad que le correspondía por haber asfixiado económicamente a los cubanos, obligándoles a comprar exclusivamente los productos manufacturados catalanes.

El proteccionismo continuó en la península, pero combinado ahora con la pujanza de las aspiraciones nacionalistas por parte de una burguesía que ya no tenía en España una fuente de riqueza tan inspiradora de sentimientos patrióticos como antes de la pérdida de las colonias.

Ya en el siglo XX, quizá fuese un escritor, Vicente Blasco Ibáñez, quien con mayor contundencia denunciase la injusticia de las medidas proteccionistas. He aquí el demoledor artículo contra el proteccionismo que Vicente Blasco Ibáñez publicó el 13 de junio de 1907, en *El Pueblo. Diario republicano de Valencia*:

Valencia, que ha sido la Cenicienta del Mediterráneo, en cuyo puerto impera la más honda miseria por culpa de Barcelona, que lo absorbe todo, que es el verdugo de Levante, que quiere convertir toda España en huevo para tragarse hasta la cáscara, que envía a nuestra ciudad sus productos libremente, sin que sufran ningún impuesto a su entrada, y en cambio, la pasa, la naranja y las legumbres valencianas pagan un enorme tributo municipal al entrar en Barcelona; Valencia cuya agricultura muere por imposición del industrialismo catalán, porque catalanes y vizcaínos han conseguido la confección de unos infames aranceles que nos tapian los mercados internacionales para la exportación de nuestra fruta, sometiéndonos a una pérdida anual de más de cien millones de pesetas, que se traduce en hambre y congojas en el campo y languidez en la vida comercial de la ciudad.

No faltaron liberales, como Santiago Alba, que pretendieron acabar con

las medidas proteccionistas a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, durante el reinado de Alfonso XIII, pero sin éxito. Francesc Cambó i Batlle, el cofundador y líder de la Liga Regionalista, primero como ministro de Fomento y, más tarde, como ministro de Hacienda bajo el gobierno de Maura, logró imponer la continuidad del proteccionismo.

Cuando, en 1923, Primo de Rivera proclama la dictadura, es apoyado con entusiasmo por la burguesía catalana, que lo aclama como su salvador no solo por liberarlos de los conatos revolucionarios, las revueltas callejeras y las huelgas, impulsadas por sindicatos y organizaciones obreras, sino por protegerlos de la amenaza al proteccionismo que representaba el liberal Santiago Alba, a quien consideraban un ladrón sin paliativos por querer acabar con los privilegios de la industria catalana. «*És un lladre, és un lladre*», dijo Primo de Rivera que le repetían todos cuantos industriales y comerciantes le visitaron después de la proclamación de la dictadura. La burguesía de entonces, a pesar de sus incipientes veleidades nacionalistas, no gritaba «España nos roba», pero ya apuntaba maneras llamando ladrón a quien pretendía acabar con sus prebendas. En cambio, el dictador Primo de Rivera se convirtió en su benefactor por el simple hecho de prometerles elevar los aranceles a las importaciones.

Después de la Guerra Civil, ya no hicieron falta medidas proteccionistas. La autarquía seguía haciendo posible que la industria catalana dispusiera de forma exclusiva del mercado español. Franco, en lugar de optar por industrializar decididamente todo el país, prefirió mantener la división entre una España agraria y atrasada y una España industrial, prácticamente concentrada en Cataluña y el País Vasco. La España agraria y pobre continuó siendo el mercado donde la España industrial colocaba sus productos, pero también la suministradora de mano de obra barata para las fábricas catalanas y vascas. Así se forjó la riqueza de la España industrial, así se perpetuó la miseria de la España agraria. Así es como tuvieron que emigrar de sus pueblos personas como mis padres, como Pilar y Emilio y tantos y tantos otros que con su trabajo enriquecieron a Cataluña. ¿Puede aún alguien sostener que España nos roba?

Quizá yo podría haber intentado explicarles a Emilio y Pilar todas estas cosas que tan bien detallaba aquella página web; quizá pudieran entonces haberse dado cuenta de que algo tenía que ver la riqueza amasada por la burguesía catalana en los siglos XVIII y XIX con la pobreza de su pueblo y con el hecho de que ellos se hubieran tenido que venir a trabajar a Cataluña;

quizá entonces ellos hubieran comprendido que es de justicia que los impuestos que pagamos cada uno de nosotros, no Cataluña, no Madrid, no Asturias, sino las personas, se redistribuyan y vayan a cubrir las necesidades de los que menos tienen, como ocurre en Cataluña cuando nuestros impuestos sirven para desarrollar las zonas rurales de la Cataluña agraria interior. O como ocurre en Barcelona, cuando con lo recaudado en Pedralbes se construye una biblioteca en La Mina, o cuando con los impuestos de los que más ingresan se pagan subvenciones y becas escolares a los necesitados. Pero ¿por dónde empezar? Para desmontar aquel magnífico eslogan propagandístico de tan solo tres palabras yo necesitaba construir un relato anclado en el pasado. ¿A quién le importa ya el siglo XIX? ¿A quién le importa ya si la riqueza de Cataluña está fundamentada, además de en la cacareada laboriosidad de sus gentes (como si los de otras regiones fuesen vagos) en la pobreza de España? Me pareció que no valía la pena intentarlo. Sin embargo, me atreví a preguntarles:

—Ustedes, ¿por qué creen que Cataluña es más rica que España?

Pilar no dudó en contestar:

—Porque los catalanes siempre han sido muy trabajadores.

Fue una respuesta mecánica, como de alguien que se tiene bien aprendida la lección. Me atreví a insistir, aun a riesgo de parecer impertinente:

—¿Cree usted que en su pueblo son vagos?

Ella se quedó sin saber qué decir, como si le hubiese tendido una trampa y necesitase tiempo para encontrar la respuesta correcta. Pero Emilio se apresuró a decir:

—Pues sí. Ahí están todo el día en el bar jugando a las cartas.

—Pero usted es de allí y ha trabajado mucho, ¿no?

Ahora era el marido quien parecía desconcertado. Creí advertir en su mirada una cierta desconfianza. El hombre no era tonto y a nadie le gusta que lo pillen en una contradicción. Vaciló un poco, y luego afirmó con convicción:

—Sí, claro, pero porque me vine a Barcelona. Si me hubiera quedado en el pueblo...

—Entonces, quizá, si en su pueblo hubiese habido fábricas también habrían podido trabajar allí y no hubieran necesitado venir aquí.

Emilio trazó una media sonrisa, mezcla de amargura y derrota, pero no dijo nada. Fue Pilar la que intervino.

—Eso sí. Allí no se podía quedar uno. Y —añadió, ¡oh sorpresa!— te matabas a trabajar en el campo por una miseria.

Por fin, había llegado donde yo quería.

—¡Pero si me ha dicho que son todos unos vagos!

—Bueno, vagos, no. Ahora son vagos, quiero decir ahora. Antes no. Antes se trabajaba mucho. Pero ahora, como ya no quedan casi jóvenes y con las máquinas que hacen la faena del campo... no es como antes.

Ya no quise insistir más. Aquella pareja de ancianos se había tragado la propaganda. Le iba bien hacerlo, como a la mayoría, porque todo el mundo necesita encontrar culpables para sus males. La crisis económica ha sumido a mucha gente en la miseria y alguien ha de pagar por ello. España, así, en su conjunto, es un enemigo conveniente para el gobierno de la Generalidad, le permite eludir fácilmente sus responsabilidades. Pero Emilio y Pilar, a poco que razonases con ellos, a poco que escarbases en sus experiencias, podrían ser capaces de comprender que el «España nos roba» era un absurdo. No estaban aún del todo abducidos por la omnipresente y omnipotente propaganda nacionalista. Y como ellos muchos otros. Quizá aún hay esperanza.

El 25 de julio de 2014 estaba yo en la habitación de un hotel en Viella, viendo la televisión mientras descansaba después de una larga excursión por una de las zonas más bellas del Valle de Arán, los lagos de Colomers, cuando saltó la noticia. Allí estaba el hombrecillo del tic ocular, el honorable Jordi Pujol, confesando tener dinero no declarado en el extranjero procedente de la herencia de un abuelo y pidiendo perdón a los catalanes por haberlos defraudado. Desde que Maragall le espetó en el Parlamento a Convergència aquella famosa frase, «ustedes tienen un problema y se llama tres por ciento», todos teníamos motivos para sospechar de Convergència, pero era difícil llegar a creer que el mismísimo héroe de la nación catalana, el honorable Jordi Pujol, el que despreciaba a los andaluces por ser hombres sin hacer, el que acusaba a España de ser la enemiga y la expoliadora de Cataluña; ese mismo, el que nos obligaba a tributar nuestros impuestos, los más altos de España, ese hubiera defraudado y ocultado dinero a la hacienda pública. No sé lo que pensarían mis ancianos vecinos del parque.

UNA MUJER MALTRATADA

«Todo nacionalismo, para
construirse, siempre ha de tener un
enemigo» [2]

FRANCESC DE CARRERAS,

7 de junio de 2005

El 13 de mayo de 2009 se celebró en el estadio de Mestalla en Valencia la final de fútbol de la Copa del Rey entre el Athletic de Bilbao y el Barcelona. Muchos no recordamos ya quién ganó la copa, pero casi todos los españoles guardamos memoria de la sonora pitada que los aficionados de ambos clubes le dedicaron a nuestro himno nacional. Al día siguiente, en la prensa ocupaba más espacio este hecho que el resultado y los pormenores del partido. Hasta mis alumnos de bachillerato lo comentaron acaloradamente en clase de lengua española. Casualmente aquel día el tema que tratábamos era la Generación del 98. Estaba yo explicándoles cómo los escritores del 98 sentían una honda preocupación por España y por su regeneración, cuando un alumno, como activado por el resorte de la palabra «España», me preguntó si me parecía bien lo que había sucedido en el estadio. Antes de que pudiera responderle, otro alumno, Fabián, se me adelantó.

—Yo también hubiera pitado.

Aunque nunca hablo de política en clase, me pareció que, ya que el tema había surgido espontáneamente, valía la pena intentar reflexionar sobre las razones que impulsaban a tantas personas a protestar contra España en un estadio de fútbol de aquella manera. Así que le pregunté a Fabián por qué él también hubiera pitado.

—Porque nos insultan. Insultan a Cataluña.

Su respuesta dio pie a una acalorada discusión entre este chico y otros compañeros. En resumen, los que defendían la pitada alegaban tres argumentos: España nos insulta, España nos roba y España quiere prohibir el catalán. Ninguno de ellos supo, sin embargo, aportar ejemplo alguno de insulto proferido por España, es decir, por algún representante de España, contra Cataluña. Tampoco supieron concretar qué era eso de que España robaba a Cataluña ni quién ni dónde decía que se quisiera prohibir el catalán. Parecían, no obstante, muy convencidos de lo que afirmaban y ello me llamó poderosamente la atención, porque todos eran chicos procedentes de la inmigración, hispanoamericanos en su mayoría. Ni tan siquiera veían TV3 ni hablaban nunca en catalán. Si ellos, cuyas familias llevaban tan poco tiempo en Cataluña, pensaban así, ¿cómo podíamos asombrarnos de que otros, catalanes de toda la vida, como se les llama, descendientes de muchas generaciones de catalanes, compartieran los mitos del nacionalismo catalán?

Un joven fanático

Algunos años después, poco antes de las elecciones autonómicas del 27 de septiembre de 2015, estaba yo en El Prat de Llobregat, en una carpa de Sociedad Civil Catalana, repartiendo folletos de la asociación y animando a los viandantes a votar en las próximas elecciones autonómicas y a hacerlo a favor de una opción constitucionalista para preservar la permanencia de Cataluña dentro de España. Desde 2009 habían pasado muchas cosas en Cataluña. Artur Mas pidió un referéndum de autodeterminación, lo convocó por su cuenta y ante la prohibición del Tribunal Constitucional, montó uno de mentira; los pitidos al himno se volvieron a repetir aumentados en otras finales de Copa del Rey. Y, por fin, Artur Mas, el Astuto, tuvo la genial idea de

convocar unas elecciones plebiscitarias para separar definitivamente a Cataluña de España. Finalmente, yo también, como muchos otros que hasta entonces habíamos vivido en la impotencia, desprotegidos por el Estado y huérfanos de representantes, me decidí a pasar a la acción en defensa de los valores constitucionales, seriamente amenazados por el reto independentista. Y allí estaba; otra vez a contracorriente; otra vez como en mis tiempos juveniles de la universidad, haciendo frente entonces a la dictadura franquista y ahora al pensamiento único y omnipresente del nacionalismo. Sociedad Civil Catalana nos brindó a muchos la oportunidad de canalizar nuestras ansias de hacernos oír, de demostrar que, entre los catalanes, no todos éramos independentistas ni compartíamos los mitos del nacionalismo.

El Prat de Llobregat es una población obrera, cuyos habitantes proceden mayoritariamente de otras regiones españolas y uno de los más señalados bastiones de la izquierda catalana. No sabíamos bien la acogida que recibiríamos, porque si bien los orígenes de sus habitantes parecían poder inclinarlos a desear la unidad con España antes que la separación; la continuada propaganda de la izquierda a favor del catalanismo a buen seguro había sembrado en ellos el desafecto a España. Aquel día, hablé con mucha gente, la mayoría, especialmente los ancianos, nos escuchaban y nos atendían bien. Pero los jóvenes eran más reticentes. Algunos rechazaban nuestra información, otros nos escuchaban y acababan diciéndonos que eran independentistas. Una de las chicas con las que hablé vino a decirme lo mismo que años antes Fabián. España nos insulta, nos roba y quiere prohibir el catalán. La chica era de padres murcianos, pero confesaba no sentirse española, sino únicamente catalana. Estuvimos hablando un buen rato, porque, a pesar de su oposición a los planteamientos de Sociedad Civil Catalana, era una persona muy cordial y dialogante. Por supuesto, no la convencimos, pero, por lo menos, pudimos hablar. Me impresionó sobre todo el caso de una señora mayor, nacida en Jaén y residente en Cataluña desde los veinte años. La señora se aproximó por propia iniciativa a nuestra carpa y nos pidió información. Nos escuchó atentamente y nos dio su apoyo, pero no quiso llevarse ningún folleto porque si sus hijos se lo veían le reñirían mucho. Sus hijos, nos dijo, se habían hecho independentistas y no querían ni oír hablar de España.

Pero no nos fuimos de El Prat de Llobregat sin tener una muestra clara de lo que es el odio contra España. Un chico joven, alto, de pelo largo, vestido al estilo antisistema, se nos acercó gritando desde la acera de enfrente.

—¡Esto no quiero yo verlo aquí! ¡Putas España!

Sin titubear, se acercó a nuestra carpa y arrancó una de las banderas que habíamos colgado. La estrujó con rabia entre sus manos y la tiró al suelo, mientras continuaba gritando: «¡Esto no quiero verlo yo aquí!». Ni siquiera reparó en que la insignia que nos acababa de arrebatarnos llevaba por una cara la bandera española y, por otra, la catalana. Pero dudo de que esto le hubiera contenido. El solo hecho de ver la bandera de España desataba en él tal ira como si estuviese poseído por un demonio. Temimos que arremetiera también contra nosotros. Yo intenté recriminarle su acción, pero un compañero me detuvo para evitar problemas. Por suerte, una mujer mayor que andaba por allí contemplando el espectáculo desde cierta distancia y quizá fuese la madre del chico se acercó para llevárselo consigo. Me quedé con la impresión de que hace falta valor para defender tus ideas en Cataluña cuando no coinciden con el pensamiento único nacionalista.

¿Qué ha sucedido para que personas como Fabián o como la chica de El Prat puedan pensar así? Peor aún, ¿cómo es posible que unos hijos riñan a su madre por sentirse española o que un chico joven como el que agredió nuestra carpa, seguramente partidario teórico de la libertad de expresión, pueda actuar así? Quizá la respuesta haya que encontrarla en la construcción de un mito, el del maltrato infligido a Cataluña por España.

«¡Qué mala es España!»

El 17 de diciembre de 2014 la televisión de Cataluña, TV3, emitió el documental *L'endemà*, dirigido por la activista independentista Isona Passola y coproducido por la propia TV3. En la cinta, se compara a España con el maltratador de una mujer, Cataluña.

«Me ahogas, estoy anulada, no puedo más», dice ella, antes de anunciarle que se separa. «Tú no te vas a ninguna parte, ¿te ha quedado claro? Tú no te vas a ninguna parte, ¡me cago en la puta!», responde él a gritos mientras deshace la maleta que estaba preparando la mujer y rompe un libro lanzando los trozos al aire. «Tienes derecho a decidir sobre ti, no sobre mí», añade ella, a lo que él sigue respondiendo con gritos: «¡Que tú no te vas!».

El documental consiste en una serie de entrevistas a más de medio centenar de personas, todas ellas de acuerdo con la independencia, a través de las cuales se manifiestan las grandes ventajas de la secesión. Las intervenciones de los entrevistados están separadas por diversas situaciones alegóricas en las que España aparece siempre identificada con personajes negativos, una prostituta, un corrupto y... un maltratador.

La directora confesaba que su intención era aclarar, desde un espíritu abierto y crítico, las dudas de aquellos que aún no tenían decidida su posición favorable o contraria a la independencia de Cataluña. Sin embargo, hasta para los mismos partidarios del proceso independentista resultó obvio que la cinta no era más que un instrumento propagandístico que aprovechaba sin ningún escrúpulo para sus intereses un tema tan sensible como el de la violencia de género. Uno no sabe si la señora Isona Passola realmente creía lo que decía, nublada su capacidad de discernir por el fanatismo nacionalista, o si aspiraba al título de cínica del año.

La escena del maltratador, que tanto revuelo causó, podría resumirse en un simple eslogan, «España maltrata a Cataluña», similar al archifamoso «España nos roba», pero ampliado, puesto que aquí el maltrato va más allá del expolio económico. La escena está construida también sobre las mismas figuras retóricas que el «España nos roba», la personificación y la sinécdoque. España es un hombre maltratador que representa a todos los españoles y Cataluña una mujer maltratada que representa a todos los catalanes. El maltratador, o sea España, amenaza, insulta, grita y oprime: «Tú no te vas a ninguna parte, ¿te ha quedado claro? Tú no te vas a ninguna parte, ¡me cago en la puta!». Incluso llega a la agresión, simbolizada por dos actos violentos y destructivos: deshacer la maleta y romper y tirar un libro de su mujer.

La mujer, por contra, es la víctima oprimida: «Me ahogas, estoy anulada», y paciente, en absoluto violenta. Ella ha sufrido mucho hasta tomar su decisión: «Ya no puedo más», dice.

Además el papel de la víctima se ve reforzado por la acumulación de rasgos positivos frente a los negativos que definen al maltratador. Ella no solo es paciente, sino que razona, intentando defenderse con argumentos: «Tienes derecho a decidir sobre ti, no sobre mí». Mantiene la calma, no grita, es culta pues entre sus pertenencias hay un libro. En cambio, él no solo grita y amenaza, sino que además es zafio y grosero («me cago en la puta») y se erige en enemigo de la cultura al romper violentamente el libro de la mujer.

Hay que reconocer que la escena tiene el mérito de sintetizar en unos

cuantos minutos todos los tópicos encerrados en los tres fundamentos básicos del nacionalismo catalán: la identidad, el victimismo y la superioridad. La identidad diferenciada queda subrayada por el hecho de que Cataluña y España están encarnadas en personajes distintos y porque uno de ellos, el marido, España, impide al otro, la mujer, Cataluña, ser ella misma, como sucede entre algunas parejas en la vida real; el victimismo está representado por la agresividad y las amenazas del marido frente a la sufriente esposa; por último, la superioridad está simbolizada por la calma, la racionalidad y el amor a la cultura de la víctima frente a la irracionalidad, la violencia y la incultura del marido.

De este modo, cualquier espectador puede concluir que así como no hay derecho a que un marido tan bárbaro domine y sojuzgue a una mujer obviamente superior a él, tampoco es de justicia que una España bárbara e inculta, zafia, agresora y violenta domine a una Cataluña paciente, racional y culta.

Isona Passola no es la única que ha comparado a Cataluña con una mujer maltratada. Recientemente, el famoso economista Xavier Sala i Martín, presentador del programa de TV3 *Economia en colors*, declaró en una entrevista concedida al diario *Ara*, el 23 de diciembre de 2015, lo que sigue, tal como aparece en la edición digital de dicho diario:

El marido dice: «Si te vas te mato...». Hay maridos que matan, sí, pero terminan en la cárcel. Y si ellos ponen los tanques en la Diagonal, nos iremos en el minuto uno, porque los echarán a ellos fuera de Europa. Matar a la mujer no es una opción. ¿Cómo la paras? La mujer dice que se va, y se va. No es tuya. Pero ellos creen que sí.

Ponga un enemigo en su vida

Naturalmente este relato puede tener éxito porque, desde hace tiempo, más de un siglo, se viene inoculando en Cataluña la idea de que España es la enemiga de Cataluña. Todo nacionalismo, como afirma Francesc de Carreras, tiene que construirse sobre la base de un enemigo; un enemigo al que

odiar para poder reafirmarse como nación. No basta con amar la identidad propia, eso sería solo la primera fase del proceso de nacionalización, hay, además, que odiar lo ajeno. Así lo decía ya Prat de la Riba en su libro *La nacionalitat catalana*, en 1906:

Había que acabar de una vez con esa monstruosa bifurcación de nuestra alma, había que saber que éramos catalanes y que no éramos más que catalanes, sentir lo que no éramos para saber claramente, hondamente, lo que éramos, lo que era Cataluña. Esta obra, esta segunda fase del proceso de nacionalización catalana, no la hizo el amor, como la primera, sino el odio.

Pero fabricar un enemigo al que odiar y alimentar la propia identidad en el odio tiene efectos perniciosos en una sociedad. Albert Boadella, el proscrito dramaturgo catalán, así lo afirma en *Elmundo.es*, el 2 de octubre de 2008, cuando describe al nacionalismo como una epidemia de muy difícil curación, pues se basa en el pensamiento paranoico: «El nacionalismo es una epidemia de muy difícil tratamiento pues utiliza la paranoia como razón esencial de sus tesis».

Cuando pienso en la clase de sociedad que el nacionalismo tiende a crear, no puedo dejar de traer a mi memoria el mundo tenebroso que George Orwell describía en su magistral obra *1984*. En mi juventud, esta novela me abrió los ojos y me previno contra toda clase de totalitarismos, fuesen de derechas o de izquierdas, fascistas o comunistas, y también contra toda clase de nacionalismos; por desgracia, la evolución de Cataluña, desde los primeros años de la Transición hasta ahora ha deparado una sociedad impregnada hasta el tuétano de nacionalismo, una sociedad en la que parece difícil vivir libre de esa obsesión, en la que Justo Molinero, el conocido conductor de *Radio Teletaxi* y prototipo del *charnego* agradecido, se permite decir: «En mi casa vivimos en catalán y comemos en catalán», una sociedad en la que, según afirmó Josep Lluís Carod Rovira, vicepresidente de la Generalidad, en la III Convención de Asociaciones y Gremios Comerciales de Cataluña, el 7 de noviembre de 2008, «no puede haber servicio de calidad en el comercio de Cataluña sin el catalán». Aún más, «la policía catalana debe hablar en catalán, ha de pegar incluso en catalán», según dijo el 20 de marzo de 2009, el director adjunto del diario *El Punt* en una concentración de protesta por la actuación de los Mozos de Escuadra para reprimir una manifestación estudiantil.

Aunque nuestra sociedad catalana está impregnada de nacionalismo, aún

no llega a ser una sociedad totalitaria como la descrita por Orwell, pero la imita peligrosamente. A semejanza de aquel mundo siniestro imaginado por el genial escritor, nosotros también tenemos nuestro ministerio de la verdad particular, el encargado de reescribir la historia para adaptarla a la paranoia del victimismo y a los delirios de grandeza del nacionalismo.

La mujer maltratada es la imagen prototípica del victimismo identitario, pero no la única. A lo largo de los años han sido muchos los personajes del mundo nacionalista que se han encargado de subrayar esta idea en declaraciones a los medios, artículos periodísticos y arengas electorales, utilizando para ello diversas imágenes. El mismo presidente de la Generalidad, Artur Mas, en un mitin electoral en Vic, el 14 de mayo eligió la imagen del verdugo para referirse a los padres catalanes que reclamaban educación en español, para sus hijos. «No estamos dispuestos a que aquellos que han sido durante muchos años de nuestra historia los verdugos de Cataluña y del catalán, ahora se presenten como víctimas». Otro prohombre del nacionalismo, Salvador Cardús, miembro del denominado Consejo Asesor para la Transición Nacional, comparaba a través de Twitter el 17 de agosto de 2014 a los fundamentalistas islámicos con los constitucionalistas españoles: «¿Cómo se puede querer convertir a una religión e imponer la fe en esta a punta de pistola? ¿Cómo se puede querer imponer el ser españoles a punta de Constitución?».

Entre el catálogo de símbolos del victimismo catalán no podría faltar el del pueblo judío, como lo prueba el documental *¡Hola, Europa!*, emitido por TV3 el 7 de mayo de 2013, donde se recoge la opinión de Ferran Sáez Mateu, director del Centro de Estudios Contemporáneos de la Generalidad de Cataluña, según el cual, expulsados los judíos, los catalanes pasan a ocupar el lugar de víctimas de España que aquellos dejaron libre: «Una vez que España se queda sin judíos, el antisemitismo se transforma en anticatalanismo».

El victimario adquiere a veces en la imaginería nacionalista tintes brutales, capaces de acabar salvajemente con la vida de la víctima: «España nos canibaliza y nos arrastra al colapso», dijo Albert Macià, uno de los responsables del Cercle Català de Negocis, en una alocución a un grupo de empresarios, el 7 de junio de 2013. No se quedó atrás tampoco nuestro presidente de la Generalidad con estas palabras: «Cuando los catalanes intentamos levantar la cabeza, lo primero que piensan es cómo cortártela», en respuesta a la negativa del gobierno español al proceso secesionista, el 1 de marzo de 2013. Pero quizá la imagen más impactante de la agresividad

irracional del verdugo es cuando Alfons Godall, exvicepresidente del Fútbol Club Barcelona, en su muro de Facebook, el 16 de marzo de 2011, compara a España con un tsunami:

Los catalanes somos unos ciudadanos castigados por la desgracia y la injusticia históricas. El destino y la desdicha nos han llevado a tener que ser españoles y padecer las consecuencias. Por eso entendemos la desdicha de Japón y de su gente. Viven en la desgracia de tener que padecer el castigo de los terremotos y tsunamis. La diferencia es que nosotros lo podemos resolver.

Si el verdugo, el marido maltratador, el yihadista, el antisemita, el caníbal, el decapitador o el tsunami sirven para representar a España; junto a la mujer maltratada y el judío, el esclavo es uno de los símbolos preferidos por el nacionalismo para representar el sufrimiento de Cataluña. La esclavitud a la que la malvada España tiene sometida a Cataluña como nación alcanza a los mismos catalanes en tanto individuos, incluso a los deportistas. Así describe Alfons López Tena el calvario que padecen los futbolistas catalanes obligados a formar parte de la selección española: «No podemos felicitar a la selección de un Estado que niega las nuestras, que bloquea las carreras de los jugadores catalanes que se niegan a jugar y que los secuestra como a esclavos romanos atados con cadenas». Eso lo dijo López Tena el 3 de julio de 2012, justo después del triunfo de la selección española de fútbol en la Eurocopa. La estampa que pinta López Tena resulta tan vívida que uno no puede dejar de sentir lástima ante el espectáculo de un pobre Piqué o un Xavi Hernández amarrados con cadenas, a pesar de su heroica resistencia, a la selección española.

El ministerio de la verdad: vamos a contar mentiras

demás de ensalzar el suplicio del pueblo catalán, el otro gran cometido del ministerio de la verdad nacional catalán es construir la imagen de Cataluña

A como una gran nación, envidia del mundo mundial en un pasado glorioso, adelantada a su época, el mayor de los imperios de la Edad Media, pero esclavizada injustamente por la malvada España desde 1714. «Cataluña era la nación más importante desde el último tercio del siglo XV hasta la mitad del siglo XVI, la más importante del mundo», decía sin rubor Víctor Cucurull, miembro del Secretariado Nacional de la Asamblea Nacional de Cataluña (ANC), en una conferencia en Navás (Barcelona), el 21 de junio de 2013, añadiendo también que «fue la primera de las naciones». A partir de la fecha fatídica, 1714, comienza el calvario de Cataluña, su pasado glorioso se trastoca en esclavitud y arranca la vida de una mujer maltratada. Su maltratador, España, no solo le roba el dinero, le roba también su identidad y su cultura, pues, en el colmo de los delirios, algunos, llamémosles intelectuales del régimen, como Jordi Bilbeny, jefe de investigación del Institut Nova Història, versión catalana del ministerio de la verdad, y miembro de las CUP, se aprestan a afirmar que Cervantes era valenciano, de Xixona, y afincado en Barcelona, que se llamaba Joan Miquel Servent y que escribió *El Quijote* en catalán, pero luego la pérfida España destruyó esta gran obra y encargó una traducción pésima al castellano del original catalán, que es la que ha llegado a nosotros, haciendo pasar al autor por español.

«Cervantes lo escribió, pero en catalán. Él era catalán. A los autores de los siglos XVI y XVII les obligaron a traducir su obra al castellano, por una obligación del rey. Sabemos por muchas fuentes que había traducciones sistemáticas concertadas por el Estado. Casualmente las ediciones catalanas originales desaparecieron». Esto dijo Bilbeny en una entrevista concedida al diario *20 minutos*, el 13 de agosto de 2013, ratificando sus teorías expuestas poco antes, en el curso universitario celebrado del 1 al 4 de agosto en Crespià (Gerona), donde además puso el énfasis en que la versión en castellano que conocemos no es más que una mala traducción del original catalán.

También *El Lazarillo* y *La Celestina*, según este supuesto investigador, eran obras catalanas, cuya versión original fue destruida y su trama manipulada para que la acción transcurriera en tierras de Castilla. El anónimo autor de *El Lazarillo* era valenciano, un tal Joan Timoneda, y Teresa de Ávila no era Teresa de Ávila, sino una abadesa catalana de Pedralbes que escribía en catalán. Si le damos crédito a este individuo, el llamado Siglo de Oro español no es más que una invención, un expolio total de la cultura catalana. España nos roba no solo el dinero, sino también nuestra literatura. Creo que aún Bilbeny no ha descubierto que Velázquez, Murillo, Goya, Calderón y Lope

de Vega eran catalanes, pero seguro que pronto lo hará. Por supuesto, lo que sí sabe ya es que América no la descubrió España, sino Cataluña. Cristóbal Colón no era genovés, sino un catalán de noble familia apellidada Colom. Las tres carabelas no partieron desde el Puerto de Palos, en Huelva, sino desde Pals (Gerona) y la bandera de los navíos era la senyera. Pero esto no es todo, también Pizarro y Hernán Cortés eran catalanes. Los nacionalistas denuncian la colonización española de América como un genocidio, pero al mismo tiempo no dudan en apuntarse el mérito del descubrimiento. Las contradicciones en su discurso no son ningún obstáculo para que el buen nacionalista lo acepte como la verdad absoluta y revelada, propagada incesantemente por los medios de comunicación nacionales; pregonada en eventos con títulos tan ilustrativos como «España contra Cataluña», exposiciones, documentales... e inculcada a los escolares por la mismísima presidenta del Parlamento de Cataluña, doña Núria de Gispert. Esto es lo que les dijo la egregia dama a unos 150 niños, alumnos de primaria, que visitaban la cámara autonómica, el 12 de junio de 2015.

Pues el 11 de septiembre de 1714, hace 300 años, hubo una guerra en Barcelona y en Cataluña, y ganaron, no los catalanes, ganaron los otros. Y los otros construyeron una ciudadela, que es el parque de la Ciudadela al cual habéis entrado, una ciudadela amurallada. Y pusieron allí edificios militares, como un polvorín, con armas, armas, bombas.... Y la hicieron para controlar a los catalanes, para que no volviesen a hacer una guerra. Los catalanes la hacían para tener libertad.

Pero los delirios de grandeza del independentismo catalán no se detienen en la apropiación de las obras cumbre de la literatura española del Siglo de Oro ni en la gesta del descubrimiento de América, también sostiene Bilbeny que grandes figuras del arte y del pensamiento europeo eran en realidad catalanes, como Erasmo de Rotterdam y Leonardo Da Vinci, cuya famosa obra, *La Gioconda*, tiene como fondo las mismísimas montañas de Montserrat.

¡Y todo este gigantesco expolio sin que nadie se enterara durante siglos, hasta que el señor Bilbeny se puso a investigar! Asombroso. La maquinaria de la mentira en pro de la construcción puede que esté a la altura de la ideada por el propio Goebbels. Lo expresa muy claramente Fernando Savater, cuando, siendo entrevistado en el programa *Informe semanal* de Televisión Española, el 14 de diciembre de 2013, dice: «Yo creo que desde que falleció el añorado

Goebbels nunca se ha mentido tanto en Europa como se ha mentido en Cataluña en los últimos años».

El ministerio del odio

Pero nuestro particular ministerio de la verdad catalán carecería de valor si no se emparejara con el no menos peculiar ministerio del amor catalán. Como en la novela de Orwell nuestro ministerio de la verdad es el ministerio de la mentira y nuestro ministerio del amor es el ministerio del odio. Establecida una verdad histórica que nos engrandece y señala al enemigo que roba nuestra gloria, el amor a la patria exige odiar sin límites a ese enemigo y que el odio sea compartido por toda la población. Recuerdo una reunión de directores, en que, no sé a cuento de qué, empezamos a hablar de la corrupción política y de que Ciudadanos había sido el único partido del Parlamento Catalán que había pedido una comisión de investigación para esclarecer las responsabilidades. Fue entonces cuando una directora muy nacionalista dijo «y han tenido que ser los de Ciudadanos los que pidan la comisión, con lo que los odio». Me sorprendió la contundencia y convicción con que una persona de espíritu supuestamente abierto y valores democráticos realizaba tal afirmación.

Y es que el nacionalismo se alimenta del odio al enemigo. Construye un enemigo al que marginar y difamar, sin nunca llegar a destruirlo del todo, pues lo necesita para fomentar así el amor a la patria. El enemigo une y, por ello, nunca puede desaparecer. Enfrentarse a él da fuerza y cohesión, hasta el punto de que los enemigos de nuestro enemigo son nuestros amigos. Por eso, algunos apoyaban descaradamente a Tokio frente a Madrid como sede de los Juegos Olímpicos de 2020. «¡Ánimo, Tokio 2020!», escribió desde su cuenta en Twitter, el 3 de septiembre de 2013, Eric Bertran, subdirector general de la fundación *Nous Catalans* y famoso héroe de los nacionalistas por enviar amenazas anónimas a las empresas que no rotulaban en catalán cuando era adolescente. Poco se acordaba Eric —o quizá lo ignoraba— del apoyo que España entera brindó a los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992. Más claro aún fue Jordi Vázquez, editor del portal separatista *Help Catalonia*,

quien, a pesar de poseer un apellido tan español, en una entrevista al diario digital *Directe.cat*, el 30 de julio de 2013, dijo lo siguiente: «Allí donde España tenga un enemigo, nosotros tenemos un aliado potencial».

También en las competiciones deportivas el amor a Cataluña exige ponerse a favor de los rivales de España. Manuel Cuyàs, director adjunto del diario *El Punt*, manifestó sin rubor, el 22 de junio de 2010, en el programa *59 segons* del circuito catalán de Televisión Española, su deseo de que ganase el mundial de fútbol de Sudáfrica cualquier equipo que se enfrentase a España: «Yo sí que te diré quién quiero que gane, lo diré: todos los que jueguen contra España».

Para que el odio al enemigo se extienda entre toda la población es necesario creer que es en realidad el enemigo el que odia, como afirmaba el comediante Toni Albà en un videomensaje dirigido a los asistentes a un acto secesionista organizado por la Comissió Vilafranca decideix!, En Vilafranca del Panadés, el 3 de diciembre de 2009:

España nos odia. Nos odia, nos lo ha hecho saber durante trescientos años o más. Les resultamos insoportables por ser como somos. Y cuando alguien te odia por ser quien eres, por ser como eres, no puedes evitarlo. Es como cuando un racista, un facha o un nazi odia a un negro o a un judío por el hecho de serlo.

Una vez identificado el gran enemigo y el mal que nos ha infligido con su odio, es necesario señalar a todos los aliados del enemigo y marcarlos con etiquetas llamativas que permitan a toda la población reconocerlos y lanzar contra ellos su odio. Los medios de comunicación contrarios al independentismo son «la caverna mediática»; Sociedad Civil Catalana es «una asociación de extrema derecha» e incluso «nazi», y las mismas acusaciones se vierten sin empacho contra los partidos no independentistas, como el Partido Popular y Ciudadanos.

«Tras el encuentro de Tarragona, donde nazis, fascistas, franquistas y anticatalanes de toda la vida se reunían con congregados socialistas, no hay duda de la necesidad de divorcio». Esto decía Josep Lluís Carod Rovira el 18 de septiembre de 2014, en un artículo publicado en *Nació Digital* para referirse a una concentración realizada en Tarragona el 11 de septiembre de 2014 y a la que asistieron miembros de Sociedad Civil Catalana, del Partido Popular, de Ciudadanos y del Partido Socialista.

La etiqueta de «nazi», «fascista» o «franquista» es la preferida para

desprestigiar a cualquier organización, partido o persona que se permita disentir de los postulados nacionalistas. Saben que es una etiqueta particularmente dolorosa para el que la recibe, sobre todo si no comparte las ideologías que refieren, y por ello mismo es disuasoria: si no quieres que te tilden de nazi, facha o franquista no debes oponerte al nacionalismo catalán. La obsesión por identificar y etiquetar al enemigo lleva incluso a organizaciones como la Plataforma por la Lengua (la lengua catalana, se entiende, la única, la lengua por excelencia) al extremo de idear y publicitar en su web un concurso para elegir al «enemigo del catalán del año». Entre los seleccionados por la organización para recibir el premio en 2014 lideraba la clasificación el ministro Wert, seguido por otras personalidades de la política, como Albert Rivera, Mariano Rajoy, periodistas como Francisco Marhuenda y Federico Jiménez Losantos, marcas comerciales, como Coca-Cola y Granini, y un largo etcétera, en el que se encontraban la Guardia Civil, la Casa Real, Telemadrid, el presidente del Gremio de los Empresarios de Cine de Cataluña, el Tribunal Constitucional, la Constitución española, el presidente de Francia, François Hollande, y los eurodiputados del PP y del PSOE. Incluso Hollywood ha sido incluido últimamente por esta plataforma en la lista de enemigos de la lengua catalana por no acceder a doblar sus películas en esta lengua.

Pero los más odiados entre los disidentes son aquellos que el nacionalismo considera como traidores a la causa, es decir, aquellos catalanes de origen que no comparten y critican el fervor patriótico. Entre ellos quizá el más representativo sea Albert Boadella. Su genial obra *Ubú president*, una ácida sátira contra el por aquel entonces Gran Hermano del Nacionalismo, Jordi Pujol, y sus reiteradas y mordaces críticas al nacionalismo le han convertido en destinatario preferido de amenazas e insultos por parte de algunos de los guardianes de las esencias patrias.

Ni siquiera el popular cantautor Joan Manuel Serrat se ha librado de ser vilipendiado por los forofos nacionalistas a través de Twitter, por el simple hecho de manifestarse como no independentista.

Y es que el nacionalismo coloca sus etiquetas para marcar como apestados a cuantos no aceptan su verdad revelada, para que se sepan quiénes son y se arroje contra ellos todo el odio del mundo. El amor a la patria es odio al enemigo de la nación, y el insulto, a veces también la agresión física, es la explosión de ese odio, nuestros particulares dos minutos de odio, a semejanza de los que practicaban los ciudadanos de Oceanía en 1984.

El nacionalismo catalán dispone de un surtido catálogo de insultos contra España y los españoles, y de él han hecho uso incluso representantes de la más alta institución de Cataluña como es el presidente de la Generalidad, Artur Mas: «El Estado, normalmente altivo y displicente con las cuestiones nacionales catalanas, casi siempre tan perdonavidas como ignorante, no tiene más remedio que constatar que tiene un problema, y muy grande».

Así presentaba nuestro presidente al Estado español, como un matón ignorante y despectivo, en el debate de política general celebrado en el Parlamento de Cataluña el 25 de septiembre de 2013. Sus palabras no provocaron ningún escándalo. ¿Imagina alguien qué reacción se hubiera producido de decir el presidente del Gobierno de España algo similar de la autonomía catalana?

Pero las palabras del presidente de la Generalidad casi son una caricia comparadas con las que dedican a España otras figuras menos destacadas, pero más procaces, de la tropa independentista, como Alfons López Tena, miembro de Solidaritat Catalana, quien en un debate electoral con Albert Rivera en 8TV, el 9 de noviembre de 2012, dijo lo siguiente: «No tenemos que pedir limosna a los ladrones». Naturalmente, los ladrones eran los españoles.

En otra ocasión, valorando los Presupuestos Generales del Estado en una rueda de prensa el 5 de abril de 2012, el mismo personaje fue incluso más allá y, a la acusación de robar, añadió la de mendigar: «La España democrática se basa en el principio de robar a los catalanes y pedir limosna a los alemanes». No contento con ello, añadió que España era un país paria y parasitario, que requería la intervención de la Unión Europea.

El inefable López Tena, hijo de un inmigrante andaluz, es una fuente inagotable de lindezas dedicadas a España. A los piropos de ladrona, mendiga, paria y parásita hay que añadir el de banda mafiosa: «Cada día pasa la banda mafiosa llamada España, que se lleva el 10 por ciento de la facturación». Eso dijo alegremente durante su intervención en la tribuna del Parlamento catalán, el 28 de septiembre de 2011.

Y, por supuesto, según declara en su cuenta Twitter, el 1 de febrero de 2013, Salvador Cardús, exdecano de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de Barcelona, si Cataluña tiene algún defecto es solo porque España la ha contaminado: «La corrupción de Cataluña es una consecuencia de su españolización en sus últimas décadas».

¿Aún es posible insultar más? Pues sí. Los insultos suben de tono cuando emprenden el ataque algunos personajes representativos del nacionalismo más

visceral, como el actor Joel Joan, quien en un discurso dirigido a los manifestantes en la diada del 11 de septiembre de 2007, dijo «España es la aberración más grande de la Europa central, oriental y del este (sic). Es una falacia esquizofrénica».

No se quedó atrás el actor Toni Albà, cuando, en su cuenta Twitter, el 28 de julio de 2012 se refirió a España con estas palabras. «Yo la defino como el prostíbulo más grande del mundo: España».

Toni Albà se superó a sí mismo, otra vez a través de su cuenta el 11 de marzo de 2014, cuando, en relación al décimo aniversario del atentado del 11-M en Atocha, dijo: «Que nada nos ciegue: el estado Español ha causado más muertos a lo largo de la historia que todos los grupos terroristas juntos».

En esta animada competición entre los detractores de España por denigrarla, destaca el cantautor Albert Pla, quien, en una entrevista al diario asturiano *La Nueva España*, el 16 de octubre de 2013, dijo: «A mí siempre me ha dado asco ser español, como espero que a todo el mundo». Y añadió: «Me gustaría que los catalanes fuéramos independientes y que en Gijón se estudiara catalán por cojones, igual que nos pasa a nosotros ahora».

Tampoco se libran de los insultos los españoles de a pie. Ya en el terreno de la más abrupta zafiedad, Xavier Sala i Martín, miembro de la junta directiva del Fútbol Club Barcelona, declaró «los españoles son tan cazurros, que te quitan las ganas de ser unionista», en una entrevista publicada en la web de la Fundació Catalunya Oberta, el 9 de noviembre de 2009.

No le va a la zaga el ilustre señor Joan Oliver, director de TV3 durante el gobierno de Jordi Pujol, cuando en la tertulia radiofónica del programa *El món a RAC1*, el 15 de enero de 2008 calificó de chorizos a todos los españoles: «Los españoles son españoles y son chorizos por el hecho de ser españoles». No quiero ni pensar en las acusaciones de xenofobia que hubieran recaído sobre cualquiera que osara hablar así de los catalanes o de cualquier otro pueblo. Pero por lo visto al pueblo español sale gratis insultarle, porque tiene una piel muy dura y lo aguanta todo.

Ni los niños se libran del insulto. Jair Domínguez, otro de apellido españolísimo, guionista de TV3 y autor del libro *Jesucristo era marica...y otros cuentos*, el 11 de junio de 2013 escribió en Twitter: «Será casualidad, pero hoy he visto a cuatro niños con la camiseta de la selección española y eran todos retrasaditos».

Pero el odio traspasa la mera agresión verbal para transformarla en deseo de mal al imaginario enemigo e, incluso, en deseo de muerte. El amor a la

patria, la defensa de la identidad, legítima al buen nacionalista para agredir al enemigo si es necesario: «Nos cargaremos a cualquiera que se interponga en nuestro camino». Así lo dijo el 27 de febrero de 2010 el líder del partido secesionista Reagrupament, Joan Carretero, con ocasión de la inauguración en Gerona de una sede de dicho partido.

En febrero de 2008, a la señora Cristina Fallarás, subdirectora del diario gratuito *ADN*, le pareció muy bien el intento multitudinario de agresión de que fue víctima la candidata del Partido Popular Dolors Nadal en la Universidad Pompeu Fabra. Su delito: ser del PP. He ahí lo que tuvo a bien declarar la señora Fallarás sobre este hecho: «Un boicot general a un acto me parece estupendo, me parece estupendo. Me parece un acto de nervio, de proteína social». Las manifestaciones de la señora Fallarás causaron tal escándalo que fue destituida de su cargo.

Aunque el nacionalismo no puede vivir sin su enemigo, a veces algunos de sus militantes más agresivos se solazan deseándole la destrucción, incluso su muerte, y ni el mismo Adolfo Suárez, recordado por su espíritu conciliador, consiguió librarse de semejante saña: «La muerte de Suárez solo indica que tenemos un enemigo menos. Todavía quedan muchos en nuestras instituciones. ¡Tenemos trabajo!». Así se expresó el 24 de marzo de 2014 Ramón Carner, el fabricante de bebidas e inventor del gin-tonic catalán, en la víspera del sepelio del expresidente.

Al nacionalismo se le perdona también el espíritu belicista, tan políticamente incorrecto, cuando se trata de desear la destrucción del enemigo: «Si finalmente se ponen muy pesados, llamaremos a Europa y bombardearemos Madrid», sentenció Josep Barba, en un acto de presentación del partido Solidaritat Catalana, el 6 de agosto de 2010, en Molins de Rei.

Quizá el ejemplo más brutal del deseo de mal lo expresan las palabras del ya mencionado campeón del odio, Jair Domínguez, cuando, a través de Twitter, el 18 de junio de 2013 escribió lo siguiente: «Lo que necesita España para reaccionar es un devastador accidente aéreo donde mueran de forma horrible todos los miembros de la Roja». ¿Puede alguien creer que esto no constituye una auténtica apología del odio?

Los mismos que acusan a España de robar a Cataluña y que olvidan los beneficios que el proteccionismo reportó a la industria catalana a expensas de las demás regiones españolas; los mismos que acusan a España de genocidio colonial en América sin reparar en cuánto se aprovecharon sus antepasados del comercio con las colonias americanas; los mismos que se quejan de

padecer la agresión y el odio de España, los mismos que presentan a Cataluña como una mujer maltratada; esos mismos practican asiduamente en la prensa, medios de comunicación y redes sociales sus minutos de odio a España sin la más mínima contención. Y los minutos de odio más espectaculares, por su impacto, repercusión y fuerza colectiva, no han sido las declaraciones o escritos de algunos personajes del nacionalismo, sino las grandes pitadas al himno nacional protagonizadas por miles de hinchas enardecidos en las finales de las Copas del Rey disputadas entre el Barcelona y el Athletic de Bilbao. España ha permanecido inerte ante esas agresiones, sin capacidad alguna de reacción, humillada tanto por la acción como por la falta de respuesta. Algunos han pretendido disfrazar la expresión explosiva de ese odio bajo el disfraz de la libertad de expresión, que no hay más remedio que respetar; otros han querido minimizar la afrenta con la excusa de que los símbolos carecen de importancia, como si esos símbolos no representaran a todos los españoles, como si no fuésemos todos los que nos sentimos españoles los agredidos y humillados. Pero entre los españoles, al contrario de lo que ocurre en Cataluña y en otros muchos países, hay un extendido sentimiento de desafecto hacia la patria, propiciado en buena medida por una izquierda empeñada en identificar España con Franco y una derecha obcecada a su vez en apropiarse la idea de España.

Solo así se explica esta indiferencia generalizada, ese excusar lo inexcusable, esa apatía vergonzante de un Estado que rehúye su obligación de salvaguardar el honor y dignidad de todos los españoles. Poco después de la afrenta, algunos aficionados silbaron en los estadios a un conocido jugador catalán de la selección española de fútbol, despertando la condena casi unánime de la prensa española. El hecho fue incluso interpretado en Cataluña como una prueba de la animadversión que España siente por los catalanes. Si silbar a un jugador catalán ha sido motivo de reprobación, ¿puede imaginarse el escándalo gigantesco que se ocasionaría si alguien, aunque solo fuese una persona, tuviese la infeliz idea de ofender al himno de Cataluña? ¿Alguien imagina que en el acto de la ofrenda floral a Rafael de Casanova, se silbase «Els segadors»? ¿Puede alguien creer que se disculparía entonces ese acto como libertad de expresión?

Y es que el nacionalismo, como la sociedad orwelliana, está habituado al arte del *doblepensar*. Lo que constituye una ofensa para Cataluña es puramente una muestra de libertad de expresión cuando afecta a España. La recaudación de impuestos catalanes es un robo a Cataluña y en cambio el proteccionismo a

la industria catalana durante todo el siglo XIX era por el bien de España; la más mínima crítica al nacionalismo catalán es un ataque o un insulto a Cataluña mientras que las lindezas que dedican a España numerosos nacionalistas, en prensa, redes sociales y medios de comunicación, e incluso sus más altos representantes, como el mismo presidente de la Generalidad, carecen de importancia o son una fiel descripción de la realidad; la inmersión lingüística en español de los niños de lengua materna catalana era un crimen horrendo, pero la inmersión lingüística en catalán de los niños de lengua materna española es un modelo de éxito educativo; imponer a todos los niños, sea cual sea su lengua materna, la enseñanza exclusivamente en catalán es justo y democrático; en cambio pedir que se enseñe también en español es un ataque fascista a la lengua catalana. ¿Puede alguien entender estas contradicciones, si no es desde la maquinaria mental del *doblepensar*? El nacionalista crea una realidad falsa a conciencia de que es falsa, pero llega a creerse que es verdadera, de modo que ignora las contradicciones de su discurso. En 1984, el personaje de Emmanuel Goldstein, falso líder de la resistencia, aparece como autor de una obra clandestina en que se describe a la perfección lo que es el *doblepensar*: «Decir mentiras a la vez que se cree sinceramente en ellas, olvidar todo hecho que no convenga recordar, y luego, cuando vuelva a ser necesario, sacarlo del olvido solo por el tiempo que convenga, negar la existencia de la realidad objetiva sin dejar ni por un momento de saber que existe esa realidad que se niega».

ACOSADOS

«Entre quienes pueden ser escuchados en Cataluña, el miedo ha vencido al coraje moral, esa gran virtud, tan admirada por Viggo Mortensen. No es extraño, pues, que los sin voz ni siquiera se atrevan a hablar del monotema con los amigos, compañeros de trabajo, familiares. Una triste y anormal situación, muestra de la precariedad democrática de Cataluña. Un foso del que no será fácil salir».

FRANCESC DE CARRERAS,

El País, 14 de octubre de 2015

Laura, la madre de Salva

Un día Salva le dijo a su madre que la jefa de estudios del colegio le reclamaba la devolución de un libro que tomó prestado de la biblioteca. Laura se extrañó mucho, porque recordaba perfectamente que ella misma había metido el libro en la mochila de Salva para que lo devolviera puntualmente.

—¿Qué has hecho con el libro? ¿No lo habrás perdido?

—No, mami, te juro que no. Yo lo devolví.

Salva solo tenía siete años, pero era un chico muy responsable. Seguro que si él decía que lo había devuelto era porque así era. Laura decidió ir a hablar con la jefa de estudios para aclarar el asunto cuanto antes. Así empezó todo.

Laura era una mujer joven, decidida, jovial y animosa. Conoció a Joaquín, un chico catalán, se casó con él y se instalaron en el pueblo leridano de Balaguer. Allí tuvieron a sus dos hijos, Salva, el mayor, y Ernesto, de cinco años entonces, y montaron un pequeño negocio familiar de restauración con el que sacaban adelante a su familia. Laura era feliz. Lo tenía todo, un marido y unos hijos adorables, un trabajo que le gustaba... Pero algo le preocupaba.

—Joaquín, ¿por qué no pueden los niños estudiar en español?

—Laura, ya te lo he dicho. Aquí todo se hace en catalán.

Su marido no quería líos. Tampoco a él le gustaba que sus hijos estudiaran exclusivamente en una lengua que no era la que se hablaba en casa. Hubiera preferido un colegio bilingüe, donde tanto el catalán como el español fuesen utilizadas como lengua de aprendizaje. Él había estudiado en un colegio trilingüe, con clases en las dos lenguas oficiales de Cataluña e inglés y ciertamente no le había dado malos resultados. Pero desde hacía ya años la Generalidad imponía en todos los colegios públicos y concertados el modelo de inmersión lingüística obligatoria en catalán. Últimamente se abría paso también el uso del inglés como lengua vehicular, pero ni hablar del español.

«No vamos a dar ni un paso atrás en la inmersión lingüística. Ni un paso atrás», proclamaba ufano el otrora líder de Convergencia i Unió, ahora imputado por corrupción, Oriol Pujol. Ni las reclamaciones de los padres, ni las reiteradas sentencias del Tribunal Supremo conseguían hacer mella en el férreo propósito de la Generalidad de proscribir la enseñanza en español en las escuelas catalanas, con el beneplácito de todos los partidos catalanes, salvo PP y Ciudadanos.

Joaquín lo sabía y también sabía que los que se oponían a la inmersión lingüística recibían el rechazo unánime de políticos, medios de comunicación e instituciones: «Todo el mundo sabe que el PP es enemigo de Cataluña y del catalán», dijo Joan Ridao, portavoz de Esquerra Republicana de Cataluña en

el Congreso de los Diputados, el 27 de octubre de 2010. Poco después otro partido político pasó a convertirse en el destinatario predilecto de le inquina nacionalista: Ciudadanos de Cataluña fue etiquetado como el partido que había nacido para acabar con el catalán y con Cataluña. ¿Su delito? Oponerse a la inmersión lingüística obligatoria.

El padre de Salva sabía que el nacionalismo no admite discrepancias y menos en aquello que consideran «el nervio de la nación» (Josep Antoni Duran i Lleida, líder de Unió Democràtica de Catalunya en su discurso como candidato a las elecciones generales del 23 de julio de 2011). Más aún que el nervio, su ADN, como dijo el expresidente de la Generalidad Pasqual Maragall, en una conferencia pronunciada en la Universidad de Guadalajara (Méjico), el 26 de noviembre de 2004: «La lengua catalana era como nuestro ADN, el material genético que nos definía. Con él, éramos quiénes éramos en cualquier parte. Sin él, no seríamos quienes éramos, ni siquiera en Sant Pere de Roda».

¿Cómo iban a aceptar que se abriera la más mínima brecha en el edificio de la inmersión lingüística? No se podía permitir de ninguna manera la elección de la enseñanza en español, porque eso, optar por el español, para las mentes nacionalistas, sería tanto como declararse no catalán, peor aún, declararse español. Bien claro lo expresó la historiadora y militante de Solidaritat Catalana, Anna Tarrés, en un acto en memoria del fundador de la organización armada Bandera Negra, celebrado en Cardona el 9 de marzo de 2014, en el que llamó «colonos» a «aquellos que hablan castellano en Cataluña», y añadió: «No es catalán uno que no habla catalán con los catalanes y entre los catalanes. Solo es catalán aquel que habla catalán, aquel que defiende la nación catalana».

Joaquín no quería exponer a su familia a la condena que les aguardaba si osaban reclamar los derechos que constitucionalmente les correspondían. Y más en Balaguer, una población que es feudo tradicional de las opciones más radicalmente nacionalistas y donde todo el mundo se conocía. Por eso, cuando su mujer le insistía sobre la conveniencia de que sus hijos estudiaran también en español, trataba de disuadirla. Ya se ocuparían ellos de que también aprendieran el español en casa.

Laura casi había desistido, pero aquel libro de la biblioteca escolar que le reclamaban tuvo la culpa de que todo cambiara.

Se presentó en el colegio y fue recibida por la jefa de estudios. Laura hablaba en español y ella le respondía en catalán, haciendo caso omiso a la

normativa que dice que el funcionario público debe atender al usuario del servicio en la lengua de este, pero la madre no se quejó. Entendía lo suficiente el catalán como para no verse obligada a pedirle a aquella gentil persona que cambiara de idioma. La jefa de estudios insistía en que el libro no había sido devuelto y Laura en lo contrario. Parecía que el conflicto no tenía solución, cuando a Laura se le ocurrió preguntar si había un registro de préstamos y devoluciones de libros, como es preceptivo en todas las bibliotecas.

—Ah, es verdad. Por aquí debe de estar —respondió la jefa de estudios.

Después de rebuscar un poco por aquí y por allá, encontraron el registro y, en efecto, allí quedaba constancia del día y hora en que Salva había devuelto el libro.

La jefa de estudios se azoró un tanto. Poco menos que había estado acusando a Salva, un niño de siete años, de mentir. Se sintió obligada a compensar de algún modo su error y decidió invitar a Salva a que escogiera un libro cualquiera de la biblioteca para llevárselo a casa. Salva se puso contento, no tanto porque la jefa de estudios acabase reconociendo que él no mentía como por demostrarle a su madre que siempre había dicho la verdad y que él, aunque era pequeño, no perdía los libros y se acordaba de lo que hacía. Salva se apresuró a inspeccionar los estantes donde se guardaban los cuentos infantiles y ya había seleccionado uno, cuando su madre le dijo:

—¡Otra vez en catalán! No. Esta vez coges uno en español, que también has de leer de vez en cuando en nuestra lengua.

El niño miró a la madre y luego a la jefa de estudios, sin saber qué decir.

—¡Vamos! —insistió Laura— ¡Muévete!

Tras unos instantes de vacilación, la jefa de estudios balbució:

—Es que solo tenemos libros en catalán.

Laura no salía de su asombro. Cierto que la lengua vehicular del colegio era el catalán, pero tenían la asignatura de castellano y alguna cosa deberían leer en este idioma. La madre tuvo que contener su natural vehemencia para no resultar insolente y preguntar con la mayor calma de que fue capaz cómo era posible que no hubiese ni un solo libro en toda la biblioteca en lengua española.

—Es que en los primeros cursos solo leen en catalán. Preferimos no mezclar las lenguas para que no se confundan. Luego ya sí, también leen en español.

La jefa de estudios no fue capaz de concretar en qué curso empezaban a tener lecturas en español. Dependía del grupo, del tutor, en fin... de muchas

cosas. Laura sospechó que nunca leían nada en español. En la biblioteca había libros para todos los cursos de primaria; si en algún curso empezaban a leer en español, ¿cómo era posible que allí no hubiera ni un solo libro en ese idioma?

Salva se llevó finalmente el libro en catalán y Laura se despidió de la jefa de estudios sin poder disimular su disgusto. Antes de llegar a casa, pasó por una librería y compró varios cuentos en español para su hijo. Le costó encontrarlos, porque tampoco allí había muchos, y tuvo que encargarse algunos más.

Cuando llegaron a casa, se desahogó con Joaquín.

—Esto no puede seguir así, yo quiero que mis hijos estudien en español. Vamos a cambiarlos de colegio.

—Que no Laura, que no. Que no hay ningún colegio ni público ni concertado donde se enseñe en español. Si quieres que nuestros hijos estudien en español no tendremos más remedio que buscar uno privado o marcharnos de Cataluña.

A regañadientes, la mujer transigió. Su marido tenía mucho sentido común, quizá era mejor hacerle caso. Pero, a partir de aquel día, Laura empezó a desconfiar del colegio. Ahora entendía mejor algunas cosas. Cierta día vino a jugar a casa un compañero de clase de sus hijos. Salva se dirigía a él en español y ella le dijo que lo hiciera en catalán para que se habituase a usarlo en situaciones de la vida cotidiana, no solo en sus tareas escolares. Sorprendentemente la madre del otro niño, una chica de lengua catalana que se expresaba en español con cierta dificultad, le pidió a Salva que continuara usando el español con el niño.

—No, no. Háblale en castellano, que quiero que lo practique un poco.

¿Cómo iba a aprender español aquel niño si no lo escuchaba nunca? En su casa, entre sus familiares, vecinos o amigos se hablaba exclusivamente catalán. Lo mismo en el colegio, salvo quizá durante las dos horas que correspondían a la asignatura de lengua castellana. Salva era para aquel niño una valiosa oportunidad para practicar y mejorar su nivel de español. No había que desaprovecharla.

A Laura se le partía el alma viendo que sus hijos no podían estudiar nada en el colegio en su lengua materna, a pesar de ser esta la lengua oficial de España. ¿Existía algún país en el mundo en que los niños no pudieran estudiar en la lengua oficial?

Un día, se puso a revisar los libros de texto de sus hijos y observó con

estupor que mientras el libro de lengua catalana de Salva era muy completo e introducía ya nociones ortográficas y gramaticales, el de «castellano», como ponía en las tapas, era de una simplicidad total. Resultaba evidente, comparando los dos libros de texto, que el nivel de catalán que se pretendía conseguir era mucho más elevado que el de lengua española.

Aquello irritó sobremanera a Laura, que fue de nuevo a hablar con la jefa de estudios. ¿Cómo era que había una diferencia de nivel tan grande entre una asignatura y la otra?

—Bueno, es que el castellano empiezan a estudiarlo más en serio en los cursos superiores —contestó la docente visiblemente molesta por tener que dar de nuevo explicaciones a una madre demasiado inquisitiva.

—Ya, como con los cuentos. No leen en español hasta más adelante. Empiezo a sospechar que ni siquiera estudian nada en español y eso no me gusta.

La jefa de estudios se encogió de hombros como diciendo «es lo que hay», y Laura, cada vez más tensa, se decidió a preguntarle:

—¿Hay algún colegio en Balaguer o en las proximidades donde enseñen en español?

La jefa de estudios, con cierto tono burlón, le contestó que ella no lo sabía, que le preguntara a un inspector de educación.

Así acabó la conversación, Laura abandonó el despacho de aquella mujer con la firme decisión de acordar con su marido un cambio de colegio para sus hijos. Buscarían un centro donde el español tuviera también cabida como lengua de enseñanza.

Aquella misma tarde, Laura convenció a su marido de que las cosas no podían seguir así. Él era consciente de los problemas que se les venían encima, pero, viendo la determinación de su mujer y comprendiendo como ella las razones que les asistían, decidió que afrontarían juntos aquella situación y que defenderían sus derechos y los de sus hijos contra viento y marea.

Y Laura siguió el consejo de la jefa de estudios y llamó a la inspección educativa para preguntar dónde podía escolarizar a sus hijos en español. El inspector que la atendió tuvo la deferencia de hablarle en español y muy amablemente le respondió que en todos los colegios de Cataluña se enseñaba el español. Laura no se dio por vencida e insistió. Así transcurrió la conversación:

—Sí ya lo sé, sé que se enseña el español, pero lo que le estoy preguntando es si hay algún colegio donde los niños puedan recibir educación

en español.

—Señora, veo que no me ha entendido. Le estoy diciendo que en todos los colegios de Cataluña los niños aprenden la lengua castellana.

—Pero vamos a ver —volvió a la carga Laura—. No sé si no me explico bien. Ya sé que se enseña la lengua castellana, como también la lengua inglesa. Lo que le estoy preguntando es si hay alguno donde las matemáticas, las ciencias naturales o cualquier otra asignatura se impartan en castellano.

Ahí fue donde el funcionario, por lo que parecía fiel defensor de los principios del movimiento nacional catalanista, perdió la calma y, sin ocultar su irritación, le contestó:

—Como veo que no me entiende, se lo repetiré en catalán: *senyora, en tots els col·legis de Catalunya s'ensenya la llengua castellana, absolutament en tots* («señora, en todos los colegios de Cataluña, absolutamente en todos, se enseña la lengua castellana»).

Fin de la conversación. Laura no salía de su asombro. No acababa de entender por qué aquel hombre no le decía simplemente la verdad y le reconocía sin más subterfugios que en ningún colegio de Cataluña se podía estudiar en español. Así que aquella noche habló con Joaquín y entre los dos decidieron llevar el asunto a los tribunales de justicia. A principios de 2015, con ayuda de una de las pocas asociaciones que se atreve a llevarle la contraria al nacionalcatalanismo, la Asociación por la Escuela Bilingüe, iniciaron el proceso judicial. En junio de 2015, el Tribunal Supremo emitió sentencia, según la cual el colegio al que acudían sus hijos debía impartir al menos seis horas de las veinticinco lectivas en lengua castellana, en virtud del principio de conjunción lingüística avalado por el Tribunal Constitucional.

¿Alguien piensa que los responsables del Departamento de Enseñanza de la Generalidad de Cataluña tenían la más mínima intención de cumplir la sentencia? La dirección del colegio no avisó a los padres de sus alumnos de la misma y de que durante el próximo curso una asignatura no lingüística debería impartirse en español. Tampoco se determinó qué asignatura sería esta. En septiembre, cuando se inició el nuevo curso escolar todos los niños tenían ya sus libros comprados en catalán y cuando, por fin, a los padres se les informó del contenido de la sentencia, se armó la de Troya. Que no había derecho, que era una injusticia que porque dos alumnos quisieran estudiar en castellano, todos los demás se vieran obligados a estudiar tres horas más en esa lengua. La reacción fue furibunda, como si seis horas de castellano frente a diecinueve de catalán pudiesen echar abajo todo el edificio de la normalización

lingüística con tanto trabajo construido por los catalanistas desde que se aprobó el Estatuto de Autonomía, en 1979. ¿Es posible tanta mezquindad? ¿Cree verdaderamente alguien en su sano juicio que tan solo tres horas más de castellano pueden representar una amenaza para el catalán? Parece que cuando es el inglés o el francés la lengua que le roba horario lectivo al catalán no existe problema alguno.

Se quejan los defensores de la inmersión obligatoria de que no es democrático obligar a todos los alumnos a estudiar tres horas más en una lengua que repudian por complacer a dos alumnos, pero al mismo tiempo se niegan rotundamente a establecer líneas escolares en español que puedan atender a los alumnos cuyos padres soliciten enseñanza en esta lengua, alegando que tal medida sería segregadora y atentaría contra la cohesión social. ¿Hay entonces alguna otra forma de resolver el conflicto que no sea hacer tanto del catalán como del español lenguas vehiculares de la enseñanza? Cualquier persona medianamente informada sabe que para resolver un conflicto todos han de ganar algo y todos han de perder algo. Si ni se acepta la doble línea escolar ni tampoco el bilingüismo, ¿cuál es entonces la solución para los que no quieren ver excluida su lengua materna, también oficial en Cataluña, de la enseñanza? Ninguna. Simplemente les toca aguantarse y aceptar que el catalán es la única lengua de Cataluña y que el español es oficial solo sobre el papel y porque no queda más remedio. Es más, no solo han de aceptarlo, sino que ha de ser de buen grado, convencidos de que es lo mejor para sus hijos y, muy importante, para Cataluña. La lengua es la esencia de la nación, su nervio, como dijo Duran i Lleida, o, mejor aún, su ADN, en palabras de Pasqual Maragall. Quien ose oponerse a la inmersión lingüística obligatoria en catalán se convierte *ipso facto* en un enemigo de Cataluña.

Y eso fue lo que les ocurrió a Laura y a Joaquín. Nada más conocerse la noticia, todos los padres del colegio fueron convocados por la Asociación de Madres y Padres (AMPA) a una reunión donde se manifestaron totalmente contrarios a la medida y acordaron exigir a la dirección del centro que la desobedeciera. «Ni un paso atrás con el catalán», esta era la consigna del Departamento de Enseñanza de la Generalidad desde que se produjeron las primeras sentencias de los tribunales contra la marginación del español en la enseñanza. Y los padres de aquel colegio se la tenían bien aprendida. El triunfo de los regímenes totalitarios se basa precisamente en su capacidad para conseguir la adhesión acrítica e incondicional de las masas, dicho de otro modo, en su capacidad para fanatizar a las masas. Logrado este objetivo, ya no

son las instituciones políticas del régimen las que han de perseguir y castigar a los disidentes; es el propio pueblo el que toma a su cargo esta misión. Como un solo hombre, como un bloque compacto y sin fisuras, el pueblo fanatizado se apresta a defender a la nación, estigmatizando, aislando y expulsando de su seno a los elementos perturbadores, locos aislados que no deben contaminar al resto. Y lo hace sin ninguna conciencia de culpa, porque, a fin de cuentas, es el propio disidente el que, al no aceptar las reglas, se expulsa a sí mismo de un sistema que no admite desviaciones. Edgar Morin lo explica muy bien: «Para Zinoviev, los disidentes, entre ellos él mismo, son gente aislada, locos, anómicos, que, en el fondo, se expulsan a sí mismos del sistema, el cual solo puede evacuarlos o liquidarlos» (Edgar Morin, *Qué es el totalitarismo: de la naturaleza de la URSS*).

El 17 de septiembre de 2015, una información de *La Vanguardia* fechada en Lérida recogía la noticia. En ella se citaban unas palabras del presidente de la AMPA escolar de este colegio de Balaguer que resultan muy ilustrativas: «Asimismo, ha alertado que la gente quizás no “es consciente” de las consecuencias que tendrá una sentencia así ya que los alumnos “lo arrastrarán” hasta 4.º de ESO y además “corre el peligro de que se esparza como setas” y el próximo año se empieza a pedir en otros centros de Cataluña».

He ahí por qué el nacionalismo no puede ceder ni un milímetro a las aspiraciones de unos padres que tan solo piden algo tan elemental como que sus hijos puedan ser educados también en su lengua materna y oficial del país. Si se cede una vez, otros se animarán a pedir lo mismo y el férreo muro de la inmersión, construido para preservar la identidad nacional, se resquebrajará. Ese, y no otro, es el motivo de la intransigencia; ese, y no el cacareado e inventado modelo de éxito. El nacionalismo trata de justificarse apelando a un supuesto consenso social, pero en realidad tienen miedo, un pavor atroz a que si los padres son libres para elegir la lengua de la enseñanza, el monolingüismo en catalán se venga abajo. Un miedo que no tendrían si el tal consenso social fuese real.

Y el pueblo, todos a una, como en Fuenteovejuna, se unió para castigar a una familia que se había salido del redil. Ahí empezó el calvario de Laura, Joaquín y sus dos hijos.

Todos a una: el linchamiento

El director del centro hizo declaraciones a distintos medios de comunicación de carácter nacionalista, dando información suficiente para que la familia fuese identificada. Así fue como un periodista de *Nació Digital* contactó telefónicamente con Laura y le dio a entender que disponía de la sentencia y de otros datos relevantes. Y en efecto, este medio digital no tardó en publicar esta información. Señalada la familia, solo cabía esperar el acoso del justiciero pueblo, su linchamiento moral. Y así fue. La familia no tardó en recibir amenazas e insultos a través de las redes sociales. «¡No quedará así! El día 14 [inicio del curso] ya se verá cómo se recibe a la familia», publicó la candidata de ERC en las pasadas municipales Roser Jurado Regué, otra gran defensora de la nación catalana con un apellido muy español.

Más aún, hubo quien a partir de entonces pasó a negarles el saludo, a girarles la cara o a mirarles con hostilidad. El boicot se extendió hasta su medio de subsistencia. De la noche a la mañana, la gente dejó de acudir al negocio familiar. Había que señalarles, aislarles y arruinarles. Sin compasión. Pero lo peor de todo fue cuando a Laura le preguntaron un día sus hijos por qué los otros niños ya no les invitaban a sus cumpleaños. Les habían golpeado donde más duele, en sus propios hijos.

«Lo que más me preocupa son mis hijos. ¿Cómo les haré entender que les dejen de invitar a los cumpleaños de sus amigos o les hagan el vacío en la escuela?», decía Joaquín en una entrevista concedida al diario digital *Crónica Global* y publicada el 11 de septiembre de 2015. Y añadía: «Queremos creer que los padres no condicionarán la moral de los niños, ni sus amistades, porque eso sería violar directamente su inocencia y su libertad. Seguro que los adultos sabemos diferenciar estos temas, pero los rumores que estamos oyendo no son nada buenos en este aspecto».

El nacionalismo sabe muy bien cómo presionar a los padres donde más les duele. ¿Qué padre se siente capaz de soportar las amenazas que se ciernen sobre sus hijos si se obstinan en defender sus derechos? Ya lo dijo una de las figuras más representativas del movimiento nacional catalán, la señora Muriel Casals, presidenta de la entidad separatista *Omnium Cultural*, el 8 de julio de 2011: «Estos padres están maltratando a sus hijos. ¡Están usando, están abusando de sus hijos!». No, la culpa de lo que les pase a los niños no la tiene un sistema que comete lo que en otro tiempo era calificado como el horrible

crimen de privar a los niños de su lengua materna en la enseñanza. No. La culpa la tienen esos padres que abusan de ellos al reclamar sus derechos. He aquí uno de los ejemplos más ilustrativos del *doblepensar*.

Los niños como rehenes del nacionalismo, como chivos expiatorios que pagan el crimen de sus progenitores. Ese es el mensaje recurrente, la lección que los padres díscolos deben aprender, el correctivo usual para estos casos de insubordinación al nacionalcatalanismo. Porque el caso de Balaguer no era el primero. Poco antes, en Mataró, otros padres se vieron en las mismas circunstancias cuando intentaron hacer valer la sentencia de los tribunales que les reconocía el derecho a recibir un mínimo de seis horas del horario lectivo en español. Sobre su hijo recayó la amenaza del *apartheid*. Así lo expresó un tal Oriol Abelló García en su cuenta de Facebook: «Gracias, padres del alumno. Después, si su hijo se queda solo a la hora del patio no será culpa de los otros, sino de ustedes que están a favor de que se haga un *apartheid*, o como en América se hizo con los negros. Los raritos no somos los que hablamos catalán. Los raritos son ustedes» (publicado en *Crónica Global*, el 14 de mayo de 2015).

Las amenazas y también las injurias son el pan de cada día para el que disiente de los dictados del Gran Hermano. Yo misma las padecí a raíz de mi negativa a colaborar con el referéndum ilegal del 9 de noviembre y con ímpetus redoblados después de mi declaración ante el tribunal que juzgaba a los inductores y organizadores del acto el 19 de octubre de 2015. El muro de Facebook de un tal Marc Serra Parés, un destacado propagandista del nacionalcatalanismo, aparecía en los días siguientes a mi declaración plagado de lindezas dedicadas a mi persona tales como «bruja que merecía ser quemada en una hoguera como en tiempos de la Inquisición», o «pasar a mejor vida en el Valle de los Caídos», «retrasada mental», «inculta», «analfabeta», «desequilibrada», «que no está bien de la cabeza», «reprimida» y «una vergüenza de profesora que no merecía ejercer su profesión» y mucho menos ser directora. ¿Quién quiere arriesgarse a ser lapidado de semejante manera? ¿Quién puede atreverse a desafiar a toda una masa enfervorecida por el Gran Hermano?

No acabó ahí la cosa. El 7 de septiembre, las organizaciones y partidos políticos catalanistas se conjuraron para aplastar con una demostración de fuerza espectacular a la familia de Laura. Todos a una, CDC, Unió, ERC, la CUP y, ¡también, el PSC! apoyaron una concentración convocada por la Asociación de Padres escolar para exigir el desacato a la sentencia del TSJC.

Medio millar de personas, portando esteladas y pancartas a favor de la inmersión en catalán, se manifestaron a las puertas del mismo colegio. En una improvisada tribuna un alumno del centro lanzó un enardecido discurso a favor de la inmersión en catalán y de sus bondades y, para ejemplo, él mismo, que, con solo tres horas a la semana en español, era capaz de expresarse tan bien como lo hacía: «Miradme a mi cómo me desenvolupo (*sic*) hablando en castellano sin ningún tipo de problema», dijo.

Lo mismo sucedió meses antes en Mataró. También allí la Asociación de Padres junto a la entidad Som Escola, controlada por Omnium Cultural, convocó una manifestación a las puertas del colegio con el lema: «Defendamos la escuela en catalán: desobediencia». A la misma asistieron centenares de padres y alumnos, acompañados por dirigentes locales y concejales de CiU, ERC, ICV-EUi y la CUP. En la misma se exigió, como en Balaguer, la desobediencia a la sentencia. De las paredes del colegio colgaban carteles como «*Catalonia is not Spain*» y «*Wertgonya*» (juego de palabras que conjuga el nombre del ministro Wert con la palabra *vergonya*, vergüenza en español). También aquí una alumna del centro fue elegida para discursar a favor de la inmersión lingüística. «Ni un paso atrás» e «independencia», clamaba la multitud en contra del bilingüismo escolar y enarbolando esteladas y pancartas independentistas.

¿Qué podía sentir la familia de Balaguer o la familia de Mataró ante semejantes demostraciones de poder? ¿Qué les quedaba, sino rendirse? ¿Cómo es posible que nuestro Estado permita que unos padres hayan de emprender un largo camino en los tribunales de justicia para que se atienda a sus derechos? ¿Y cómo es posible que, habiendo fallado a su favor esos tribunales, se les abandone y se les deje a merced de la ira nacionalista? ¿Cómo es posible tanto desamparo? ¿Dónde está el Estado en Cataluña?

El acoso nacionalista contra los padres que demandan educación en español en Cataluña sigue siempre las mismas pautas, como si existiese un protocolo de respuesta diseñado previamente para frenar estas iniciativas. Primero, presionar, a través de los directores de centros educativos y de los inspectores, para disuadirlos; si los padres persisten y llegan a los tribunales, señalarlos y etiquetarlos como enemigos e ignorar la sentencia; a continuación, aplastarlos con el rechazo social, sin escatimar amenazas e injurias, incluso a sus hijos; por último demostrarles su fuerza y su unidad para que vean a quién se enfrentan y lo que les aguarda.

Los padres de Balaguer, como los de Mataró, acabaron tirando la toalla.

¿Puede eso extrañarle a alguien? Ahora llevan a sus hijos a colegios privados donde aprenden en español, inglés y catalán. Ellos, aunque con esfuerzo, pueden permitirse el coste. Otros no.

Al actor Viggo Mortensen le preguntaron en una entrevista en *La Vanguardia* qué era lo que más admiraba él en una persona. Viggo respondió: «El coraje moral, no dejar de hacer o de decir lo que piensas por miedo a convertirte en enemigo de tus amigos o amigo de tus enemigos. No ser presa de ideologías, de ideas preconcebidas o de lo que piensen los demás sobre ti».

Ni Laura ni Joaquín, ni Manuel ni Sara, los padres de Mataró, fueron, a pesar de todo, derrotados. Llegaron hasta donde pudieron, hasta el máximo de sus fuerzas y, sobre todo hasta el límite soportable para sus pequeños. A ellos no les faltó valor, no les faltó el coraje moral de que habla Viggo Mortensen, les faltó únicamente un Estado que, desde hace mucho tiempo, ha dejado a muchos españoles desamparados.

SUBLIME DECISIÓN

«El secesionismo catalán pretende romper la convivencia entre los españoles y destruir su más valioso patrimonio: la condición de ciudadanos libres e iguales. El nacionalismo antepone la identidad a la ciudadanía, los derechos míticos a los derechos fundamentales de las personas, el egoísmo a la solidaridad. Desprecia el pluralismo social y político, y cuando trata de establecer fronteras interiores arrincona como extranjeros en su propio país a un abrumador número de ciudadanos».

Manifiesto de la Asociación Libres e
Iguales,

Madrid, 15 de julio de 2014

En 1955, el año de mi nacimiento, Miguel Mihura estrenó una obra de teatro titulada *Sublime decisión*. Su protagonista, Florita, decide un buen

día emanciparse y buscar un trabajo con el que ganar su sustento sin necesidad de depender de un marido. La obra haría merecedor a Mihura de un lugar entre los defensores de la igualdad de derechos y de la libertad de las mujeres. Sin embargo, hace poco leí que algunos de los que actualmente ostentan el poder municipal en Madrid querían borrar su nombre del callejero. Una pena, de ser así, porque Mihura fue sin duda uno de nuestros mejores dramaturgos del siglo XX.

Algunos años antes, en 1948, el director Sam Wood estrenó la película *Command decision*, cuyo título fue traducido al español como «Sublime decisión». En ella, el protagonista, el general de brigada Cassey Dennis, interpretado por Clark Gable, tiene la misión de destruir las fábricas donde los alemanes proyectan construir el nuevo caza a reacción, el M-262. La misión es sumamente arriesgada. Desafiando la desaprobación del Congreso y de la opinión pública norteamericana, el general toma la decisión de enviar a sus hombres a la misión, pese al elevadísimo coste de vidas humanas que va a ocasionar. El general decide sacrificar a sus hombres por un bien que considera superior: asegurar la supremacía aérea de los aliados durante el desembarco en Normandía.

El 28 de septiembre de 2014 Artur Mas, el presidente de la Generalidad de Cataluña, adoptó otra sublime decisión al firmar el decreto de convocatoria de referéndum para la secesión de Cataluña.

Entre la decisión de Florita en la obra de Mihura y la del general Cassey en la película del mismo título hay la misma distancia que separa a la comedia de la tragedia. Pero la decisión de Artur Mas no podría inspirar el argumento de una comedia ni tampoco el de una tragedia, quizá sí el de una tragicomedia, o mejor aún, el de un esperpento valleinclanesco.

Artur Mas no es la simpática Florita ni tampoco el héroe clásico representado por Gable. Su decisión no fue una festiva e ingenua proclamación de liberación como la de Florita ni reúne la grandeza trágica de aquella tomada por el general Cassey; le sobra cursilería grotesca y le falta grandeza heroica.

El nacionalismo quiso revestir la rúbrica del decreto de convocatoria de referéndum de una gran solemnidad: el Astuto, en el momento de llegar al salón donde tuvo lugar el acto, aproximándose henchido de satisfacción a la gran mesa dispuesta para el efecto, sentándose y sacando ceremoniosamente su pluma, como quien esgrime retador el arma del delito y, finalmente, estampando con ímpetu su rúbrica en el documento. Sus cohortes, en círculo

alrededor del líder, lo contemplaban embelesadas, algunos visiblemente emocionados, muchos engalanados para la ocasión, como si de una boda o un bautizo se tratase. Sin embargo, todos allí sabían que aquello no era más que pura representación para la galería, sin otro efecto sobre las vidas de los catalanes que la creación de un clima de falsas expectativas, incertidumbre, desazón e inestabilidad económica. Una bufonada, dirían algunos, un esperpento, diría yo, una deformación grotesca de la tragedia clásica, como lo definió Ramón María del Valle Inclán en *Luces de Bohemia*:

Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española solo puede darse con una estética sistemáticamente deformada [...]. Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

Si Borges viviera y quisiera completar su *Historia universal de la infamia* con una historia universal del esperpento, seguramente incluiría en su libro dos grandes gestas de Artur Mas. Nuestro presidente fue un día a pasearse por el madrileño Callejón del Gato y los espejos cóncavos que allí había le devolvieron la imagen deformada de un Artur Mas rubricando un decreto fallido. Esa sería la primera aportación del gran hombre a una historia universal del esperpento. La segunda no tardó en llegar. Prohibido el anhelado referéndum, el presidente se puso la máscara de astuto y volvió a pasarse por el Callejón del Gato. Los espejos cóncavos reflejaron esta vez la deformación de una deformación: Artur Mas depositando su voto en una urna de cartón. Los catalanes tenían derecho a poner en práctica el famoso y cacareado derecho a decidir como fuese, contra viento y marea, si era necesario. «*President, posi les urnes!*» («¡Presidente, ponga las urnas!»), clamaba la sacerdotisa Forcadell desde su púlpito. Y el astuto presidente llamó a rebato a sus acólitos, se parapetó tras su infantería de funcionarios voluntarios, de grado o forzosos, y montó un referéndum de mentira, el referéndum de la señorita Pepis con urnas de cartón fabricadas en los centros penitenciarios por los privados de libertad, que así se redimían, contribuyendo a la libertad de los ciudadanos libres. Todo muy cómico, si no fuera por sus desastrosas consecuencias.

Con su sublime decisión pretendía el Astuto ser nuestro libertador, abrirnos las puertas hacia la tierra prometida. Muchos se lo creyeron, el derecho a decidir se convirtió en un talismán, en las palabras mágicas que atraían a los incautos cual canto de sirena. ¿Por qué? Quizá porque el derecho

a decidir está indisolublemente ligado a una creencia alimentada durante años por la propaganda nacionalista: la superioridad moral, intelectual y económica de Cataluña. La liberación de una nación con una identidad propia y superior oprimida por otra inferior en todos los aspectos es casi una obligación, es una liberación doblemente justa y necesaria.

Catálogo de disparates

Es esa idea de superioridad la que lleva a Ramón Carner, fundador del Cercle Català de Negocis, a afirmar, sin temor al ridículo, en un tuit, el 19 de marzo de 2014, que «Cataluña es la madre de la Cultura (*sic*) europea», o, más tarde, a ofender a España en su Día de la Hispanidad, el 12 de octubre de 2015, diciendo también a través de un tuit que posteriormente borró: «Cuando España esté muerta y no quede ni un ser vivo, Cataluña todavía fuerte se alzaría triunfante y con el corazón altivo».

Para los nacionalistas más radicales, España no es nada sin Cataluña. Por eso, Joan Canadell, fundador del Círculo Catalán de Negocios, afirmaba en una entrevista concedida a *Directe.cat*, el 23 de enero de 2014, que «cuando Cataluña marche, España se disolverá».

Hasta tal punto llega esa creencia en la superioridad que algunos no dudan de que Europa caerá rendida a los pies de una Cataluña independiente, porque «Cataluña es el país más competitivo del mundo, más que Suiza, porque nosotros tenemos el mar», según dijo Xavier Sala i Martí, en una conferencia organizada por la ANC en Vic, el 19 de junio de 2013. Por ello mismo, cree también Agustí Bordas, asesor del gobierno de Canadá, según declaró en el programa de TV3 *Singulars*, el 9 de enero de 2013, que Cataluña es «la joya de la corona» para Europa y que «manteniendo a Cataluña dentro de la Unión Europea quien saldría ganando sería la Unión Europea».

Pero no solo le conviene Cataluña a la Unión Europea por su pujanza económica, sino por ser el único país civilizado del sur de Europa. Así lo manifestó el 30 de noviembre de 2010, la escritora Isabel-Clara Simó: «Seremos la cuarta potencia europea, y Europa estará orgullosa de tener, por fin, un estado civilizado en el sur del continente». Por lo visto, para esta

señora, España, Italia y Portugal son países salvajes.

Cualquier catalán, como la mujer del anuncio que se justifica a sí misma por gastar su dinero en cosméticos, puede mirarse un día en el espejo del nacionalismo y decidir que quiere ser independiente, porque «yo lo valgo», porque ser catalán es lo mejor que hay. Así es que, ¿cómo nuestro presidente de la Generalidad, ya para siempre el astuto Artur Mas, no iba a animar a los ciudadanos de Cataluña procedentes de otras regiones a abandonar su identidad de origen para adoptar otra de superior categoría? «Hay que convencer a la gente de que ser catalán no es solo un problema de herencia, sino que también es un tema de proyecto. Que ser catalán es mejor que no serlo», dijo en una entrevista para *La Vanguardia*, el 9 de enero de 2011.

Para enraizar en la población esa idea de superioridad de lo catalán, la propaganda nacionalista recurre a la simbología tal como también lo hace con los conceptos de víctima y maltratador o enemigo. La imagen del pueblo elegido que, guiado por su salvador —léase Artur Mas—, se libra de los que lo esclavizan y atraviesa un largo camino de penalidades hasta llegar a la tierra prometida de la que fue expulsado en tiempos pasados es uno de los símbolos más difundidos. En ese largo camino, el pueblo encontrará sin duda la ayuda de Dios, porque él es el pueblo elegido. No importan los peligros, las amenazas, las penurias, al final del recorrido está la gloria y la libertad. No en vano fue muy comentado el cartel electoral de Convergencia i Unió para las elecciones autonómicas de 2012, en que aparecía Artur Mas con los brazos abiertos y la mirada elevada, seguido por un mar de banderas catalanas, igual que Moisés guiando al pueblo de Israel. Pero no es el héroe bíblico el único símbolo utilizado por la propaganda nacionalista. El Astuto se disfraza también de otros personajes heroicos; tan pronto es Ulises en su azaroso camino a Ítaca, como es Martin Luther King o Nelson Mandela liberando a sus pueblos de la esclavitud; incluso Gandhi, el abanderado del pacifismo, ha llegado a servirle de cobertura para su proyecto secesionista.

Y así es como Artur Mas, nuestro astuto Moisés de andar por casa, quiso que su sublime decisión fuera la llave que abría la puerta hacia la libertad. Como al general Cassey, al Astuto no le importaban las bajas que pudieran producirse en la huida de Egipto, no le importaban tampoco el hambre, la sed, las enfermedades que asediarían a su pueblo durante el trayecto, o los monstruos marinos que le acecharían en su viaje a Ítaca, porque al final del trayecto estaría la tierra prometida. ¿Cuándo llegarían? Quién lo sabe, pero allí estaría el paraíso esperando a su pueblo y, en último extremo, cualquier

cosa es mejor que la esclavitud o —¿por qué no decirlo?— que la persecución judicial a los suyos por corrupción. La gran diferencia entre el general Cassey, Moisés y Artur Mas es que los dos primeros estaban dispuestos a pagar un precio por una causa justa. Artur Mas quería que todos los catalanes pagáramos un precio por una ficción recreada durante años y años por la propaganda nacionalista y también por satisfacer sus delirios de grandeza. Así es como el Astuto quiso pasar a la historia y decidió darnos a los catalanes el derecho a decidir.

Pero ¿derecho a decidir qué? La falta de complemento directo en la frase que vino a convertirse en la reina de las consignas independentistas resulta llamativa. Obviamente todo el mundo interpreta que el derecho a decidir es derecho a decidir irse de España («adiós España» se convirtió en otro de los eslóganes independentistas favoritos). El derecho a decidir no era más que un eufemismo para ocultar el llamado «derecho de autodeterminación». Así lo reconoce Agustín Colomines, exdirector de la fundación CatDem, ligada a Convergencia, en el programa radiofónico *La Rambla*, en BTV (Televisión de Barcelona), el 18 de septiembre de 2013: «Eso del “derecho a decidir” es una chorrada que nos inventamos para no decir lo que es, que es derecho de autodeterminación, y punto pelota».

Resulta, sin embargo, que el derecho de autodeterminación es solo aplicable a los territorios colonizados y, por tanto, no a Cataluña. Así que convenía enmascarar la pretensión, ¿quién puede negar a nadie la libertad de decidir? Pero ¿por qué no derecho a decidir otras cosas? ¿Por qué no derecho a decidir la lengua vehicular de la educación? ¿Por qué no derecho a decidir la pertenencia a Cataluña de la provincia de Barcelona, o de Hospitalet de Llobregat, o de Castelldefels, mi pueblo? ¿Por qué el derecho a decidir debía ser solo sobre aquello que los independentistas representados por el señor Artur Mas decidieran que podíamos decidir?

Parecía que si alguien oponía reparos al derecho a decidir es porque sus convicciones democráticas eran débiles. ¿Quién podía estar en contra de poner las urnas?, se quejaba Mas; «*president, posi les urnes!*» exigía la Forcadell, arengando a las masas. ¿Cómo negarse a darle la voz al pueblo? El derecho a decidir simbolizaba la libertad frente a la esclavitud de un pueblo amordazado. Pero muchos no nos fiábamos. ¿Qué libertad cabía esperar de unos que no eran capaces ni de dar libertad a los padres para que eligieran educar a sus hijos en su lengua materna? ¿Qué libertad era esperable en un país donde a los comerciantes no se les permitía rotular sus negocios en

español? ¿De qué libertad me estaban hablando los que proscribían a todo aquel, individuo o partido político, disidente con los postulados del nacionalismo?

Y es que el nacionalismo escinde el mundo entre el ellos y el nosotros. Dentro del nosotros están todos los catalanes, pero no de la misma manera. De hecho, el nacionalismo supone un modelo de sociedad piramidal muy parecido —también en esto— al que describía Orwell en *1984*. En la cúspide están los líderes espirituales, los dirigentes y los motores intelectuales del movimiento, los encargados de divulgar, fomentar y mantener viva la llama del nacionalismo, los equivalentes a los miembros del partido en 1984; entre la cúspide y la base está el cuerpo social. El nacionalismo intenta que ese cuerpo social sea lo más amplio posible, que abarque el mayor número de población, pero estratificada según el grado de adhesión al nacionalismo. Cuanto mejor currículo nacionalista, más proximidad a la cúspide. Poseer ocho apellidos catalanes o más es sin duda un excelente mérito para ocupar las primeras posiciones en la pirámide, pero más importante aún es la adhesión inquebrantable al régimen y su demostrada y vehemente defensa. En los estratos más bajos del cuerpo social están los indecisos, los menos convencidos, los que hace poco llegaron, los impuros, los que poseen vínculos con otra lengua, con otra tierra, especialmente si se trata de la lengua y la tierra del enemigo. Estos últimos han de hacer méritos extraordinarios para escalar posiciones en la pirámide, como demostraciones hiperbólicas de fe en la doctrina nacionalista, amor a la lengua de la nación y desapego o incluso desprecio y hasta odio por el enemigo.

En la base están los que no cuentan, los proles de Orwell en *1984*, los excluidos, los que se desentienden de la nación, los que nunca votan ni opinan; esos viven al margen de la sociedad, ignoran a los nacionalistas y estos los ignoran a ellos. Son básicamente gente sin nacionalizar, castellanohablantes. Mientras permanezcan al margen y no molesten, se les deja en paz, pero si en algún momento pretenden hacer oír su voz y esa voz no rinde pleitesía a la nación, entonces se convierten en un problema. Patricia Gavancho, una escritora argentina y activista de la Asamblea Nacional de Cataluña, explicaba claramente el papel que juegan los marginados en el modelo social nacionalista, en una entrevista concedida a la revista *Tornaveu*, el 12 de agosto de 2012:

El problema aquí es mantener la hegemonía catalana en el tronco central de la sociedad y dejar que las periferias

se organicen y se acomoden como puedan. Ahora bien, si la periferia castellanohablante alcanza la hegemonía... entonces estamos perdidos. Aunque de momento no ha pasado.

Para conjurar este peligro, el nacionalismo trata de ampliar al máximo su cuerpo social y aplanar todo lo posible la base. Si el cuerpo social estuviera ocupado solo por los catalanes de toda la vida, sería pequeño y débil. Hace falta por ello fomentar la incorporación al nacionalismo de los llamados nuevos catalanes, antiguos charnegos, y permitir su ascenso en la pirámide, según el grado de adhesión demostrado.

Y resulta que ese derecho a decidir tan democrático nos lo ofrecen unos que no admiten la discrepancia, unos que tratan de enemigos de la nación a los proles que quieran abandonar la marginación, saliendo de la mayoría silenciosa para llevarle la contraria al nacionalismo. Muy claramente lo expresó la uruguaya y candidata de Junts pel Sí Ana Surra, en un mitin muy aplaudido por Raúl Romeva y Carme Forcadell, el 19 de septiembre de 2015, cuando invitaba a los que no estuvieran decididos a votar por la independencia a abstenerse so pena de ser declarados cómplices del enemigo:

El 27 de septiembre o votamos independencia o votamos dependencia. No hay otra salida. No hay otra opción. Y si no nos animamos a votar independencia, mejor que se queden en su casa y no vayan a votar. Porque si no estarán siendo cómplices de la dependencia.

Mucho menos aún se admiten las discrepancias desde dentro del mismo cuerpo social. Aquellos que opinan, que tienen voz, que representan algo dentro de la sociedad, como las asociaciones, partidos políticos, escritores, deportistas... no pueden expresar disenso so pena de ser etiquetados como traidores, exponerse al repudio del pueblo y ser expulsados del cuerpo social. Los buenos patriotas vigilan para detectar cualquier desviación del dogma, delatan a los infractores y arrojan contra ellos todo su odio, a través de las redes sociales y medios de comunicación, los acosan y los excluyen como a los padres de Balaguer o como a los padres de Mataró. La presidenta de la Asamblea Nacional de Cataluña y miembro de Esquerra Republicana de Cataluña Carme Forcadell, en un mitin celebrado en Barcelona el 26 de mayo de 2013, no dejó sobre este punto lugar a dudas. Solo son catalanes los que quieren la independencia, los que se oponen salen del «nosotros» para pasar a formar parte del «ellos»:

Nuestro adversario es el Estado español, hemos de tenerlo muy claro; y los partidos españoles que hay en Cataluña, como Ciudadanos y el Partido Popular, que no debería llamarse Partido Popular «de» Cataluña, sino Partido Popular «en» Cataluña. Por lo tanto. Estos son nuestros adversarios. El resto somos el pueblo catalán. Y el resto somos quienes conseguiremos la independencia.

De manera más abrupta y zafia expresó esta misma idea de exclusión un *charnego* agradecido, el actor Pepe Rubianes en una entrevista concedida al diario digital *e-Notícies*, el 26 de enero de 2006: «El que no esté contento aquí que se vaya a su provincia a comer mierda».

El cuerpo social ha de participar y observar un estricto seguimiento de los férreos principios de la doctrina nacionalista. La vigilancia es extrema para que no se desvíen del camino correcto, para que no expresen ninguna opinión inadecuada. Así se explica que la sociedad catalana muestre casi unanimidad en el acatamiento de los dogmas. En mis años de juventud, durante la década de los setenta, en la España franquista no recuerdo haber observado tal obsesión por la nación, tal exaltación patriótica como la que se vive en Cataluña ahora, tal exhibición asfixiante de banderas y símbolos. Quizá en aquella época los proles, las personas que vivían al margen de la política, eran mayoría, mientras que ahora se tiende a que toda la sociedad milite en la causa, como lo prueban las gigantescas manifestaciones del 11 de septiembre organizadas durante los últimos años. Contra la sociedad franquista surgió en sus postrimerías un poderoso movimiento de protesta protagonizado sobre todo por jóvenes rebeldes. Entonces la expresión de la disidencia podía encontrar el castigo físico, pero nunca una reprobación moral como con la que ahora se castiga al disidente.

¿Es esta la libertad que nos prometen el astuto Artur Mas y sus acólitos? Terror me da pensar qué pasaría en el «*nou país*» (nuevo país) con los que no somos nacionalistas, si ahora que aún no somos independientes nos tratan así. «Cuando se gire la tortilla quien no sea nacionalista será un traidor», dijo Joel Joan, en un tuit, el 15 de septiembre de 2010. No hay que esperar a una Cataluña independiente para imaginar el trato que recibirán quienes ya hoy en día son considerados traidores por el nacionalismo.

Durante el tiempo que medió entre la rúbrica de la convocatoria del referéndum y la celebración de su simulacro, muchos pasábamos ratos divertidos a costa de las ocurrencias de Artur Mas y de los disparates

grandilocuentes de la propaganda nacionalista. Recuerdo que, en la pausa del café, me reunía con algunos buenos compañeros del Pedraforca y comentábamos los dislates del llamado jocosamente *prusés* (proceso), los chistes en la prensa, los programas de humor sobre la actualidad política catalana, las frases geniales de nuestros próceres. A menudo todo aquello nos hacía reír a carcajadas, pero en el fondo, al menos en mi caso, eran risas amargas, porque sabía que nada de eso era simplemente una amable comedia, sino un esperpento valleinclanesco, y el esperpento es grotesco, pero también cruel y duele.

El 27 de septiembre de 2015 el independentismo obtuvo solo el 47 por ciento de los votos en unas elecciones autonómicas planteadas como plebiscitarias. A la señora Surra no le hicieron caso los que no querían votar independencia, no se quedaron en su casa; el nacionalismo no podía consentir tal cosa y se apresuró a falsificar los resultados. Era inadmisibile que tan solo un 47 por ciento de los electores decidiera emprender el camino del pueblo elegido; había que ampliar la base social de la independencia, y trazaron un plan. Añadieron a su suma el número de aquellos que, aunque no habían votado por la independencia, parecían ser partidarios del derecho a decidir, y redujeron a solo un 39 por ciento el número de los traidores, de los excluidos, los que claramente se atrevían a decir «no», los irrecuperables, los que habían votado a partidos españolistas, Partido Popular, Partido Socialista y Ciudadanos. Incluso algunos querían restar de los partidarios de seguir en España a los votantes del Partido Socialista, en recuerdo de los antiguos servicios prestados por este partido a la causa. Los del «no» no eran catalanes y cuando los dirigentes nacionalistas utilizaban la primera persona del plural se referían únicamente a los del «sí», es decir, a los únicos que tenían derecho a ostentar el título de catalanes. ¿Quién puede fiarse de que gente así tome la sublime decisión de darte el derecho a decidir? ¿Quién puede pensar que estos manipuladores de la historia y de la realidad, ¡incluso de los resultados electorales!, te vayan a dejar decidir alguna cosa que no sea lo que a ellos les convenga?

Castelldefels, sin derecho a decidir

La más clara demostración de la falacia que constituye el derecho a decidir que pregonan los independentistas es lo que ocurrió en Castelldefels, mi pueblo, el 23 de julio de 2015. Cuando su ayuntamiento acordó contra la voluntad de la mayoría de la población adherirse a la Asociación de Municipios por la Independencia (AMI), el pueblo de Castelldefels no tuvo ningún derecho a decidir.

En mayo de 2015, las elecciones en este municipio de unos 60.000 habitantes próximo a Barcelona otorgaron a los partidarios de la independencia un resultado próximo al 30 por ciento. Las fuerzas políticas no secesionistas habían ganado por goleada, siendo el Partido Popular el mayoritario. Sin embargo, los partidos de la izquierda lograron formar una coalición para desplazar al PP del poder municipal. De esa coalición entró a formar parte Esquerra Republicana de Cataluña, que impuso a sus socios como condición para apoyarlos la adhesión de Castelldefels a la AMI, una asociación que fomenta la secesión de Cataluña basándose en las supuestas cualidades superiores del pueblo catalán frente a las de una retrasada y abúlica España representada por Castilla, tal como declara en sus estatutos:

Sabemos que, en Cataluña, el trabajo, la ciencia, las artes, el pensamiento siempre han estado en la vanguardia de la realidad y del sentimiento del pueblo, en contraposición a la dedicación de las élites españolas de habla castellana, dedicadas a la gran administración, el ejército y la judicatura.

Sorprendentemente hasta el Partido Socialista aceptó. El día de la constitución del nuevo gobierno municipal, muchos ciudadanos de Castelldefels se concentraron a las puertas del ayuntamiento para protestar por esta decisión. El nuevo gobierno municipal quiso interpretar la protesta como una rabieta de los militantes del PP porque el pacto entre las fuerzas de la izquierda impedía a su candidato alcanzar la alcaldía. Nada más lejos de la realidad. Lo que congregó allí a tantas personas era lisa y llanamente su oposición a que Castelldefels se declarase municipio independentista.

Haciendo caso omiso del malestar que esta decisión produjo entre los vecinos de Castelldefels, el ayuntamiento aprobó en un pleno extraordinario, celebrado el 23 de julio de 2015, la adhesión de Castelldefels a la asociación secesionista, con la sola oposición de Ciudadanos y del Partido Popular. A las puertas del ayuntamiento se congregaron centenares de personas para manifestar su total rechazo a tal decisión. Aquella era la manifestación más

grande que había tenido lugar hasta la fecha en Castelldefels, un pacífico pueblo costero donde es raro presenciar actos de este tipo. «No todo vale para gobernar» era la consigna más coreada por los manifestantes, haciéndose así eco de las palabras con las que el líder del PSOE, Pedro Sánchez, respondía a la prensa cuando se le interrogaba por los pactos con fuerzas independentistas que su partido había sellado en numerosos municipios de Cataluña. El Partido Socialista de Castelldefels desoyó las palabras de su líder nacional, desoyó las quejas de muchos de sus propios votantes y votó afirmativamente para que Castelldefels formara parte de los municipios a favor de la independencia.

Los partidarios del derecho a decidir y sus aliados no quisieron darle a Castelldefels el derecho a decidir si quería o rechazaba adherirse a la AMI. De nada valieron las protestas de los vecinos. Nada les hubiera impedido realizar una consulta popular para conocer de forma directa y fidedigna la opinión del pueblo. Pero no lo hicieron. Ellos, que tanto defienden el derecho a decidir, negaron ese derecho a los vecinos de Castelldefels. Y es que el derecho a decidir es solo el derecho a decidir lo que ellos quieren que se decida.

RESISTIMOS

«Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejandecir que somos quien somos,nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.Estamos tocando fondo».

GABRIEL CELAYA,

«La poesía es un arma cargada de futuro»

El referéndum de mentira pasó y durante un tiempo todo pareció volver a la normalidad. El derecho a decidir dio paso a la nueva frase de moda: «Ha bajado el suflé». Que si Artur Mas había tirado la toalla, que si pronto acordarían un nuevo pacto fiscal para Cataluña, que si Artur Mas iba de farol... eso decían y eso querían creer algunos. Pero no era más que un espejismo o un intento desesperado de negar la realidad. Aquello no era más que un alto en el camino del *prusés* para recobrar fuerzas y retornar con nuevos bríos sobre lo mismo. Para decepción de muchos, el 2 de agosto de 2015 el Astuto disolvió el Parlamento y el 27 de septiembre convocó elecciones con carácter plebiscitario en las que los catalanes, decía, nos podríamos por fin contar, saber cuántos éramos partidarios de la independencia y cuántos de seguir en España. En caso de ganar el «sí», es

decir los partidos secesionistas, el Parlamento proclamaría la independencia de Cataluña. La campaña empezaría el 11 de septiembre, coincidiendo con la gigantesca manifestación que, como era costumbre en los últimos años, nos tenía preparada la Asamblea Nacional de Cataluña.

Meses antes de la convocatoria de nuevas elecciones, un día de marzo, Sociedad Civil Catalana celebró un acto de presentación de la asociación en la Biblioteca de Castelldefels. Yo conocía ya a Sociedad Civil Catalana. El 12 de octubre de 2013 esta asociación, junto con algunas otras de larga trayectoria en la resistencia al nacionalismo y algunos partidos políticos constitucionalistas, realizó una gran manifestación en defensa de la unidad de España y de la Constitución. La plaza de Cataluña se inundó de familias plétóricas de entusiasmo, que enarbolaban banderas españolas y catalanas. No estábamos solos. No todos los catalanes eran independentistas. Ese era el mensaje que aquella masiva concentración, pacífica y emotiva, quería transmitir, aunque, como era de esperar, los medios de comunicación independentistas se apresuraron a intentar desprestigiar el acto ignorando el carácter indiscutiblemente democrático y pacífico del evento y resaltando, por el contrario, la presencia en el mismo de algunos militantes de la extrema derecha.

Tuve la oportunidad de conocer a algunos miembros de esta asociación a raíz del 9 de noviembre. Cuando la noticia de que mi instituto no abrió sus puertas para alojar la consulta ilegal se divulgó, muchas personas de diferentes organizaciones se pusieron en contacto conmigo para felicitarme y darme su apoyo. Recuerdo con especial cariño que el Movimiento Cívico de España y Catalanes incluso me organizó un acto de homenaje en que me entregaron un premio como reconocimiento a mi gesto. Que el simple hecho de cumplir la ley pudiera convertirse en un acontecimiento daba realmente la medida de la situación de incomparecencia total del Estado en Cataluña. En aquel acto tuve la oportunidad de conocer a muchas personas que trabajaban desde hacía tiempo contra la asfixia que el nacionalismo causaba en la sociedad catalana. Eran la resistencia. Una resistencia que nació ya a finales de los setenta y que, a pesar de los obstáculos y de tantas vicisitudes, seguía viva. Más viva que nunca y cuando más se la necesitaba.

De nuevo, a las barricadas

Lo que estaba sucediendo en Cataluña y, especialmente el 9N, me empujó a pasar a la acción sin darme cuenta. Supongo que a mucha gente le ocurrió lo mismo que a mí, porque aquella tarde de marzo la biblioteca de Castelldefels estaba llena de vecinos ansiosos de oír hablar a catalanes que no compartían el discurso separatista. Allí estaba José Domingo, antiguo militante de Ciudadanos y defensor incansable ante los tribunales de justicia de los derechos lingüísticos de todos los catalanes, para explicarnos qué era y qué pretendía Sociedad Civil Catalana. Al concluir José Domingo su alocución, muchos vecinos pidieron la palabra para intervenir. Todos ellos se mostraban ilusionados porque finalmente una organización social ponía voz a lo que ellos pensaban, lo que nunca se oía en la televisión catalana. Lo que apenas se podía decir en la calle por temor a ser señalado, que éramos catalanes españoles y que queríamos seguir en España, se estaba proclamando allí abiertamente. Muchos rellenaron el formulario de inscripción para colaborar con la asociación. También yo lo hice.

Cuando volví a casa, con mi cuadernillo informativo sobre Sociedad Civil Catalana, me dio por pensar que yo siempre había ido a contracorriente. Durante mi juventud contra el franquismo y luego contra el nacionalismo dominante, pero durante muchos años había callado porque no encontraba cauce para mi voz y rememoré un incidente particularmente desagradable, que da la medida de hasta qué punto nos sentíamos desvalidos ante las agresiones del nacionalismo.

Sucedió un mes de septiembre, en una de las reuniones protocolarias convocadas por el Ayuntamiento de Hospitalet en el Centro Cultural Tecla Sala con motivo de la inauguración del curso escolar. Nunca lo olvidaré. Tras los parlamentos de los representantes municipales y de la Generalidad, se dio la palabra a los directores de los centros educativos de Hospitalet para que manifestasen su opinión sobre las cuestiones relativas al inicio de curso. Uno de los directores se atrevió a hablar en español. Pues bien, en una de las intervenciones siguientes, una directora de un centro de primaria arremetió contra él diciendo que era una vergüenza que un director no se expresase en catalán. En la sala se podía cortar el aire, una tensa incomodidad nos atenazó a todos. Pero nadie dijo nada. Nadie fue capaz de afearle a aquella mujer su actitud inquisitorial. Tampoco yo. Por mi mente pasó la posibilidad de pedir la

palabra para desaprobar rotundamente sus palabras y solidarizarme con el director agredido, hablando en español yo también, pero no lo hice. Tuve miedo, como seguramente otros allí. Miedo de ser señalada, y no tanto por las representantes de la Administración que allí estaban, sino por otros compañeros de la misma cuerda que aquella directora.

Al acabar el acto, los directores de secundaria nos reunimos, como era costumbre todos los años, en la biblioteca del centro. Nadie dijo una palabra al respecto. Nadie expresó su malestar por la ofensa que le había sido infligida a nuestro compañero. Todos corrimos un tupido velo sobre aquel acto verdaderamente vergonzoso y, como si no hubiera ocurrido nada, pasamos a hablar de nuestros asuntos. Pero el espíritu inquisitorial y totalitario que delataban las palabras de aquella directora no era algo que pudiera olvidarse fácilmente.

Sin embargo, mientras la mayoría callábamos y nos limitábamos a quejarnos entre nosotros de los desmanes del nacionalismo, otras personas organizaban la resistencia. Ya en 1981 apareció el citado Manifiesto de los 2.300, contra la inmersión lingüística, firmado por intelectuales como Federico Jiménez Losantos, Santiago Trancón, Alberto Cardín, entre otros. A Federico Jiménez Losantos, como ya hemos visto, le costó un tiro en la pierna. Nunca he oído una condena clara y contundente de esa agresión por parte de los partidos ni asociaciones catalanistas. En cambio, sí se han prodigado insultos de toda índole contra la víctima. Federico Jiménez Losantos ha pasado a ser desde entonces el enemigo por excelencia del nacionalismo catalán. Dos años después, en 1983, nació Acción Cultural Miguel de Cervantes, una asociación cuyo propósito era y es la difusión y defensa del español y de la cultura española en Cataluña. Yo, por algún tiempo, fui miembro de esa asociación y asistí, incluso, a algunas de sus reuniones. Ya por entonces se hablaba allí de cómo actuar para que los bancos y las compañías del gas y del agua nos enviaran sus comunicados también en español. El problema de la lengua se arrastra desde los inicios de la Transición y nunca se ha resuelto, sino al contrario, se ha ido agudizando cada vez más. En 1992, espoleada —¡cómo no!— por la política de inmersión lingüística del gobierno de la Generalidad, nace Asociación por la Tolerancia, fundada por Antonio Robles, profesor de Filosofía en un instituto de Badalona. Otro hito importante en la resistencia al nacionalismo es la aparición del Foro Babel, el 13 de diciembre de 1996, integrado también por un grupo de intelectuales. Entre ellos: Francesc de Carreras, Félix de Azúa, Juan Marsé, Ana María Moix...

Foro Babel lanzó dos manifiestos en defensa del bilingüismo que levantaron una gran polémica por aquellos años. La entrada en vigor de la Ley de Política Lingüística del 8 de enero de 1998 propició la aparición de otra plataforma, Convivencia Cívica Catalana, presidida por el profesor de Filosofía Francisco Caja, que, a través de diversas campañas y ante los tribunales de justicia, ha defendido incansablemente la libertad lingüística de los catalanes. Más tarde, en 2012, Manuel Parra fundó el Movimiento Cívico de España y Catalanes, entidad organizadora de la primera gran manifestación del 12 de octubre en Barcelona y de las sucesivas. En 2014 apareció la Asamblea por la Escuela Bilingüe, que, en estrecha colaboración con Sociedad Civil Catalana, presta apoyo, asesoramiento y soporte jurídico a los padres que solicitan enseñanza en español. Estas y otras plataformas, la mayoría de las cuales continúan aún activas, han mantenido vivo el espíritu de la resistencia a lo largo de todos estos años, casi desde los primeros ataques del nacionalismo a los derechos lingüísticos en los inicios de la Transición. Si hoy nos podemos levantar y alzar nuestra voz es gracias a la labor sacrificada e ingrata a veces que las personas integrantes de estas plataformas han llevado a cabo, pese a la marginación, las amenazas e insultos con que han sido acosados por el nacionalismo.

La heroica resistencia de estas asociaciones se ha visto, sin embargo, huérfana de representación política. Los partidos de ámbito estatal que debieran defender la igualdad de derechos de todos los catalanes en el Parlamento catalán habían claudicado, dejando de cumplir con su obligación. Hubo que esperar a la aparición de Ciudadanos en 2005 para tener un atisbo de esperanza. Ciudadanos fue para muchos como una fuente de agua fresca en el desierto. El nacionalismo hizo su labor e intentó por todos los medios silenciar al nuevo partido o, si acaso, aplastarlo, mencionándolo únicamente para desacreditarlo. Pero hacía falta una organización no partidista, capaz de unir y reavivar a las diversas fuerzas políticas constitucionalistas y dar la réplica al omnipresente discurso nacionalista. Y con este cometido nació Sociedad Civil Catalana, en el momento y en el lugar adecuado, cuando ni ellos, los nacionalistas, podían avanzar más, ni nosotros retroceder más. Hacía tiempo ya, como decía Gabriel Celaya, que estábamos tocando el fondo y no podíamos descender ya ni un solo peldaño en la dejación de nuestros derechos y libertades, so pena de perder la dignidad. Había llegado la hora inexcusable de plantar cara y decir «basta». Así fue como decidí colaborar activamente con uno de los puntales de la resistencia en Cataluña, Sociedad Civil

Catalana.

La labor que me asignaron en un principio fue la de participar en las carpas informativas que la asociación proyectaba montar durante los meses posteriores al 9N en la comarca del Baix Llobregat. Volvía a la acción, como en mis tiempos de la universidad. Si entonces luchaba contra una dictadura, ahora lo hacía contra un nacionalismo opresor. Lo curioso del caso es que seguramente muchos de los que estaban a mi lado en aquellas gloriosas manifestaciones de 1976, muchos de los que como yo corrían delante de los grises y gritaban aquello de libertad, amnistía y estatuto de autonomía ahora formarían parte del bando contrario. ¿Qué había pasado durante estos cuarenta años para que antiguos compañeros luchadores por la libertad nos hallásemos en orillas opuestas? Quizá teníamos distintos conceptos de lo que es la libertad. Para el nacionalismo, solo, o sobre todo, la nación es sujeto de derechos y, por lo tanto, la libertad es fundamentalmente la libertad nacional; para mí y para la mayoría de los que forman la resistencia al nacionalismo en Cataluña, la libertad es un derecho individual inalienable y enmarcado dentro de las reglas de la legalidad democrática. El nuestro es quizá un problema de lenguaje. Utilizamos la misma palabra, libertad, pero con significados distintos.

Estar en una carpa de Sociedad Civil Catalana no es como ir a una manifestación antifranquista. En principio, tu integridad física no corre peligro, pero puedo dar fe de que no es una actividad que esté exenta de riesgos. Sé que, en algunas zonas de Cataluña con más fervor nacionalista que el Baix Llobregat, tanto Sociedad Civil Catalana como el Partido Popular y Ciudadanos han sufrido agresiones. Sin ir más lejos, durante las últimas campañas electorales catalanas se han producido repetidos ataques a las carpas de Ciudadanos; incluso, como resultado de las mismas, en Manresa algún miembro de este partido sufrió lesiones. También han sido atacadas en varias ocasiones las sedes de este partido y las del PP, con rotura de cristales y letreros insultantes en las paredes: los agresores llamando fachas y nazis a los agredidos, una prueba más del mundo al revés en que vive el nacionalismo.

En cambio, en las carpas de la agrupación del Baix Llobregat no se han producido casi incidentes importantes. Solo una vez padecimos una agresión, la de aquel chico del Prat de Llobregat, que lanzó por el suelo nuestros folletos y nos estrujó con rabia una bandera.

No estamos solos

Después de las elecciones municipales de mayo, el Ayuntamiento de Castelldefels formó, como hemos visto, una coalición que declaró a Castelldefels municipio por la independencia. Sociedad Civil Catalana volvió de nuevo a convocar un acto en la biblioteca de Castelldefels para leer un manifiesto en protesta por la despótica decisión adoptada por el ayuntamiento. La sala estaba a rebosar, muchas personas ni pudieron acceder. Fue un acto emotivo y vibrante que caló entre los vecinos del pueblo e hizo popular a la asociación en el municipio. A partir de aquel día, las carpas se multiplicaron. Sociedad Civil Catalana organizó una recogida de firmas contra la adhesión a la AMI y convocó una manifestación justo para el día en que el gobierno municipal había de aprobar la adhesión a la entidad independentista. En las carpas, se informaba a los vecinos de lo que pretendía el ayuntamiento y se les animaba a firmar y a acudir a la manifestación contra la AMI. Los vecinos se paraban a hablar con nosotros y se interesaban por nuestra información. Muchos, incluso, rellenaron el impreso de solicitud para colaborar con nosotros. Casi todos firmaban contra la AMI, pero, sobre todo, nos animaban y nos manifestaban su apoyo. «Al fin alguien da la cara»; «ya era hora de que alguien dijera lo que vosotros decís». Resulta indescriptible la inyección de moral que suponía para los miembros de Sociedad Civil Catalana que allí estábamos aquella acogida de los vecinos. Realmente no estábamos solos. Toda aquella gente que se acercaba a nosotros, deseosa de escuchar a alguien que dijera lo que ellos mismos pensaban y fuera capaz de transmitirlo a toda la sociedad, había estado ignorada años y años. Nadie había sido capaz de dar expresión a sus quejas. Habían quedado abandonados a su suerte, excluidos, invisibles durante muchos años. Teníamos la sensación de que algo, por fin, estaba cambiado.

La manifestación fue un clamoroso éxito, pero desgraciadamente el gobierno municipal hizo caso omiso. No nos desanimamos por ello. Sociedad Civil Catalana siguió con su campaña, después centrada en las elecciones. Había que entusiasmar a la población para que fuera a votar y para que lo hiciera por un partido constitucionalista. Algunos nos preguntaban si nos podían votar a nosotros y teníamos que explicarles que no éramos un partido político, que simplemente éramos una asociación y no nos presentábamos a las elecciones. «¡Vosotros teníais que ir!», nos decían algunos. Otros preguntaban

cuáles eran los partidos que querían la independencia y cuáles los que se oponían, porque no lo tenían claro.

Sociedad Civil Catalana se estaba convirtiendo en un referente del unionismo en el pueblo y pronto empezó la guerra sucia contra nosotros en las redes sociales. Que si éramos de derechas, peor aún, de extrema derecha, más aún, nazis, y todo porque a alguna manifestación del 12 de octubre había acudido alguna persona afín a esa ideología. Los que esto decían no se querían acordar de los vivas a la organización terrorista Terre Lliure que se habían escuchado en algunos actos de la Asamblea Nacional de Cataluña, ni tampoco de la vinculación en el pasado de algunos de los líderes nacionalistas con dicha banda terrorista. Pero ya se sabe, el nacionalismo utiliza con total desparpajo la doble vara de medir, una muestra más del *doblepensar* orwelliano.

La población de Castelldefels, por suerte, ya nos conocía. La mayoría de los que estábamos en las carpas éramos también vecinos del pueblo, algunos antiguos militantes del Partido Socialista.

A pesar de todos los esfuerzos que el nacionalismo hizo para desprestigiarnos, nuestra campaña fue un éxito. Las elecciones del 27 de septiembre depararon un gran triunfo a las fuerzas constitucionalistas en Castelldefels, y el 52 por ciento de los catalanes no apoyo la secesión en Cataluña.

La resistencia había salido a la luz. Por primera vez en mucho tiempo, a pesar del abandono, a pesar de la ausencia de quien debiera estar allí para proteger nuestros derechos, estábamos experimentando la sensación de que podíamos ganar la libertad que el nacionalismo con sus imposiciones y con su intolerancia nos quería robar. Habían tensado tanto la cuerda que estaba ya a punto de romperse. Paradójicamente, el gran desafío del independentismo había acabado con la resignación en la que, hasta entonces, nos hallábamos postrados y nos había hecho comprender aquella hermosa frase de Ernesto Sábato que aparece en su obra *La resistencia*: «Resignarse es una cobardía, es el sentimiento que justifica el abandono de aquello por lo cual vale la pena luchar, es, de alguna manera, una indignidad».

LA PARTE POR EL TODO

*«Las doce acaban de dar y en el
reloj de la audiencia,
las doce acaban de dar pendiente
de mi sentencia.
Dios mío, qué pasará.
Y porque he nacido gitano
no crean que soy malo,
que habemos malos y buenos
y también somos cristianos».*

CAMARÓN DE LA ISLA, letra de la
canción «Las doce en el reloj»

Historia de Pau

Durante el tiempo que trabajé en el Pedraforca, la pausa para el café matinal solía ser el mejor momento de la jornada. Acostumbraba a ir a un bar que estaba allí cerca, en la misma calle del instituto. Solían acompañarme algunos de mis mejores colegas, entre ellos Pau, un profesor muy catalanista y con un gran sentido del humor. Conseguía hacernos reír con sus ocurrencias y su elocuente ironía, hasta el punto de que cuando no venía, lo echábamos en falta. Sin él, el café no era lo mismo. Un día, cuando llegamos, Pau ya estaba allí. Se había sentado donde siempre y estaba esperándonos tranquilamente. Junto a él, en la pared, una gran bandera española. El dueño del bar la había colgado para celebrar la victoria de nuestra selección en el mundial de fútbol de Sudáfrica (creo que todavía sigue ahí). Al verlo así, imperturbable, leyendo el periódico y tomando su café con leche y su donut, como siempre, al lado de la enseña española, estallamos en sonoras carcajadas, hasta le hicimos fotos con nuestros móviles para inmortalizar aquel momento fetén.

—¡Pau —le dije— por fin has visto la luz! Ya era hora de que reconocieras que eres español.

Me dio la sensación de que nuestro colega estaba esperando ansiosamente nuestra llegada para ver cómo reaccionábamos. Sabía disimular muy bien, le gustaba ser el centro de atención y provocar nuestras carcajadas, pero mantenía siempre una actitud flemática como el recordado Eugenio contando chistes, que gozaba haciendo reír a los demás, pero sin permitirse a sí mismo exteriorizar ninguna emoción. Aquella vez no pudo contener una leve sonrisa. Él, el paladín del independentismo, allí sentado junto a una gran bandera española. Pau era así, atípico, capaz de reírse de sí mismo y hasta de sus ideales.

A mí me parecía muy sana la forma en que Pau se tomaba cosas tan serias como la nación, la independencia, la lengua. No todos los independentistas ni todos los españolistas son como él. La gente, a veces, es demasiado intransigente como para permitirse bromear sobre ciertos temas y la intolerancia es mala, destruye las relaciones entre las personas y ofusca la mente.

En nuestras conversaciones él y yo solíamos representar los extremos opuestos. Él defendía el independentismo y yo la unidad de España. Nos

gustaba picarnos, pero nunca nos enfadábamos, no había acritud en nuestras disputas; al contrario, casi siempre acabábamos riéndonos amablemente el uno del otro. Uno de los temas sobre el que siempre discutíamos era el clásico «España nos roba». Pau decía que Cataluña mantenía con sus impuestos a todos los españoles, que en Andalucía y Extremadura se pasaban la vida en el bar, cobrando subsidios, en fin, todos los tópicos de la propaganda nacionalista. Pero en realidad no estaba claro si creía de verdad en el expolio de Cataluña o disfrutaba picándome y haciéndome saltar, mientras los otros, que asistían divertidos a nuestras disputas, apoyaban a uno u otro, según el día.

Añoro mucho aquellos cafés distendidos y divertidos en que podíamos relajarnos y al tiempo hablar de política sin temor a perder las amistades. Y es que no todo el mundo se toma las cosas como Pau. No todo el mundo es capaz de soportar que le lleves la contraria sin sentir animadversión hacia ti o, incluso, sin negarte el saludo. Pau no se enfadaba porque alguien pudiese opinar lo contrario. Amar a Cataluña y sentirse a gusto en ella es muy fácil con gente como Pau.

¿Amo yo a Cataluña? Los proteccionistas catalanes del siglo XIX decían que el bien de Cataluña era el bien de España y al hablar de la patria se referían a España. Quizá podríamos dudar de la sinceridad de sus sentimientos, quizá, en ellos, el amor a España no era más que el amor a un mercado ventajoso para sus productos, tal vez se trataba solo de amor al dinero. Lo que sí puedo decir es que, para mí, amar a Cataluña es amar a España. Amo a Cataluña porque amo a España. Pero el nacionalismo, con su odio y su intolerancia, puede lograr algo que, por todos los medios, debemos tratar de evitar, que los que nos sentimos españoles dejemos de sentirnos catalanes, que nos contagien su fanatismo y su rencor.

«Y porque he nacido gitano, no digas que yo soy malo, que tenemos malos y buenos y todos somos cristianos», se quejaba Camarón. También yo me entristezco al escuchar a veces hablar mal de Cataluña, como si Cataluña y nacionalismo fuesen la misma cosa, como si todos los catalanes aborreciesen a España. Cuando esto sucede, pienso que hemos caído en la misma trampa que atenaza al pensamiento nacionalista, la trampa tendida por la sinécdoque, esa peligrosa figura de la retórica que consiste en tomar la parte por el todo, o el todo por la parte. Igual que los nacionalistas abusan del lenguaje cuando afirman que Cataluña es perseguida o que Cataluña quiere independizarse o que España roba a Cataluña, así también confunde a una parte de Cataluña con

su totalidad aquel que considera su enemiga a esta tierra en la que yo he nacido y a la que mis padres llegaron para entregarle lo mejor de su vida, como tantos otros.

Esta comunidad la hemos construido entre todos, los que proceden de múltiples generaciones de catalanes y los que llegaron aquí desde otras regiones españolas para trabajar y hacer rica a Cataluña; aquellos españoles del pasado que sacrificaron su desarrollo económico para contribuir al de la industria textil catalana, comprando sus tejidos en lugar de los ingleses; los españoles que colonizaron América, haciendo posible así la creación de un monopolio comercial para la industria catalana en las Antillas; los que hablan catalán desde la cuna y aquellos otros cuya lengua materna es el español; los catalanes como Pau y los que queremos seguir siendo españoles. No podemos permitir que el nacionalismo excluyente se apropie de Cataluña y la convierta en nuestra enemiga.

España es mucho más que Franco, mucho más que los toros, mucho más que nuestra Guerra Civil; es Cervantes, Picasso, Lorca, Machado, su arte, sus pueblos, su gente. Y Cataluña es mucho más que el nacionalismo y los nacionalistas; es mucho más que Artur Mas y sus acólitos, más que los Pujol y más que los odiadores profesionales que aborrecen a España, más que los que silban nuestro himno, más que los que nos llaman ladrones por ser españoles. Ojalá no se olvide nunca que Cataluña somos también los catalanes que amamos a España y queremos seguir siendo españoles en nombre de nuestra historia común, en reconocimiento a todo lo que España ha hecho por Cataluña y Cataluña por España. Cataluña somos también todos aquellos catalanes que esperamos que España no nos abandone.

Epílogo

UN ROBO

Hace poco volví a visitar mi barrio de la infancia. Llegué en autobús hasta la plaza Sanllehy y recorrí aquellas calles empinadas que subían hasta el Monte Carmelo, donde antiguamente estaban las barracas. Me dio pena ver la decadencia del barrio. Yo lo recordaba bullicioso, repleto de tiendecillas y niños ruidosos. Ahora casi no había gente en la calle y la mayoría de las tiendas tenían las persianas bajadas y anunciaban en gastados letreros su traspaso. Todo tenía un aire melancólico y decadente. Ya no estaba ni la mercería ni el colmado de la avenida de Can Baró. Tampoco mi primer colegio, y del segundo solo quedaba un edificio viejo y cerrado en cuyo interior se adivinaban telarañas. Lo que más me llamaba la atención era la soledad que reinaba. Ni un alma veía por ningún sitio. Después de recorrer casi todas las calles por las que transcurrió mi infancia, me decidí a ascender por la cuesta de la calle José Millán González. Antes de llegar al número 12, en que estaba la que fuera mi casa, me paré abajo, en la esquina con la avenida de Can Baró, y rememore uno de los momentos más vívidos de mi infancia. Yo tendría quizá cuatro años, había salido a la calle y había bajado hasta aquella misma esquina. De pronto, no sabía cómo volver a casa, me sentí perdida y me puse a llorar desconsoladamente buscando a mi madre. Como si hubiese oído mi llanto, allí arriba, junto a la puerta de mi casa, apareció ella, con su vestido de crespón negro, el mismo con el que se casó. Me llamaba desde arriba con su voz dulce, que jamás volveré a escuchar, y yo subí corriendo la cuesta a refugiarme en sus brazos. En aquella época no concebía el mundo sin mi padre

y mi madre. Ellos lo eran todo para mí.

Atrapada en mis recuerdos, acabé de subir la calle hasta situarme a la altura del número 12 y observé el edificio desde la acera de enfrente. Parecía un prisma rectangular estrecho y largo, comprimido entre los otros edificios, gris y desvencijado. La farmacia donde antaño me ponían las inyecciones que tanto temía ya no estaba. Me hubiera gustado entrar y comprar algo. Recuerdo que el farmacéutico era muy simpático y siempre me obsequiaba con pequeños caramelitos de colores y con aquellos cuadernillos de recortables para calmar mi llanto después de la inyección. Me aproximé a la puerta y llamé al interfono con la esperanza de que mi tía estuviese, pero nadie me abrió. Llamé a todos los vecinos por si mi tía no me había oído, pero nadie respondió. Mire hacia arriba, hacia el terrado, aquel en que Bobby Ross boxeaba a veces, aquel en que mi madre tendía la ropa y mi padre cosía los balones de fútbol, aquel en que celebrábamos las verbenas de San Juan. Había un hombre allí tendiendo ropa. Quizá era el único que habitaba el edificio aparte de mi tía. Decidí dar una vuelta por la callecita de enfrente mientras el hombre acababa de tender la ropa. La calle aún conservaba intactas las antiguas torrecillas que la flanqueaban a ambos lados y que yo contemplaba de niña desde fuera. Me parecían entonces bellos y misteriosos recintos donde imaginar maravillosas historias. Al final de la calle había un terreno que en mi niñez era un descampado. Allí solía ir a jugar con otros niños del barrio. Estaba lleno de hierbajos y florecillas silvestres. Nos gustaba trepar por sus pequeños montículos, hacer ramilletes de flores y coger lagartijas. Ahora aquel terreno estaba asfaltado y ya no quedaba nada de vegetación salvaje.

Al cabo de un rato, regresé al prisma grisáceo del edificio donde habité y volví de nuevo a llamar por el interfono a todos los vecinos. Esta vez una voz de hombre me contestó desde el ático, la que fuera la vivienda de Bobby Ross. El hombre era probablemente el que estaba poco antes tendiendo la ropa. Me dijo que no sabía si mi tía estaba en casa, pero me abrió la puerta por si ella no me había oído. Sentí que las lágrimas me resbalaban por las mejillas cuando entré en el portal y subí las escaleras. Mi mano se posaba en la barandilla casi como acariciándola, por aquella barandilla bajábamos a veces a horcajadas los niños del edificio y jugábamos a saltar las escaleras de tres en tres, de cuatro en cuatro y hasta de cinco en cinco. Todo estaba muy pulcro y cuidado, allí aún vivía gente. En cada rellano me paré observando las puertas de los pisos de mis antiguos vecinos. Ninguno de ellos vivía ya allí. Algunos murieron, otros marcharon, me contó unos días más tarde mi tía

cuando conseguí hablar con ella por teléfono. De los que yo conocí, solo quedaba ella.

Cuando llegué al rellano de la que había sido mi casa, ya las lágrimas me caían a borbotones. Había una preciosa planta junto a la puerta. Era casi seguro que mi tía no estaba, pero llamé igualmente para cerciorarme. El timbre no sonaba, había cerrado el interruptor de la luz, señal de que probablemente estaba en su casa de Rubí, aprovechando los últimos días soleados del otoño. Acaricié también el pomo de la puerta, era el de siempre, el que tantas veces habían tocado mis padres y yo misma durante los años en que vivimos allí. Desde la ventana del rellano se veía la cocina de mi tía. Me hubiera gustado entrar y recorrer aquellas habitaciones en que yo crecí, ver de nuevo desde la ventana la panorámica de los patios y huertecillos traseros con que me despertaba todas las mañanas. Los recuerdos se agolpaban en mi mente y me desbordaban los ojos en forma de lágrimas. Subí, por fin, al ático. La puerta del terrado estaba cerrada, ¡cómo me hubiera gustado entrar! Desde la ventana del rellano se veía también la cocina de la que fuera la casa de Bobby Ross, aquella cuyo interior, repleto de muebles abarrocados, mirábamos los niños extasiados desde el terrado.

Al salir del edificio decidí darme también una vuelta por el Parque Güell. Desde allí se llegaba pronto. Muchas veces iba con mi madre por las tardes, subíamos la empinada carretera, al borde de la tupida vegetación, cuajada de campanillas violeta, que crecía en los barrancos que bordeaban el lado izquierdo de la carretera. Por el camino, hacíamos ramilletes con los galanes de noche que asomaban por las tapias de algunas torres. Me encantaban aquellas flores por su delicado color azul cielo. En unos diez minutos estábamos en el parque. Casi siempre nos quedábamos en la zona alta y más boscosa del parque, cerca de la cruz que lo culmina. Ella cosía y yo trotaba por aquellos parajes, imaginando fantásticas aventuras, a imitación de las que se narraban en mis tebeos infantiles.

Hacía mucho calor y me quité el abrigo, por un momento pensé que debía tener cuidado, había oído decir que por los alrededores del Parque Güell se producían muchos robos y más desde que era visitado por tantos turistas. El gran jardín rebosaba de gente. Parecía como si toda la que faltaba en el barrio hubiese ido a parar allí. Pero no. No eran vecinos los que por allí pululaban. Eran turistas. Soplaban un viento impertinente que levantaba la fina tierra del pavimento y lo encenagaba todo. La avenida que conduce a la emblemática plaza de los azulejos está jalonada por pequeñas esferas de piedra, las mismas

que a mí me gustaba saltar cuando mi padre me llevaba los domingos a pasear por allí. Tentada estuve de volver a hacerlo, pero los tacones de mis zapatos me lo impidieron.

Era ya muy tarde. Pensé que quizá podría comer en las inmediaciones del estadio del Club de Fútbol Europa. Bajaría por la carretera hasta la plaza Sanllehy, daría un paseo por la avenida Virgen de Montserrat, hasta la parroquia de Cristo Redentor, donde hice la primera comunión, y luego retrocedería para bajar por la calle Sardenya hasta el cruce con la Ronda de Guinardó. Allí había un restaurante donde podría sentarme a descansar, comer algo y recordar aquellos domingos en que mi padre me llevaba a ver el partido de fútbol al campo del Europa y me compraba un globo azul para que parara de protestar.

Cuando llegué a la altura de la plaza Sanllehy me paré un momento en la parte de arriba para observar el panorama que ofrecían la glorieta circular y la avenida Virgen de Montserrat, con el antiguo colegio de las monjas ahora convertido en un centro social, justo en la esquina con la calle Sardenya. Allí, en la misma acera del colegio estaba tiempo atrás el cine Sanllehy. Miré otra vez hacia atrás, hacia la empinada cuesta de mi calle, pensé que quizá la próxima ocasión en que volviera ya tendría otro nombre. ¡Adiós José Millán González! Absorta en mis recuerdos, bajé por la acera que rodeaba la plaza, cuando noté que algo tiraba de mí y empujaba mi brazo y todo mi cuerpo hacia delante. Un motorista había invadido la acera, se había colocado a mi derecha y tiraba de mi bolso con su mano. Tardé unos segundos en darme cuenta de que me estaban atracando, para cuando tuve plena conciencia y quise reaccionar, aquel individuo ya me había arrebatado el bolso de la mano; aceleró y se alejó disparado por la avenida Virgen de Montserrat. Por suerte, el tirón no me hizo perder el equilibrio, aunque me tambaleé.

Grité y lloré de impotencia. Una mujer que andaba por allí paseando a su perro vino hacia mí, me consoló y me dio la dirección de la comisaría de policía más cercana para que pusiese la denuncia. De pronto me sentí tremendamente vulnerable y desprotegida, como si estuviese desnuda. Aquel individuo se había llevado con mi bolso toda mi documentación, mi pasaporte, mi DNI, mi teléfono móvil, mis llaves. No tenía ni dinero ni medios para trasladarme ni para entrar en casa.

Aquella mañana había llorado de melancolía al encontrarme con el escenario de mi infancia, por el que deambulaban los recuerdos de mis seres queridos y de un mundo que jamás volvería, un mundo que ya solo existía en

mi memoria; pero ahora lloraba de rabia. El robo del bolso fue como la metáfora de otro robo. Igual que aquel siniestro motorista me había arrebatado mi bolso y me dejó a la intemperie, el paso del tiempo me robaba mi infancia, mis recuerdos, mis seres queridos, mis ilusiones de la juventud, me arrebatava todo cuanto atesoraba en lo más hondo de mi corazón y solo me dejaba la soledad. Pero también pensé en otro robo más, pensé que algunos seres astutos quieren robarme mi identidad, quieren arrebatarme a España como aquel motorista robó mi bolso.

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento

sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.



Notas

[1] Al acabar de escribir este libro, Artur Mas era aún presidente de la Generalidad, por lo que aparece mencionado como tal a lo largo de estas páginas. En la actualidad, y tras un largo proceso de negociaciones iniciadas a raíz de las elecciones autonómicas del 27 de septiembre, el cargo es ostentado por Carlos Puigdemont i Casamajó.

[2] Esta frase, así como todas las que se citan en este capítulo, ha sido tomada del blog <http://catalibanes.blogspot.com.es/>.

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

